De cow-boy a trapense



M. Raymond

Pasar de «cow-boy» de Texas a monje trapense es una transformación difícil de imaginar en cualquier caso, pero casi increíble cuando ese «cow-boy» es un hombre violentísimo, vengativo y testarudo. Pues tal es el caso del Hermano Joaquín de la Abadía de Nuestra Señora de Gethsemaní, en Kentucky, cuya historia extraordinaria se narra con vivo colorido en este libro por un hermano suyo en religión.

Para el lector, la lucha del Hermano Joaquín es de un extraordinario interés, al mismo tiempo que una revelación de la silenciosa vida trapense. Hora tras haré, día tras día, el lector la vive en este libro a través del novicio y del hermano lego Joaquín María. No se guardan secretos ni se oculta nada. Le vemos en la mesa del refectorio, en la compañía de los silenciosos monjes blancos y pardos, en la capilla escuchando los rezos de los Oficios, trabajando en los campos y en el momento de cerrar la larga jornada de trabajo con su último homenaje a la Virgen, la Salve trapense. Todos los porqués de la vida trapense se explican en estas páginas con elocuencia y vigor que nos descubren una maravillosa existencia insospechada por el gran mundo ruidoso, del que esos admirables monjes se han apartado.

M. RAYMOND O. C. S. O.

DE «COW-BOY» A TRAPENSE

o

EL HOMBRE QUE AJUSTÓ CUENTAS CON DIOS

(La vida de un trapense americano)

Traducción y adaptación de la 25ª edición americana
publicada por The Bruce Publishing Cº, de Milwaukee (Wisconsin),
con el título «The Man Who Got Even With God»

por

FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL

Nihil obstat:

P. Teófilo Sandoval, O. C. S. O.
San Isidro de Dueñas. 21-8-55.

P. Luis Bermejo, O. C. S. O.

S. M. de le Oliva, 25-10-55.

Imprimi potest:

Fr. M. Gabriel Sortais,

Abad General de la Orden Cisterciense.

Nihil obstat:

Don Alberto Ribera.
Censor.

Imprimatur:

† José María,

Vicario General y Obispo Auxiliar.

A

MIS MADRES

MARÍA DE NAZARET,

REINA DE LOS CIELOS,

Y

M.B.F.,

REINA DE MI CORAZÓN,

CON TODO

MI AMOR

Y TODA MI DEVOCIÓN

ÍNDICE

PREFACIO

¿ES LA GRACIA DE DIOS REAL?

— ¡Sí!

— ¿Cómo es de real?

—Tanto, que transformó a un «cow-boy»[1] tempestuoso y turbulento en un santo humilde y amable.

— ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

— ¿Dónde? En la abadía de Gethsemaní.

— ¿Cuándo? Hace unos años. ¿Cómo? Con la Regla trapense.

— ¿La Regla trapense? Yo sé lo que es un «cow-boy»; pero ¿qué es un trapense?... ¿Alguien que hace trampas para cazar?[2]

—Sí —precisamente—, pero no la clase de trampas que imaginas ni la clase de caza que piensas. Escucha y te diré lo que es un trapense. Vas a quedarte atónito.

Allá por los siglos III y IV de nuestra Era, unos hombres grandes, unos hombres heroicos, unos hombres ansiosos de hallarse a solas con Dios y sólo para Dios, abandonaron las

---

[1] Tan usual y conocida es la palaba «cow-boy», que no hemos dudado en utilizarla, mejor que emplear su equivalente castellano: vaquero. *(N. del T.)*

[2] Juego de palabras, ya que los tramperos, en inglés, se llaman «trappers», y los trapeneses, «trappists» (*N. del T.*)

ciudades y los poblados para vivir en las soledades del destierro en Egipto, en Asia, en Palestina. Más tarde, para protegerse y vigilarse mejor, se reunieron en grupos bajo la dirección de un abad.

En el siglo V, San Benito trazó en Italia una Regla para tales comunidades. A través de los siglos se fueron insertando en ella algunas modificaciones que ablandaron el espíritu original. En el siglo XII se fundó en Citeaux, Francia, un monasterio benedictino, como un intento afortunado de vivir la primitiva Regla de San Benito exenta de variaciones. Tal fue el origen de los monasterios de la Orden cisterciense.

Cuando los siglos fueron pasando, reaparecieron las modificaciones. Pero en el XVII, De Rancé, abad de un monasterio cisterciense en la Trappe, Francia, consiguió una vez más restaurar en su abadía la Regla de San Benito tal como fuera escrita originalmente. En el siglo XIX, en diciembre de 1848, se fundó en los Estados Unidos de América el primer monasterio trapense, en Gethsemaní, condado de Nelson, Kentucky.

Es decir, la vida trapense no es una creación del siglo XII o del siglo XVII, sino la forma más primitiva de monasticidad que existe actualmente en la Iglesia occidental. Un monasterio trapense es un trozo del Viejo Mundo del siglo V trasplantado y vigorosamente floreciente en el Nuevo Mundo del siglo XX. Día tras día, en Gethsemaní, unos ciento veinte monjes, bajo su reverendo Padre abad, perpetúan la primitiva sencillez y las ancestrales tradiciones de la Regla de San Benito como su autor la concibiera hace mil quinientos años.

Un trapense es un «trampero» y se dedica a la caza. Pero las trampas que pone son trampas espirituales para capturar al

demonio; la caza que busca son almas humanas; el Amo para quien trabaja es Jesús, «el Lebrel del cielo», y si actúa como actuó John Green Hanning, se convierte en un santo.

Pero ¿qué es lo que hace un trapense?

Vive la vida litúrgica del Breviario y el Misal durante el ciclo del año, en la Misa diaria, en la santa Comunión y en el Oficio divino. Se gana el pan con el sudor de su frente en el establo, en el campo, en el bosque. Alimenta su espíritu con las lecturas de las Santas Escrituras, de los Padres y de las Vidas de los santos. Revigoriza su alma con la oración mental. Acompaña a Jesús en dulces visitas al Santísimo Sacramento. Practica la más amable caridad con amor fraternal por sus compañeros. Y todo esto lo hace dentro de una atmósfera de soledad, de encierro, de tranquilo silencio, de alegría, de paz y de descanso.

Un trapense vive una vida oculta y muy alejada de los ojos del mundo, pero una vida de un tremendo valor sobrenatural y de gran importancia para el mundo. Muchos hombres modernos exclaman ante los monjes trapenses: «¿A qué este derroche?»

Pío XI responde por los trapenses: «Tales víctimas ocultas ni llevan una vida inútil ni pertenecen a una época de anticuado catolicismo... Hoy día, sobre todo, esos hombres son muy necesarios, porque al cumplir el deber de la oración y la penitencia, contribuyen mucho más al incremento de la Iglesia y a la salvación de las almas que cuantos trabajan en la vida activa.»

John Green Hanning se convirtió en uno de estos monjes. Entregó a Dios no sólo el fruto, sino la raíz, el tronco y las ramas de su vida. Lo dio todo y lo ganó todo; el único Todo, el eterno Todo: Dios. Es un sacrificio de sí mismo, grande, heroico, entusiasta, completo. Como monje trapense, probó que hasta los «cow-boys»

que se hacen trapenses pueden también hacerse santos por la gracia de Dios.

FREDERIC M. DUNNE, O. C. S. O.
Abad de la abadía de Gethsemaní.

CAPÍTULO 1

ADVERTENCIA PREVIA

No voy a prologar este libro. Voy a haceros una advertencia. Quiero que conozcáis a un «caballeros sudista», un verdadero caballero sudista americano. Ya sé que diréis: «Tanto gusto en conocerle», porque sois correctos. Pero estoy seguro de que cuando haya terminado la entrevista exclamaréis, con el corazón rebosante de sinceridad: «¡Encantados de haberle conocido!» Tal vez no os agrade al principio, pero os ruego tener paciencia y perseverar. No se puede juzgar un libro por su cubierta ni un hombre por el niño que fue. Una golondrina no hace verano ni un amanecer gris supone un día triste. John Green Hanning, el hombre, es una inspiración, y todos estamos necesitados de inspiración. John Green Hanning, el muchacho..., bueno, eso es otra cosa.

León Bloy ha dicho: «Sólo existe un pesar: el de no ser santo.» Todos sabemos que Bloy está en lo cierto, y por eso todos estamos apesadumbrados. ¡La santidad nos parece algo tan remoto e imposible!.. Sabemos lo que es un santo y lo que hace un santo, y también sabemos lo que somos y lo que podemos hacer. Por eso estamos a punto de desesperarnos. Pero también por eso

debemos conocer a John Green Hanning, que él nos ayudará. John no nació santo, ni mucho menos. John no fue santo en su juventud, ni muchísimo menos. Pero John llegó a hacerse santo, y por eso precisamente debo contaros su historia.

El brillante Padre Leonard Feeney, S. J., en su primera biografía, dijo que, a su juicio, los santos se nos dan, en primer lugar, para admiración y no para imitación. Más tarde escribió una admirable *Vida* de una persona muy imitable. Yo no estoy de acuerdo con el Padre Leonard. A mí me parece que los santos se nos dan completamente para estimularnos. ¿Qué pruebas tengo?... Escuchad: Yo no admiro a San Pedro negando a Nuestro Señor y jurando, ni admiro su fe vacilante al caminar sobre las aguas. Pero lo mismo esa negativa que esa vacilación me ayudan a la santidad. Yo he vacilado y he caído; y si no puedo llorar como Pedro, puedo exclamar al menos: « ¡Señor, sálvame, que perezco!» Yo no admiro a Saulo sujetando las capas de los que lapidaban a San Esteban, ni tampoco cuando cabalgaba de Jerusalén a Damasco profiriendo amenazas contra todos los cristianos; Saulo era un individuo odioso y desbordante de odio. Pero el Saulo convertido en San Pablo me infunde valor. Si pudo transformar tanto odio en amor, yo tengo esperanzas.

Y lo mismo ocurre con otros muchos, puede decirse que con casi todos los demás santos. Su debilidad inicial me da fortaleza, y su santidad final, inspiración. Doy gracias a Dios por María de Magdala, la pecadora que se transformó en María la amante de Cristo; por Agustín, el pecador que se convirtió en San Agustín, y por Alfonso, que a los ochenta años podía decirle a un individuo: «Si hemos de discutir, pongamos una mesa entre los dos. Tengo sangre en las venas.» Doy gradas a Dios por todos aquellos indivi-

duos humanos que, mediante la cooperación, la aplicación personal y el verdadero trabajo, se hicieron divinos. Doy gracias a Dios, especialmente por John Green Hanning, el trapense americano, y estoy seguro de que vosotros haréis lo mismo antes de haber terminado la lectura de este libro.

Necesitamos su historia, porque el desaliento es nuestra mayor debilidad, y la falta de esfuerzo nuestro mayor pecado. El uno sigue a la otra como la noche a la puesta del sol. Nos asqueamos de nosotros mismos y decimos desesperados; «Con este material no hay nada que hacer.» Grave pecado ese de renunciar al orgullo. John Green Hanning nos ayudará a curarnos de nuestra enfermedad y a librarnos de nuestro pecado.

Alguien ha dicho que «un gran hombre es lo que todos seríamos si pudiéramos, y un gran santo es lo que todos podríamos ser si quisiéramos». Esto puede parecer un piadoso lugar común o un sencillo juego de palabras, pero, en realidad, es mucho más que eso. Es la más profunda de las verdades profundas y fácilmente deducible de la revelación. ¿No dijo San Pablo que la voluntad de Dios es nuestra santificación? ¿Vamos a decir que Dios nos dio los materiales para el edificio, pero negándonos los planos? De ninguna manera. Dios nunca hace las cosas a medias; ni siquiera hace la mitad de una cosa. Los materiales que nos ha dado son sumamente toscos —nuestras naturalezas—, pero los planos son las personas como John Green Hanning.

Aquí viene mi advertencia al deciros —como hace el Padre C. C. Martindale, S. J.—, que tenemos que imitar a los santos, no que reproducirlos. Tenemos que duplicar sus principios, no sus actos. Para ser como San Pablo, no necesitamos un caballo ni una

cabalgada hacia Damasco; sólo necesitamos un corazón. No necesitamos naufragar ni pasar «un día y noche en el mar», no necesitamos predicar a los Gentiles ni escribir epístolas maestras; todo lo que necesitamos es no permitir «que nada nos aparte de la caridad de Cristo», y que, llevando nuestras vidas de católicos corrientes, «prediquemos a Cristo y al Crucificado». Para ser como San Pedro no necesitamos ser crucificados cabeza abajo; todo lo que necesitamos es una fe tan firme como la más firme roca. Para ser como la Magdalena no necesitamos ni un ánfora de alabastro, ni una hermosa cabellera, ni la casa de Simón; tenemos el confesonario, la grada del altar, y a Cristo en el Tabernáculo. Para ser como John Green Hanning no necesitamos hacer- nos trapenses, sino solamente utilizar la naturaleza que Dios nos ha dado, seguir el camino de la Cruz y el Rosario, y ser lo suficientemente vengativos para «ajustar cuentas» con Dios.

Este trapense americano os ayudará a vosotros y a mí, porque la mayoría de los hombres estamos destinados y predestinados a llevar unas vidas corrientes y vulgares. Siempre hay más soldados que generales, más pueblo que presidente, más margaritas que orquídeas. Siempre hay muchas más almas sencillas y vulgares que santos rutilantes, y como la mayoría de nosotros no vamos a brillar, necesitamos ser presentados y conocer al hombre que «ajustó cuentas» con Dios.

En *El mendigo desagradecido,* León Bloy dice: «No se llega a ser nada, ni siquiera un zoquete. Si un individuo no es el mayor artista del mundo, aun antes de dibujar una sola línea, jamás llegará a serlo.» En cierto sentido, Bloy tiene razón; en otro sentido muy cierto, está completamente equivocado. La predestinación es un hecho, pero también es un hecho que «hemos de trabajarnos

nuestra salvación»; y el acento está sobre «hemos» y sobre «trabajar». Cristo forjó nuestra Redención, pero para incluirla en cuenta corriente tenemos que endosar el cheque. El cielo está abierto para nosotros; pero somos nosotros quienes hemos de entrar en él, y los únicos pies que tenemos para hacerlo son los que ahora utilizamos. Ese es el verdadero propósito de este libro: demostraros que con los dos pies que tenéis en este momento, sea cual sea su estado, podéis llegar hasta Dios.

Cuando nos hacemos muy profundos y pensamos con graves pensamientos sobre la predestinación, deberíamos recordar siempre que el misterio de la gracia no está en la cooperación de parte del hombre, sino en la distribución de parte de Dios. El rompecabezas insoluble es por qué habría de ser Saulo en lugar de Esteban el llamado a evangelizar a los Gentiles. Según nuestro rasero, Saulo merecía las pedradas y Esteban la elevación al tercer cielo. Precisamente porque Dios utiliza una balanza muy distinta de la nuestra, este enigma se aclarará cuando todos hayamos sido pesados escrupulosamente y unos estemos a la derecha, otros a la izquierda v Cristo aparezca en toda su gloria. Creer que Saulo tenía que responder: «Señor: ¿qué quieres que haga?», o que Esteban tenía que arrodillarse y rogar por sus asesinos, es una tontería. Saulo pudo haber estallado en cólera al verse sentado en el suelo del camino de Damasco en lugar de estarlo sobre el arzón de su caballo, y Esteban pudo haber apostatado cuando en su torno empezaron a caer las piedras. Pero Saulo se convirtió en Pablo y Esteban se convirtió en San Esteban porque ambos cooperaron con la gracia que les fue concedida. Y lo mismo podemos aplicarnos a todos nosotros; tenemos que ser tan grandes en nuestra conversión como lo fueron San Pablo y San Esteban, pero el único camino para ello es el trabajo.

León Bloy debió recordar que hacemos niños y no zoquetes, y para *convertirnos* en un *buen zoquete* necesitamos trabajar con la gracia que Dios nos otorga. Y también el Padre Leonard sabe, igual o mejor que yo, que la salvación y la santificación, tanto como la predestinación, son problemas de determinación y cooperación. Sabe que no podemos decidir ser *otro* Pedro y *otro* Pablo, pero sí que podemos decidir ser *como* Pedro y *como* Pablo. El Padre Leonard sabe muy bien que una cosa es imitar y otra reproducir. Pero, después de todo, los tres decimos lo mismo, aunque lo acentuemos de distinto modo. Bloy quiere que los zoquetes se conviertan en buenos zoquetes; el Padre Leonard quiere que imitemos a los santos, y yo quiero que conozcáis y seáis como John Green Hanning.

Hay otro propósito más sutil en este libro, pero está tan estrechamente ligado al anterior, que apenas si puede llamarse «otro». Es éste: Por alguna razón desconocida, los europeos piensan que los americanos no pueden ser católicos decentes, y mucho menos verdaderos contemplativos. Semejante equivocación sería risible si no fuera tan contagiosa. Pero de una u otra manera, ese virus europeo ha penetrado en nuestra sangre, produciéndonos «un complejo de inferioridad» espiritual. Los americanos hemos llenado a creer que podemos ser buenos financieros, pero no buenos místicos; buenos trabajadores, pero no buenos adoradores; activísimos católicos, pero no verdaderos contemplativos; nosotros los americanos estamos destinados a ser productores y no rogadores; enérgicos edificadores de rascacielos, pero nunca almas silenciosas que construyen el Cuerpo místico de Cristo en el mismo cielo. Parecemos creer que estamos sentenciados a la mediocridad espiritual por nuestro nacimiento en esta tierra de materialismo y actividad excesiva. Estamos decididos

a no ser grandes pecadores y a no ser grandes santos..., ¡porque tenemos miedo! Este veneno se ha introducido en lo más hondo de nuestras almas, pero John Green Hanning nos ayudará a expulsarlo.

Si alguna vez existió un americano típico, es él. Nació y se crió en el viejo Kentucky. De niño, presenció la guerra civil, vio a Lincoln libertar a los esclavos y unir a la nación; de joven fue a Texas y se convirtió en un verdadero «cow-boy» americano, en una época en que sólo los verdaderos americanos podían ser verdaderos «cow-boys»; en sus últimos años regresó a la tierra nativa y murió en la abadía de Gethsemaní, no lejos de su viejo hogar kentuckyano. Sí, John Green Hanning fue completamente americano, y se convirtió en... Pero bueno, leed la historia.

Sólo una última palabra más de advertencia antes de adentrarnos en esa historia. Voy a mostrares un alma vengativa, pero no os asustéis demasiado fácilmente; la venganza está muy cerca de la virtud; tanto, por lo menos, como el odio está próximo al amor. Sé muy bien que son opuestos, y, sin embargo, la cosa más próxima al amor es el odio, y la cosa más próxima a la más pura justicia y a la retribución heroica es la venganza.

Cuando el lirio empieza a sacar de la tierra la cabeza, no se diferencia mucho de una cebolla. Cuando un niño en sus primeros años demuestra testarudez, nadie puede predecir si se convertirá en un hombre de gran resolución o en un bravucón. Lo mismo ocurre con ese «ajuste de cuentas», que puede hacer de un hombre un asesino ¡o una gloria para Jesucristo! Todos tenemos dentro ese pequeño retazo de ruindad. A todos nos gusta «ajustar cuentas», y por eso precisamente era indispensable escribir esta Vida de John Green Hanning; para mostrarnos lo que se puede

hacer con ese impulso.

CAPÍTULO II

EL GENIO DE KENTUCKY

«Ya os ajustaré las cuentas, como siempre.»

Quien hablaba así era John Green Hanning, que, sin darse cuenta, resumía todo su carácter y toda su manera de vivir. Los ardientes ojos azules, que relampagueaban furiosos, y la mandíbula juvenil, que mostraba tanta firmeza, eran suficientes para delatar la fogosidad del Sur. John era de Kentucky, y los de Kentucky han sido siempre conocidos por su genio.

La campana de la clase había sonado, y los legos trapenses, con sus hábitos pardos, se dirigían, en ordenadas hileras, al «colegio de los monjes», que se erguía en lo más alto de la colina de Gethsemaní. De no haber sonado la campana o de no haber estado presentes los Hermanos legos del hábito pardo, John Green Hanning, que en aquel momento parecía un volcán, hubiera entrado en plena erupción. Le habían hecho trampa. Se trataba de una de las clásicas bromas de colegio, pero John no le veía la gracia. No podía resistir que alguien se riera de él, y las sonrisas dibujadas en los rostros de sus compañeros aumentaban el frunce de su ceño, mientras susurraba:

—Ya os ajustaré las cuentas, como siempre.

En verdad, no nos interesa que se las ajustara o no; pero lo

que realmente capta nuestra fantasía y nos asombra es la instantánea de aquel carácter de muchacho. Corre el año 1865; John Green Hanning acaba de cumplir dieciséis años; una edad fascinante, una edad aterradora. El muchacho tiene fuego; ¿qué será el hombre? ¿Una conflagración o un horno? ¿Devastará o irradiará? Estas preguntas brotan en la mente. Pero sólo el tiempo y John Green Hanning les dará respuesta.

Nacido el 12 de enero de 1849, vio la luz en Lebanon, Kentucky, precisamente cuando hacía tres semanas y un día que en Gethsemaní, a muy pocas millas de distancia, se había fundado la primera abadía trapense en Norteamérica. Pero ni los monjes sabían una palabra de la llegada de John, ni, naturalmente, John se preocupaba en absoluto de ellos. Nació en un mes muy frío, pero desde el 12 de enero de 1849 hasta el fin del tiempo —y aun después de él— aquel hijo de John Hanning y de Mary Jane Hagan había de ser un ascua.

John Hanning y Mary Jane Hagan estaban contentos aquel día, porque por cuarta vez Dios había bendecido su unión con un niño. John padre y John hijo tenían buen pecho en aquel enero; el mayor, se contoneaba como un pavo, y el pequeño anunciaba su venida al mundo en tonos nada suaves. Y Mary Jane, contemplando al John que estaba entre sus brazos y al John que tenía a su lado, se preguntaba cuál de los dos era más niño.

Después de la alegría del momento, John y Mary Hanning dieron gracias a Dios por su bendición, y en cuanto fue posible hicieron que el cura de la parroquia convirtiera a su pequeño hijo en hijo de Dios mediante las aguas del Bautismo. De manera que John Green Hanning volvió a nacer, y, de ser solamente un kentuckyano, se convirtió en un católico de Kentucky. Al mismo

tiempo, pasó de ser sólo un americano a ser un hijo de Dios totalmente americano.

El nuevo hijo de Dios y de John Hanning habría de causar, tanto a su Padre celestial como al terreno, muchas penas y preocupaciones antes de convertirse en un verdadero hombre, porque dentro de su alma dormitaban fuegos volcánicos. Para su madre sería otra cosa, pues la amaba y la amada siempre. El cariño a su madre fue después de su fe el mayor don de Dios para John Green, y le evitó caer en los más profundos abismos, guiándole hacia el hogar. Si no me es posible decir exactamente cuándo nació el cariño de John Green Hanning por su madre, sí puedo asegurar que no murió nunca.

John había de conocer muchos lugares y muchos rostros extraños antes de establecerse definitivamente. Andaría errante mucho tiempo, lejos de su hogar y su familia, pero habría un par de ojos que nunca se borrarían de su memoria y acabarían por salvar su alma; los ojos de su madre.

Pero me estoy anticipando. Antes de aterrizar en Europa, hay que abandonar Nueva York, y aquí estoy yo, casi al final de mi historia, sin haber salido de su comienzo. No tiene sentido dar una respuesta antes de haber hecho la pregunta, ¿verdad? Equivaldría a dar la solución antes de enunciar el problema.

Volvamos a nuestro sudista de dieciséis años, dirigiéndose hacia el colegio de Gethsemaní. Sí; empiezo a hablar de un John de dieciséis años en lugar de presentarle a los seis, y lo hago por dos buenas razones. La primera, porque no sé nada de él a los seis años; la segunda, porque no soy aficionado a «los niños santos». En realidad, no creo en los «niños santos». Naturalmente, si esto es una herejía, me retracto; pero si, como creo, es un firme

sentido común basado en una teología más firme aún, insisto en decirlo. No; no creo en los «niños santos», exceptuando tal vez a Juan el Bautista —si, como podemos suponer, ya tenía uso de razón cuando se movía en el seno de su madre—y, naturalmente, a María Inmaculada. Los evangelistas, que fueron excelentes hagiógrafos y escribieron verdaderas Vidas de santos auténticos, nos hablan de hombres y mujeres que se hicieron santos, no de hombres y mujeres que nacieron ya santos. Nos hablan del testarudo Simón, que se convirtió en el atrevido Pedro; del Saulo que odiaba, que se convirtió en el Pablo celoso; de la apasionada y sensual Magdalena, que se convirtió en la espiritual y silenciosa María, y de toda una hueste de hombres y mujeres. Hombres y mujeres de carne y sangre, de faltas y caídas, de furor y genio, igual que vosotros y que yo. A mí me infunden valor. ¿Y a vosotros?

Como ya he dicho, los escritores sagrados nada dicen de los días de infancia de aquellos santos. No les falta razón para ese silencio. Para ser santo, el hombre tiene que conformarse con la voluntad de Dios, para lo cual es menester que la conozca. Un niño, que tiene la propiedad, pero no el uso de sus sentidos e intelecto, ¿puede conocer la voluntad de Dios? ¿Para qué hablar de ello? La Iglesia, que es infalible, dice que generalmente se alcanza el uso de razón a los siete años. Permitidme añadir que hay una gran diferencia entre llegar a la edad del uso de razón y negar el uso de la razón. La misma que existe entre tener veintiún años y ser un hombre. Todos los hombres, si viven lo suficiente, alcanzarán la edad de la madurez; pero no todos, por mucho que vivan, llegarán a estar maduros.

Todo lo cual me trae de nuevo a John Green Hanning a los

dieciséis años y no a los seis. John era un muchacho, un verdadero muchacho. Físicamente, era de talla media, con tendencia al tipo fino y delgado más bien que al corpulento. Intelectualmente, ni era un talento ni era torpe, sino un muchacho americano corriente, ágil y lleno de vitalidad. ¿Y espiritualmente? Las notas que obtuvo en el colegio de los monjes fueron «muy bien» durante sus dos semestres. Tenía «muy bien» en puntualidad, en comportamiento, en devoción, en aplicación. A juzgar por esas notas escolares, deberíamos decir que John era un chico «muy bueno». Pero los monjes no puntuaban a los chicos por el carácter, ni por la afición a las pendencias, ni por el espíritu de «venganza». De haberlo hecho, en lugar de «muy bien» habrían puesto «excelente». John tenía un carácter excelente, si juzgamos la excelencia de un carácter por la frecuencia de sus explosiones y la violencia de sus erupciones. John era un pendenciero excelente, si un pendenciero excelente es el que lleva siempre una piedra en el bolsillo dispuesta para arrojársela a cualquiera. Pero, sobre todo, era de lo más excelente en el «ajuste de cuentas». Según confesión propia, se las ajustaba al lucero del alba.

Tal vez estoy creando una imagen errónea. John Green Hanning no era el típico «niño malo» de Peck, ni el verdadero «niño malo» de su colegio. En realidad, John Green Hanning no era siquiera un chico malo, sino un jovenzuelo americano, educado en el viejo Kentucky en la época de la guerra civil. Subrayar esto tiene gran importancia, pues los días de guerra afectan a una nación hasta al último niño nacido en ella; y los días de postguerra son aún peores. La época de guerra es una época anormal. El histerismo se apodera del país, y al impedir el juicio claro y bien fundado, hace imposible un pensamiento equilibrado. Se desfigura o se borra la verdad, mientras la mentira —disfrazada con el nombre de

propaganda— se difunde a lo largo y a lo ancho del país. En lugar de dar «todas las noticias adecuadas para imprimirse», los periódicos dan solamente las que se imprimen para adaptarse a la política del partido que gobierna y al pulso del pueblo. La emoción sustituye al pensamiento; la pasión y el prejuicio pasan por virtudes.

Todo esto es doblemente cierto en una guerra civil. Desde 1860 hasta 1864 nuestra patria estuvo en condiciones anormales y vivió en un hervidero de pasiones. Kentucky fue el más anormal de todos los Estados. Situado en la línea limítrofe entre el Norte y el Sur, tenía simpatizantes con los esclavos y con los propietarios de esclavos; tenía soldados vestidos de azul y soldados vestidos de gris; héroes bajo el mando de Lee y héroes bajo el mando de Grant. El resultado era inevitable: los vecinos dejaban de ser vecinos; los hermanos, de ser hermanos; los padres luchaban contra sus hijos, y los hijos contra sus padres.

En esta atmósfera creció John Green Hanning. Cualesquiera que fueran su primitiva combatividad y su primitiva determinación, «nunca superadas», no hay duda que se habían acentuado. Los días de guerra producen efectos paradójicos. Absorben al individuo, pero paradójicamente ponen de relieve su individualidad. Empujan al pueblo hacia un heroico olvido de sí mismo, y al mismo tiempo le hacen tener plena conciencia de sí. Sumergen el hombre en una unidad combatiente y aumentan en cada uno la conciencia de su individualismo e independencia. Como consecuencia de todo ello, en los días de postguerra surge un notable renacimiento del individualismo y la independencia. Y así fue cómo ambos sentimientos se desarrollaron en el espíritu de John Green Hanning. La guerra civil vigorizó su temperamento kentuckyano.

CAPÍTULO III

LA FOGOSIDAD MERIDIONAL

Vamos a dejar ya los días de colegial de John Green Hanning, no sin antes hacer constar que John no fue ni el primero de su clase ni la alegría y el orgullo de sus maestros. No se señaló ni por su religiosidad ni por su prudencia, ni fue tampoco el jefe o el modelo de su grupo en ningún sentido de la palabra. Después de tantas cosas negativas, llegamos a una positiva: John Green Hanning era exactamente como tú y como yo, un ser vulgar. Un muchacho americano como hay miles a los dieciséis años, que alcanzaba en todo el nivel medio, sin distinguirse en nada.

Si John Green Hanning llegara un día a ser canonizado, seguramente se le llamaría «el santo vulgar», convirtiéndose inmediatamente en el patrón del hombre medio. Precisamente, ello debería interesarnos a ti y a mí y a todas las personas vulgares, puesto que es uno de nosotros. Lo que le hace especialmente atractivo es el haber carecido siempre de todo lo extraordinario. Jamás tuvo en sus mocedades visiones, éxtasis, halos o virtudes señaladas. No fue sino un muchacho católico americano, normal en todo, excepto en la violencia de su carácter. Pero aun eso, era casi normal en Kentucky.

Antes de abandonar los días de colegial de John Green

Hanning debo decir que cuando cumplió dieciséis años y sólo llevaba un semestre en el colegio de Gethsemaní, preguntó un día a su padre:

—Papá, ¿puedo hacerme trapense?

— ¿Hacerte qué...? —rugió su padre.

—Trapense, monje trapense —gritó el muchacho, poniéndose colorado.

—Escucha, niño —repuso el padre—. En el monasterio no admiten mocosos.

Ahora debía John haber rugido. Pero en lugar de hacerlo, se enfurruñó y preguntó, casi haciendo pucheros:

— ¿Quién es un mocoso?

—Tú —respondió el padre—. No tienes más que dieciséis años y hablas de meterte trapense. La vida de los trapenses es para hombres hechos y derechos, y tú no eres más que un chiquilicuatro.

El mozalbete se sonrojó de cólera, pero no se apartó de su padre. De haberle llamado chiquilicuatro otra persona habría habido una verdadera batalla. Pero como respetaba a su padre, se limitó a enrojecer y guardar silencio. Un silencio penoso para ambas partes, que el padre rompió para decir:

—Si esperas una respuesta más definitiva, aquí la tienes: ahora no puedes meterte a trapense, y tal vez no puedas hacerlo nunca; así que vete a correr por ahí y olvida esas locuras. Eres demasiado joven para pensar en esas cosas.

John echó a correr y lo olvidó, pero sólo tal vez porque tenía otras cosas en qué pensar. Se preguntaba qué es lo que convierte en hombre a un muchacho, y por qué dieciséis años no son

bastantes para la madurez. John Green Hanning estaba furioso; con su padre, por haberle llamado «mocoso», y consigo mismo, por no tener «más que dieciséis años».

Proseguimos nuestra historia cuatro años más tarde. Según la ley, no es un hombre todavía, pero en su fuero interno se considera un hombre hecho y derecho. Le encontramos en una pequeña plantación de tabaco en Lebanon, Kentucky, adonde su familia se había trasladado por razones de mucho peso. El dicho de «zapatero, a tus zapatos» puede ser un consejo para la mayoría de los zapateros, pero no precisamente para aquel sastre, según la señora Hanning. La aguja y las tijeras habían proporcionado a su espeso un pequeño capital, pero también demasiados «amigos» desgraciados que, al percatarse de que John Hanning padre no sólo tenía un corazón abierto, sino también una mano abierta, se aprovechaban de ambos. Los irlandeses pueden haber sido creados para muchas cosas, pero nunca para usureros; así, pues, la señora Hanning convenció a su marido, tan genial como generoso, para que, abandonando la sastrería, se hiciera cultivador de tabaco. En 1857 adquirieron mil acres de buena tierra, Y el sastre de Lebanon se convirtió en el tabaquero de Owensboro.

No creáis que en este capítulo voy a describir prolijamente la vida de una finca donde se cultive tabaco, porque si habéis vivido en alguna o en sus proximidades, sabréis de ella mucho más que yo; sí, por el contrario, nunca habéis conocido una finca de esta clase, mi explicación os servirá de muy poco. Sin embargo, no tengo más remedio que daros algunos datos, sin los cuales este capítulo estaría tan falto de sentido como Hamlet sin sus problemas o el Mercader de Venecia sin su libra de carne. El tabaco mucho antes de convertirse en puro o en cigarrillo, en un «Corona-

Corona» o un «Camel», se cuelga en unos cobertizos. Esto es algo importante para el tabaco, para el puro o el cigarrillo, y, sobre todo, para este capítulo. El cobertizo no tiene por objeto el almacenaje, sino el proceso de maduración. En él se cuelgan las hojas de tabaco para que se sequen y adquieran ese delicioso aroma que consigue que un cigarro de cinco céntimos cueste cincuenta. Con esto podéis comprender que el cobertizo es para la plantación lo que la moneda para el Tesoro de los Estados Unidos. Una vez explicado esto claramente, prosigamos con nuestra historia.

Cierto día, John Hanning padre y John Hanning hijo tuvieron un altercado que terminó en choque violento, al encontrarse en furiosa oposición los dos violentísimos caracteres. John padre era resuelto y John hijo lo era más todavía. El padre estaba convencido de que aquél era el momento psicológico para vencer la testaruda voluntad de su hijo, que aunque hacia sólo un año que podía ser considerado adulto, demostraba tanta madurez como un potrillo y mucha más obstinación que éste. El hijo se hallaba igualmente convencido de que aquél era el momento de demostrar a su padre que tenía su voluntad propia y que ya no era un chiquillo. El padre acabó callándose, mientras la cólera del hijo subía de punto.

El sol se puso aquella tarde sobre el silencio paterno y el hosco resentimiento del hijo, que tenía la amarga sensación de haber sido humillado, ultrajado, agraviado. Su ira crecía con cada hora de mal humor y de compadecerse a sí mismo. Al anochecer, su rostro estaba como la grana, mientras en su corazón ardía la llama del furor, que subía hasta el cerebro, abrasándoselo. Cuando al fin brillaron en el cielo las estrellas, John Green Hanning había dejado de pensar, y su corazón y su cerebro latían con el estribillo ensordecedor de: « ¡Ya te ajustaré las cuentas!... ¡Ya me

desquitaré!»

Cuando aquella noche se apagaron las luces en el hogar de los Hanning, la paz reinaba en la casa, pero dos corazones se hallaban muy lejos de la paz y dos cerebros muy lejos del descanso. El padre, silencioso y sin poder dormir, mirando fijamente en la oscuridad, cavilaba la mejor manera de vencer la férrea voluntad del mozo y hacer de él un hombre. El hijo, silencioso y en vela, escrutaba la oscuridad en espera del amanecer, para demostrar a su padre que no se dejaba vencer y que era un hombre capaz de «ajustarle las cuentas».

Las horas pasaron. Horas lentas, que parecieron interminables a los dos que velaban en la oscuridad. Horas tristes de perplejidad para el padre. Horas impacientes, sin descanso, para el hijo. Al fin, el padre, rendido y entristecido, cerró los ojos y se quedó traspuesto un rato. Cuando los abrió de nuevo, todavía era tan de noche como cuando los cerrara. Miró hacia la ventana, y vio a lo lejos un resplandor. Medio distraído, pensó: «¿Será la luna? ¡Qué raro, tan baja y tan dorada!...» Pero no. El resplandor lejano se movía, se elevaba, tomaba forma... ¡Eran llamas! ¡Era fuego! De un salto estuvo al lado de la ventana.

— ¡El cobertizo! ¡El cobertizo del tabaco!... ¡Socorro! ¡Vamos, vamos todos! ¡El cobertizo del tabaco está ardiendo!...

Toda la casa, tanta la familia como los braceros, corrieron al edificio en llamas. Cubos, cacharros, barriles —cuantos recipientes que podían contener un poco de agua había en la casa—, fueron llevados a toda prisa al cobertizo que ardía. Hombres y mujeres, muchachos y muchachas, niños y niñas, trabajaron con entusiasmo, pero en vano. El fuego les llevaba demasiada ventaja, y los variados cacharros de que se disponía fueron inútiles. El

cobertizo se quemó totalmente. La cosecha de un año se quemó en el humo y como el humo.

A la hora del desayuno, los tristes ojos del padre se posaron sobre una silla vacía. John Green Hanning no estaba. El Padre no dijo nada. Terminó su desayuno mecánicamente y comenzó su trabajo diario. Durante todo aquel día y durante muchos otros que le siguieron se movió por la finca mecánicamente. Los días y las noches se sucedieron, y el cabeza de familia continuó moviéndose sin articular palabra. La casa de los Hanning se convirtió en una casa silenciosa, pero con un silencio que no tenía nada de esa tensión que se produce cuando un hombre paciente, pero vigoroso, está a punto de estallar en una cólera justificada, sino con un silencio triste, causado por el dolor de un hombre paciente y vigoroso cuyo corazón ha sido desgarrado.

El trabajo habitual de la finca prosiguió, pero solamente porque se trataba de un trabajo rutinario. Si durante aquella época se fijaba uno en el propietario de la plantación, podía observar que sus manos y sus pies se movían, pero que su imaginación se hallaba inmóvil a muchas millas de distancia. Estaba junto a su hijo. Una y otra vez removía en su cabeza la discusión que había tenido, y se culpaba de haber estado demasiado duro. No le importaba el cobertizo. Aquello podría volver a levantarse. No le importaba la cosecha. La tierra produciría otra mejor el año próximo. Lo que le preocupaba era su hijo. ¿Dónde estaría John? ¿Cómo podría hacerle venir de nuevo a casa?

John Hanning era un verdadero padre, y durante aquellos días, aunque en el fondo de su subconsciente estaba seguro de haber actuado como debía, su corazón sólo hablaba a la cabeza de autoacusación y de perdón. Se condenaba así mismo por su

inflexibilidad y condenaba el pecado de su hijo. El tiempo aligeraría el peso de su pensamiento; pero nueve años enteros no sacarían aquella hoja de hierro clavada en su corazón.

En cuanto a la madre, el tiempo no hizo más que ahondar el vacío de su alma. Mirando el John que se hallaba presente y pensando en el ausente, intentando ser leal con el esposo y no ser infiel con el hijo, luchando por iluminar el corazón oprimido que tenía al lado y rezando por el alma del vagabundo, la pobre mujer se preguntaba cuál de los dos sería el que sufría más, cuál de los dos era el pecador o la víctima del pecado. Con frecuencia durante las comidas, su marido la sorprendía mirando la silla vacía. Al encontrarse sus ojos, ella guardaba silencio, suspiraba y cambiaba la vista. A todas horas suplicaba a María Inmaculada que amparase a su hijo errante. La peor de las agonías no era precisamente que su hijo fuese tan rencoroso; podía excusar el pecado y querer al pecador. Lo peor de las agonías era aquel silencio, más intenso cada día que pasaba. Sin embargo, estaba segura de una cosa: de que su hijo la quería, por lo que su corazón le decía que había de volver. Y estaba en lo cierto .

Esta verdad fue la que la mantuvo, evitándole morir de pena y de dolor durante aquellos primeros meses. No obstante los muchos días y las muchas noches en soledad vividos por la valerosa madrecita, el más solitario de todos fue el de Navidad. John Hanning pasó varias semanas planeando la manera de alegrar a su mujer. Todo su Adviento fue una preparación para aquel día de días, en el que trataría de mostrar un semblante sonriente y vibrar de energía y sana alegría

Y llegó el día. Muy de mañana, mucho antes de que alboreara, la familia hizo su recorrido hasta la iglesia. Allí, a la

tenue luz de los cirios y en la dulzura del minúsculo Nacimiento, se respiraba la paz. Durante el emocionante misterio de la Misa, John Hanning padre suplicaba al Señor le diese fortaleza y templanza suficientes para sobrellevar aquel día; los hijos pedían consuelo para su madre, y Mary Sane Hanning rezaba por su hijo ausente. Arrodillados uno al lado del otro, recibieron la sagrada Comunión y rogaron al tierno Infante de Belén. Después, mientras volvían en fila hacia sus puestos, la madre ocultó el rostro entre las manos y habló a Jesús en su Corazón. Lo que lo dijo sólo lo saben ella y Dios, pero no es difícil adivinar que le hablaría mucho de su hijo.

El día fue larguísimo para todos. De boca a boca corrían palabras brillantes, pero no demasiado. En las habitaciones se oían frecuentes carcajadas, demasiado fuertes y demasiado agudas para ser sinceras. El afanoso entusiasmo que parecía presidirlo todo—los regalos desenvueltos y admirados, la mesa puesta para la cena, las copas de la sobremesa— resultaba excesivo. Las bromas que se intercambiaron durante la velada eran de oropel. Relucían, pero no eran de oro.

Por fin, acabó el día. Los hijos se habían retirado y los padres estaban sentados solos.

—Vaya, Mary, se acabó el día. Ha sido un día feliz, pero muy largo. ¿No crees que deberías irte a la cama corriendo?

Entonces, por primera vez durante aquel día de Navidad, se oyó la verdadera voz de Mary Hanning. Se levantó y besó a su esposo en la frente, diciéndole:

—John, eres bonísimo, pero conmigo no necesitas fingir.

La última luz tardó en apagarse en casa de los Hanning aquella Nochebuena, pero aún en la oscuridad, una madre con el corazón destrozado pensaba en su hijo.

* * *

¿Qué había sido de su hijo? Aquella noche del incendio salió del cobertizo en llamas llevando en sus ojos una mirada salvaje. Era una llamarada de frenesí, porque se gozaba de su fechoría. La venganza es dulce durante cierto tiempo, y John, mientras huía de la hoguera que él mismo había prendido, disfrutaba de esa etapa de dulzura. Corrió hacia las colinas del Sur. En un cerro se paró y miró hacia atrás. En aquel momento las llamas se elevaban y John se echó a reír, mientras levantando el puño en alto exclamaba:

— ¡Ya te enseñaré yo! ¡Ya te enseñaré yo!... ¡Por lo pronto, te he ajustado las cuentas!

Se volvió y siguió corriendo sin parar entre las sombras de la noche, volviéndose de cuando en cuando a mirar el cielo encendido a sus espaldas. Al cabo de mucho tiempo, cansado por su agotadora carrera y por sus rudas emociones, se tumbó bajo un árbol y no tardó en dormir el sueño de los que están totalmente exhaustos.

Cuando se despertó a la mañana siguiente todo había cambiado. Ya no era el hijo de un acomodado plantador de tabaco; ya no era el vástago de una familia sumamente respetada; ya no era el John Green Hanning entrando en la madurez. Se despertó para encontrarse terriblemente solo, para hallarse convertido en un vagabundo, en un fugitivo, en una calamidad. Comprender de repente todo esto le devolvió la serenidad, mientras la fogosidad meridional de su temperamento se apagaba.

CAPÍTULO IV

ALLÁ, EN EL RÍO GRANDE

A mañana siguiente a su «desquite», John Green Hanning pensó bastante. Eran cavilaciones rápidas, superficiales, incorrectas, pero cavilaciones al fin. Pensó en lo que había hecho y por qué lo había hecho. Al principio se sintió inclinado a justificarse; en realidad, realizó todos los esfuerzos posibles por llegar al punto de aprobarse a sí mismo, pero la fogosidad de su carácter se había apagado, y por mucho que hiciera no consiguió encenderla de nuevo. Pensó en su padre y sintió un momentáneo relámpago de resentimiento, pero nada más que eso. Fue sincero consigo mismo y admitió lentamente que había perjudicado a «un padre estupendo». Pensó en su madre, y el tumulto de pensamientos que se agolparon a su mente le produjo tal dolor en el corazón, que no quiso seguir pensando en su casa, y decidió marchar hacia el Oeste.

La reacción y la resolución eran normales. La vergüenza, el temor, el oprobio y un orgullo estúpido —mezcla extraña de cobardía y de justicia heroica— le forzaron a aquella decisión. Tenía miedo de enfrentarse con su padre y vergüenza de enfrentarse con su madre. Sentía que había pecado tan gravemente, que el perdón de ambos no sería posible. El Oeste no

le resultaba muy atractivo, pero le pareció que no tenía más remedio que arrostrarlo, ya que él mismo se había proscrito de su casa. Se encogió de hombros, mitad con resignación, mitad con desesperación; se puso en pie y echó a andar hacia el Oeste.

Durante los primeros meses siguientes, el joven John Hanning maduró con mucha más velocidad de lo que lo había hecho en los veinte años anteriores... Se ganaba la vida, trabajaba para mantenerse, tenía que restregar los codos, los hombros y las caderas con la vida y encontró que la vida era ruda y áspera. Se las daba de hombre, y como un hombre era tratado por quienes no tenían tiempo ni ganas de ser amables.

Después de haber dormido en pajares, en cuadras y al abrigo de una tapia; después de haberse ganado una comida de este granjero y otra del dueño de aquel restaurante; después de haber aprendido el arte de pedir limosna por las puertas traseras, alcanzando apenas la compasión de las cocineras; después de haber recorrido parte del camino oculto entre el heno de los carros, en los furgones, y especialmente andando, andando mucho sobre sus pies cansados, John llegó, por último, a Texas, y allí, en el Estado de la Estrella Solitaria, se convirtió en lo que tanto conocía por lectura y con lo que tan a menudo soñara en su infancia... Se convirtió en un «cow-boy» americano.

Muchas veces se había estremecido leyendo las hazañas de aquellos valientes que recorrían las praderas cabalgando sobre unos airosos animales que eran la gracia y la belleza misma. Su sangre joven hervía en sus venas con las descripciones de aquellos hombres de ojos fríos y acerados, que entraban audazmente en los pueblos con las pistolas colgadas del cinto sobre las caderas. Muchas veces le habían llenado de alborozo

aquellas lecturas referentes a los héroes del Oeste, que encarnaban el sueño juvenil de la valentía masculina. Ahora se veía convertido en uno de ellos... Si ha existido alguien en el mundo que aprendiera prácticamente que la realidad es mucho más sorprendente aún que las novelas, fue John Hanning. Ahora tenía su caballo, sus armas y todos los atributos del «cow-boy», pero también tenía su trabajo.

Los novelistas del «salvaje Oeste» jamás hablaron de las interminables horas sobre la silla vaquera cuando había que trasladar de un sitio a otro los rebaños. Jamás aludieron al sol que abrasaba sin piedad, ni a las largas noches solitarias, ni a la ingratitud de todo ello. Ni siquiera mencionaban en sus libros otras mil cosas que formaban parte de aquella vida. John se preguntaba con frecuencia de dónde habrían sacado los novelistas sus rutilantes ideas sobre la vida de los vaqueros del Oeste.

Pero ya es hora de que dejemos de llamarle John Green Hanning, puesto que él nunca se quiso llamar así desde que abandonó su casa, ni oyó a nadie que le diera ese nombre. Todo el mundo le conocía ahora por «el kentuckyano». Había llegado a una tierra donde se hacían muy pocas preguntas y se contestaban menos todavía. A los que buscaban empleo en ella jamás se les preguntaba de dónde venían, por qué venían, ni cuánto tiempo iban a quedarse. Si sabían montar, echar el lazo y disparar con rapidez, se les aceptaba sin más requisitos. En aquella tierra era más frecuente poner nombres que preguntarlos; de modo que nuestro héroe fue conocido enseguida por «Jack el de Kentucky», «el Rápido» o, más sencillamente aún, «el Kentuckyano». Aunque nunca dijo a nadie que procedía de Kentucky, todos lo supieron en cuanta abrió la boca. El acento de Kentucky es inequívocamente el

acento de Kentucky y no hay posibilidad de confundirlo. El segundo sobrenombre le vino porque seguía siendo John Green Hanning, es decir, el muchacho de genio vivísimo, capaz de inflamarse en un abrir y cerrar de ojos.

Desde 1869 hasta 1878, Texas fue «el Oeste», y, mejor aún, «el salvaje Oeste». Pero «el Kentuckyano» no tardó en aclimatarse. Antes de que transcurrieran muchos meses se había convertido en un vaquero en toda la extensión de la palabra. Con todos sus defectos, el típico «cow-boy» americano era una figura encantadora. Primitiva y a veces brutal en muchos aspectos, poseía también aquellas cualidades redentoras que hacían un hombre del hombre primitivo. Era limpio y leal y poseía un riguroso sentido de la justicia. Era honrado y sincero y, aunque «un poco ligero con el gatillo», nunca empleaba esa ligereza sin razón. Tenía muy pocas nociones escolares, pero estudiaba en la escuela, mucho más amplia del medio en que vivía, teniendo por maestra a la Naturaleza. Los principios que formaban su carácter y guiaban su vida eran pocos, pero eran puros.

No creáis que pretendo canonizar al «cow-boy». Encarnaba la masculinidad, y tal vez por ser el nuestro un pueblo materialista y viril, el jinete delgado y curtido del Oeste se ha convertido para nosotros en una especie de ídolo. Físicamente era todo lo ágil que América quiere que sean sus hijos, tan duro como el acero y tan flexible como el junco. Su fortaleza no era la del roble añoso, sino más bien la indomable, flexible e inquebrantable del árbol joven. Desde el punto de vista psicológico, era fanfarrón e independiente, muy amante de la libertad y sumamente respetuoso con las leyes elementales. Pero lo que hacía más querido al «cow-boy» era su corazón. En su corazón, no era más que un niño sencillo, y como

todos los niños sencillos, un amante de lo sencillo y lo sublime.

Alguien ha dicho: «Dejadme escribir las canciones de un país y que otro cualquiera escriba sus leyes.» Tenía razón. Hay que escuchar las canciones de un pueblo, las canciones que más ama, pues en ellas escucharemos el corazón de ese pueblo. Lo mismo ocurre con nuestro vaquero americano. Su alma está en sus canciones. En su corazón es un amante de lo sencillo y lo sublime. Escuchad sus canciones y siempre le oiréis cantar a sus amores. Canta a su caballo, a su silla, a sus botas, a los ganados que ha de conducir. Canta a sus amigos y a la muchacha de sus sueños. Tiene que cantar, porque con gran frecuencia está solo, y casi siempre enamorado.

En las canciones de los «cow-boys» hay mucho de la Naturaleza, porque la Naturaleza se ha adueñado de su corazón. ¿Es extraño esto? No. Siempre la tiene a su alrededor. Ella le acaricia con sus brisas en lo alto de las colinas cuando cae la tarde. Luego se viste sus galas nocturnas y se prende estrellas en su cabello endrino para hechizarle. Durante toda la noche actúa como reina y exige el tributo de su majestad. Pero al amanecer, las joyas vuelven a su estuche y suelta sus maravillosas trenzas. Abandonando sus modales y su paso de reina, la Naturaleza se vuelve casi mimosa. Muestra al «cow-boy» el tono sonrosado de sus labios y las gotas de rocío que han caído sobre las puntas de sus pies; corre y trisca a través de la neblina que se levanta, perfumando el mundo con su fragancia... No es extraño que el «cow-boy» se enamore de ella, pues la Naturaleza despliega los tesoros de su fantástico equipaje, y desde el amanecer hasta la noche no hace otra cosa que arrullarle. No es extraño que el vaquero alce la voz para cantar sin tregua a sus seres queridos.

Doncella recatada o reina, la Naturaleza actúa paradójicamente sobre los jinetes de las praderas, al hacerlos a la vez duros y suaves. Endurece sus cuerpos y sus manos, pero ablanda sus corazones juveniles. Les hace rebosar de simpatía, no de sentimiento y menos aún de sentimentalismo. Los vaqueros encuentran y sienten tal afinidad con todas las cosas vivas, que la demuestran en su varonil amabilidad hacia todo. Ese es el corazón, el juvenil y amante corazón que encontraréis en las joviales canciones del «cow-boy».

Con hombres de esta clase convivió nueve años John Green Hanning, convirtiéndose sin el menor esfuerzo en uno de ellos. Su cuerpo adquirió plena virilidad, pero su corazón siguió siendo el de un muchacho. Me preguntaréis qué fue de su genio irritable. Os diré que siguió lo mismo; exactamente igual de violento; capaz de incendiarse en un santiamén; igual de destructivo y de peligroso. Y con él persistió siempre aquella determinación suya de «desquitarse», de «ajustar cuentas».

A pesar de esta invariable característica, «el Rápido» sufrió un gran cambio en lo más profundo de su corazón. Si se observa atentamente al John Green Hanning de antes, hay que juzgarle un egoísta. El cariño que tenía a su madre era grande, sí, pero mucho menos del que se tenía a sí mismo. Ahora, en cambio, comenzaba en él un raro proceso espiritual por el cual su corazón, hasta entonces soberbio y ególatra, desarrollaría una sorprendente capacidad de amor a los demás. Fue un proceso lento y disimulado, pero seguro. Lo que hizo más mella en el corazón de John fue el silencio y el cantar.

Muchas noches, «el Kentuckyano» recorría el rancho sin más compañía que la luna y las estrellas mudas. El silencio incitaba al

pensamiento. Empezó por pensar en sí mismo. Pero apenas comenzó a pensar en John Green Hanning el «cow-boy», su imaginación le recordó al John Green Hanning de Kentucky, a su familia, su casa y su tierra. Su corazón juvenil se sintió hambriento. Sin darse cuenta de ello, el jinete de mano dura y recio cuerpo empezó a sentir nostalgia, mucha nostalgia. Pero no era sólo el silencio lo que removía su corazón. También el canto hizo su parte. John Green Hanning poseía una voz hermosísima, cálida, dulce, conmovedora y espiritual. Una voz que imponía atención y silencio; una de esas voces que hechizan a cuantos la escuchan. Sin nada de dramática ni de teatral, rezumaba musicalidad y dulzura. Una voz pura, rica, aterciopelada y vibrante, llena de verdadero sentimiento. A su poseedor le encantaba utilizarla.

Al principio, cuando iba a caballo, «el Kentuckyano» cantaba de cabo a rabo y sin cesar las largas tonadas vaqueras. Mas a medida que pasaban los años, empezó a entonar a menudo algunas canciones de los negros o alguna tonada típica del Sur. Cada vez con más frecuencia, los jinetes del rancho oían a lo lejos a su compañero cantando los conmovedores y quejumbrosos cantos de plantación, que muy pocos hombres que no sean de color son capaces de componer o interpretar. Sin darse John cuenta de ello, la combinación del silencio de la Naturaleza y su propio canto iban ahondando en su corazón y agudizaban el hambre de hogar que ya sentía. Cuanto más cantaba para alegrarse, más le invadía la melancolía, pues casi exclusivamente cánticos de su patria chica. Fue necesario que transcurrieran nueve años largos para cumplir su objetivo; pero el silencio y el canto llegaron al fin a decidirle una vez más a demostrar «que siempre se desquitaba».

Fueron incontables las veces que durante aquellos nueve años se dijo a sí mismo: «Ya me desquitaré. Siempre lo hago.» Los «cow-boys» más bravucones aprendieron cómo, en efecto, el enjuto «kentuckyano» «se desquitaba siempre». Las reses inclinadas a las escapatorias encontraban en «el Rápido» a un hombre vengativo y ciertamente merecedor de su sobrenombre. Sus compañeros comprendieron que no se podía bromear con él, pues se enfurecía con facilidad, y cuando montaba en cólera sabía «ajustar las cuentas» al bromista. Aun cuando la dulzura de la venganza siempre le resultara amarga, por traerle a la memoria el doloroso recuerdo de una noche en la que, por «ajustar una cuenta», incendió el cielo de Kentucky.

Luego surgió un autoengaño. John Green Hanning, el «cow-boy» tejano, se engañó a sí mismo. Los nueve largos años de vivir en la Naturaleza, de cabalgar día y noche por el amplio rancho, habían surtido efecto en su alma. El silencio del día y el silencio aún más profundo de la noche, le hablaron con elocuencia. El vacío y la soledad de la pradera y de la llanura aparecieron llenos de visiones y de personas, siempre las mismas visiones y las mismas personas: su familia y su vieja casa de Kentucky. Los cánticos que entonaba con ánimo de alegrarse sólo conseguían deprimirle más. Cuando al fin intentó decirse la verdad a sí mismo, acabó por mentirse. Y en un momento que creyó de cólera, se dijo:

— ¡Ya les enseñaré yo! ¡Ya verán! ¡Volveré a casa y les «ajustaré las cuentas», como siempre!

El prolongado silencio de su familia, ignorante de su paradero, lo utilizó John como pretexto de enfado. Consi-

derándose desairado, decidió «desquitarse» volviendo a casa. Fue un gran engaño; pero cicatrizó muchos corazones y santificó más de un alma. Lo evidente era que el muchacho seguía viviendo en el hombre. John Green Hanning se sentía nostálgico y afanoso por volver a su madre, que era el amor de su vida.

Así, un hermoso día, «el Rápido» entregó su lazo a un chico, salió al corral, se abrazó al cuello de su caballo, diciéndole: « ¡Adiós, viejo amigo!», vendió las pistolas y la silla, se compró un traje de ciudad y emprendió el regreso a «su viejo y lejano hogar de Kentucky». Dios mostraba su bondad para con un ingrato.

De seguro os resulta demasiado breve la descripción de aquellos nueve años. No he descrito por completo la vida de un «cow-boy», ni siquiera la de aquel «cow-boy» en particular. Pero vuestra imaginación puede suplir los detalles. John Green conservó durante ellos su ardor meridional y su costumbre de «desquitarse» siempre, así que, por lo que conocéis de los hombres, y en especial de los primitivos «cow-boys» americanos, podéis hacer un perfecto cálculo imaginativo de la cantidad de broncas que John Green Hanning sostuvo con sus camaradas de la región de Río Grande. No siempre la victoria fue suya. Nadie vence siempre. La vida es así.

Pero ¿por qué he escogido el silencio y el cantar para mostraros el corazón del «cow-boy»? Porque esta maravillosa combinación fue la gracia externa que Dios concedió a nuestro héroe para ayudarle a salir de la sima en que había caído. La gracia externa suele hallarse en los sitios más vulgares. Puede residir en cualquier cosa, desde una insignificante mariposa, hasta el planeta más radiante; desde el sol, la luna y el mar, hasta el

subelectrón. Las chinches llevaron a uno de los más grandes científicos de América a los pies de Dios, y la explosión de una granada en Pamplona hizo lo mismo con Ignacio de Loyola. Chesterton dice que en la heterodoxia aprendió a ser ortodoxo; que encontró «en un club anarquista o en un templo babilónico lo mismo que podía haber hallado en la iglesia más próxima», pero lo cierto es que lo halló en aquellos lugares inadecuados; confiesa abiertamente que «las flores de los campos, las frases escuchadas en un ómnibus, los episodios políticos y los dolores de la juventud, llegaron a su tiempo, en el orden preciso para producir una cierta convicción de ortodoxia cristiana». Así, pues, no os sorprendáis de que yo insista en considerar el silencio y el canto como los elementos y las gracias externas que cooperaron remotamente a formar un contemplativo con el más rudo de los materiales humanos: con un vaquero rencoroso.

Sí; y, más aún que rencoroso, un ingrato olvidado de Dios. Unas páginas atrás dije que Dios estaba mostrando su bondad con un ingrato. Al escribir esa frase tenía muchas cosas en la cabeza y la dejé sin explicar. Quería decir que John Green Hanning abandonó algo más que su nombre, su hogar y sus costumbres de chico mientras vivió en Río Grande. Abandonó a Dios.

El estar lejos de la iglesia, lejos de la Misa, lejos de los Sacramentos, no significaba necesariamente estar lejos de Dios. Para algunos ha significado estar más cerca de Dios. Entre una soldadesca, que rara vez veía una capilla o un capellán, he encontrado almas santas, y sé que en el mar ha habido hombres de Dios. Pero son raras excepciones. La mayoría de los hombres necesitan de la adoración externa, y muy especialmente necesitan de la gracia de los Sacramentos y el sacrificio. Y, sin embargo, no

todos aquellos que se ven privados de esto hacen lo que nuestro vaquero, no todos abandonan su fe, no todos abandonan a Dios.

¿Comprenderéis por qué mostraba Dios su bondad para con un ingrato cuando, mediante el silencio y la canción, trajo el alma de John Green Hanning desde Río Grande a su viejo hogar de Kentucky? ¡Oh, fue obra de Dios! De eso no cabe duda. El proceso fue lento e imperceptible, pero de lo más eficaz. «El Kentuckyano» nunca llegó a averiguar lo que le había vuelto a su casa.

CAPÍTULO V

SU VIEJO HOGAR DE KENTUCKY

A medida que el tren se abría camino hacia Kentucky, «el Kentuckyano» iba volviendo a ser John Green Hanning. El asumir de nuevo su propio nombre le hizo sentirse mejor. Y la verdad es que necesitaba algo que le produjera esa sensación de alivio, pues no se sentía nada bien. Después de tantos años de vida al aire libre, el tren le resultaba estrecho, abarrotado y sucio. Su traje nuevo de ciudad parecía asfixiarle. Lo encontraba demasiado estrecho en los hombros y demasiado ancho en las bocamangas; la chaqueta se le antojaba totalmente superflua, y los pantalones, raros y tiesos; los zapatos, recién comprados, eran como dos rígidas tablas. En conjunto, se sentía incomodísimo, y lo único realmente agradable en aquella situación era la dirección en que marchaba el tren. John volvía a su casa, y esto hacía soportable todo lo más insoportable.

Al dejar el tren en Nashville, Tennesee, sintió una gran alegría. Hubiera preferido hacer dos noches a caballo que una hora en el «pullmann». Por fortuna, el tormento había terminado. Volvía de Río Grande y se iba aproximando al viejo Kentucky. Sin detenerse en «la capital», tomó la diligencia para Owensboro. Puede que ésta tuviera más traqueteo que el tren, pero no tenía

tanto humo y, además, cruzaba a través de campos que le eran familiares. Sentía viva curiosidad por cualquier innovación que encontraba y le satisfacía ir reconociendo casas solariegas y plantaciones. Pasar por lugares que le recordaban sucesos y travesuras de la niñez, le rejuvenecía, contribuyendo a hacer corto el viaje y a no advertir los baches del camino.

Unas millas antes de llegar a Owensboro le sorprendió comprobar su excitación. El, el «cow-boy» del Río Grande, estaba nervioso. A medida que se aproximaba el momento de enfrentarse con los suyos, iba perdiendo su supuesto aplomo. Los nueve años transcurridos resbalan por él como si fuesen una hora, y se sintió tan pequeño y tan avergonzado como cuando se despertó bajo un árbol y comprobó que «se había desquitado» de su padre, pero también que se había convertido en un desterrado. Le parecía ayer cuando al mirar a su padre le cegó la ira. Le parecía que fue anoche mismo cuando se deslizó en la oscuridad para convertir en humo y cenizas toda la cosecha de un año. Comenzaba a desear no haber vuelto; pero antes de tener tiempo para pensar lo que iba a hacer, la diligencia le había depositado en la curva del camino que conducía a su casa y se perdía a lo lejos. Con un encogimiento de hombros, muy parecido al de nueve años antes, se volvió y recorrió los últimos metros que le separaban de la casa paterna.

Su corazón latió apresuradamente al distinguir su hogar. Lo abarcó con una sola mirada. Nada había cambiado. Todo estaba tan ordenado y tan silencioso como siempre; hasta el perro dormía en los escalones de la entrada. Por fin había llegado al término de su viaje. Se dirigió a la puerta principal con el corazón trepidante. ¿Quién saldría primero a recibirle? ¿Qué le dirían? ¿Qué diría él? Un instante antes de llegar al porche, el perro, ya muy viejo, se

desperezó, levantó las orejas, olfateó el aire y se puso a ladrar alegremente. De un salto llegó a su antiguo amo y le puso las dos manos en el pecho:

— ¡Baja! ¡Vamos, baja! ¡Cállate, viejecito, calla!

Pero ya era demasiado tarde. Los alegres ladridos habían hecho aparecer en la ventana a una mujercita menuda, que tras una rápida mirada echó a correr hacia la puerta, la abrió, y por un instante quedó suspensa, contemplando a aquel hombre delgado y curtido que acababa de llegar al porche. En seguida le tendió sus brazos abiertos. Sin pronunciar una sola palabra, madre e hijo se estrecharon en un abrazo feliz. Por fin, John se echó a reír a través de sus lágrimas, y dijo:

—Vamos, madre, quiero verte sonreír. Tu fiera ha vuelto.

La madre le puso las manos sobre los hombros, se echó un poco hacia atrás y examinó su rostro, mientras exclamaba:

— ¡No! ¡No has cambiado ni chispa!...

Y, tomándole la cabeza, la cubrió de besos.

Entraron en la casa abrazados. Apenas en el vestíbulo, John Green Hanning padre, a quien habían hecho llegar apresurado las excitadas voces de un negro, que gritaba: « ¡El señorito John ha vuelto! ¡El señorito John ha vuelto!», atravesaba corriendo la puerta de la cocina.

Con la mano tendida y un lacónico «¡Hijo mío!», saludó al esbelto y tostado recién llegado. No se dijeron más; pero serían precisos varios volúmenes para describir todo el significado del apretón de manos que se dieron y la presión de sus dedos. En un instante, y sin una palabra, se hizo la confesión, se otorgó la absolución y quedaron borrados los nueve años de separación.

Aquel día, la familia Hanning adoptó una nueva vida, y cuando se reunieron a la mesa para la cena, un observador agudo hubiera podido apreciar que John padre parecía más joven, más feliz, más rebosante de alegría juvenil que John hijo. Las hermanas no hacían más que preguntar, mientras la madre y el padre aguardaban las respuestas de su hijo con más avidez aún que las que preguntaban; pero de quien más pendientes estaban sus ojos y sus oídos era del hijo, y no de lo que decía. El amor rebosaba en todas las miradas que se posaban sobre aquel pródigo; todos los ojos parecían sedientos, porque aquella primera noche los Hanning no se saciaban de mirar, de escuchar, de sentir a aquel muchacho convertido ahora en hombre, que nueve años atrás había destrozado el corazón de su familia. ¡El amor es tan clemente y tan olvidadizo!... Es sumamente cierto que Dios ha vertido gran parte de su propia misericordia en eso que se llama el amor de la familia.

En cuanto al ex vaquero, gozaba con todo. Igual que la hermosa flor abre de par en par su cáliz de color para que se llene del oro del sol naciente, así se expansionaba y se desplegaba John Green Hanning para florecer en el cálido cariño de su familia. Toda la dulzura de su carácter y la caballerosidad de su alma, toda la ternura, la amabilidad y el verdadero afecto de su corazón, subieron a la superficie; se denotaban en el brillo de sus ojos, se percibían en el tono de sus palabras y se sentían en su contacto mismo. John Green Hanning estaba renaciendo.

La maravilla de su regreso no perdió intensidad con los meses. No sólo no la perdió, sino que se engarzó a la maravilla de su rehabilitación. No cabe duda de que desde Río Grande hasta Kentucky hay una buena distancia, pero los hábitos del «cow-boy» se desprendieron del joven Hanning como el hielo se desprende

del cristal de la ventana cuando el sol empieza a ascender. El joven John se convirtió en labrador, en cultivador de tabaco, y lo hizo con tanta intensidad, que su padre se preguntó con frecuencia qué magia para disciplinar hombres y qué clase de cincelado se ocultaba en la vida de un «cow-boy» americano de los que galopan por Río Grande. El joven John era una revelación. Su intranquilidad había desaparecido, su descuido e indiferencia se habían desvanecido totalmente. Era un hombre nuevo, un trabajador con voluntad, un hijo interesado por todo, preocupado por las posesiones de su padre, pero, más que por nada, por su padre mismo.

Un día, el señor Hanning se acercó a su hijo, que en pie contemplaba el cobertizo del tabaco. Le contempló durante unos instantes, preguntándose qué le tendría tan absorto. Antes de que pudiera hablarle, John se volvió. Se quedó sorprendido, sonrió débilmente, y, acercándose a su padre, le puso las dos manos sobre los hombros y le dijo, mientras señalaba con la cabeza al cobertizo:

—Lo siento, papá, lo siento muchísimo.

El brazo del padre rodeó rápidamente los hombros del hijo, y, estrechándole contra sí, le respondió:

—Olvídalo, muchacho. Olvídalo. ¡Eso está muerto! Aquélla fue la única referencia que se hizo nunca al asunto. Pero John Green, aun habiendo recibido el perdón más completo y absoluto de su padre, jamás olvidó el delito que había cometido por su orgullosa pretensión de «desquitarse» siempre.

También hizo John otra confesión, pero esta vez a su madre. Una tarde en que ambos estaban sentados solos y él le había descrito algunas de las bellezas de la tierra de Río Grande, le dijo

que solía cantar a su caballo. Mary Jane se echó a reír, imaginando el cuadro; un hombre hecho y derecho cantando a su caballo. También John se echó a reír, pero luego explicó a su madre qué clase de amigo puede llegar a ser un caballo, qué intimidad llega a crearse entre el hombre y el animal y qué cariño se expresan mutuamente.

—Johnny, eres un sentimental —dijo la madre.

—No, madre. Sé apreciar las cosas —repuso John.

— ¿Y se puede saber qué clase de canciones cantabas a tu caballo? —preguntó la madre, intrigada, pero encantada.

— ¡Ah!, pues toda clase de cantares. Los «cow-boys» tienen sus canciones propias, un montón de ellas. Pero, ¿sabes?, en los últimos años que pasé allí ya no cantaba canciones vaqueras, sino las canciones de los negros del Sur. ¿Sabes por qué? Porque tenla una nostalgia horrible y no lo sabía. ¡Ay, madre, qué estupendo es estar otra vez en casa!

Y brusca y paradójicamente, prorrumpió en una típica tonada de las llanuras.

El canto parecía haberse apoderado de la familia y de la casa de las Hanning. La madrecita cosía, limpiaba y ordenaba la casa con una canción alegre en los labios; el señor Hanning silbaba o cantaba durante todo el día, mientras del cobertizo, del campo, de la cochera, de la casa brotaba incesantemente la voz clara y dulce de John hijo. No sólo se alegraba el día de canciones, sino que los atardeceres oro y púrpura, la oscuridad del anochecer próximo y el embrujo plateado de la noche, se tornaban más blandos y más encantadores por las notas aterciopeladas y argentinas de una voz de tenor. Su voz podía evocar paisajes lejanos, acariciar con la ternura de una canción de cuna o precipitar los pulsos con ese

mundo de sentimientos que se ocultan en el corazón de un negro espiritual. ¡Cómo cantaba John Hanning! Cantaba como muy pocos mortales pueden hacerlo.

Aunque los más jóvenes de la familia le acosaban continuamente pidiéndole canciones de las praderas y de las llanuras, John no se negaba a complacerles. Cuando sus hermanas no podían acompañarle al piano, tomaba su guitarra y hacía vibrar el aire del viejo Kentucky con serenatas vaqueras. A John le encantaba utilizar su voz de terciopelo, y nunca se cansaba de cantar para su familia.

A pesar de todo, seguía conservando su genio. Los caballos, las mulas y los hombres lo sabían bien. Se contenía y dominaba con la familia y mientras andaba por la casa; pero en el trabajo, en su trato con los extraños y en el campo, era el mismo antiguo volcán, dispuesto a entrar en erupción en un instante, y la lava que emitía era tan ardiente y tan abrasadora como la de antaño. La verdad es que el genio de John estaba frenado, pero se hallaba muy lejos de haber sido domado.

Sí; John Green Hanning hizo muy felices a aquellos a quienes había herido, mostrando un profundo respeto y un cariño viril por su padre, un cariño y una devoción infantiles para con su madre y una galantería y una caballerosidad de hermano mayor para con sus hermanas. Pero una nube negra ensombrecía la belleza del cielo de verano. Había aparecido el primer domingo después de su regreso. Era la hora de la Misa. Las chicas estaban dando los últimos toques «a sus vestidos de domingo». La madre las aguardaba tranquila y silenciosa, mientras el padre bromeaba sobre la presunción y el orgullo femenino en el atuendo dominical. Fue entonces cuando John les sorprendió a todos anunciando que

él no iba a la iglesia.

Las bromas cesaron. Las chicas continuaron preparándose, pero en silencio y con ademanes nerviosos. El padre, con tono que revelaba tu temor y su asombro, le pregunto por qué, oyendo de labios de su hijo que había perdido la fe, que había abandonado a su Dios y que ya no creía en las verdades de la Iglesia católica romana.

El ambiente se cargó de electricidad. Hermanas y hermanos permanecieron callados. El padre le miraba fijamente. Pero la madre, con la voz ahogada por las lágrimas, le dijo:

—Pero John, hijo, ¿no querrás venir aunque sólo sea por complacerme? ¡Hace tanto tiempo que no te tengo a mi lado en público!... Ven, por favor.

Y venció. Indudablemente, el alma de John estaba llena de pecados, pero no muerta a la galantería, y a través de la voz anegada en llanto de una madre, Dios realizó lo que no había conseguido mediante los divinos Mandamientos.

John Green Hanning fue a Misa aquel domingo y todos los domingos siguientes. Pero John Green Hanning no asistía a Misa. Contemplaba el milagro de los milagros a través de sus ojos incrédulos. El hijo pródigo había vuelto a su hogar terreno, pero aún se hallaba muy distante del abrazo de su Padre celestial. Su corazón se rebelaba negándose, y lo demostraba en su actuación, al permanecer sentado despreciativamente durante los momentos más solemnes del santo sacrificio.

Pero no desesperéis de John Green Hanning. Ya hemos rozado todas las más hondas profundidades de su alma; de ahora en adelante no haremos más que ascender. El que despreciaba el sacrificio llegará a convertirse en el adorador del sacrificio. El

ingrato os enseñará a ser agradecidos y os manifestará claramente cómo trabaja Dios y cómo vosotros habéis de trabajar con Dios.

* * *

No hacía mucho tiempo que John había regresado de Río Grande cuando surgió una novedad en su vida; algo que tuvo su participación en el proceso de refinamiento de su espíritu. Poco más o menos al año de estar en casa, empezó a cantar no sólo para los demás en general, sino concretamente para una persona... Ya no pasaba todas las veladas en el porche o en la sala de su casa. Muchos días, John, después del trabajo diario, se lavaba y acicalaba, se ponía el traje de los domingos y, con una sonrisa tímida a su padre y un gesto de rubor infantil ante su madre, echaba a andar por el camino tarareando una dulce canción. Se llamaba Mary y era católica.

No voy a decir que John Green Hanning se enamorase; por lo menos, que se enamorase locamente, a pesar de que casi todo lo que el muchacho hacía lo hacía «locamente». Pero se sentía atraído, sumamente atraído por Mary. Esto era algo completamente nuevo para John. Indudablemente, no analizó ni pudo analizar a fondo aquel sentido de plenitud y agrado que sentía en compañía de Mary. No sabía que estaba probando la plenitud del espíritu, que estaba disfrutando de su complemento psicológico. En su madre y en sus hermanas había hallado mentes femeninas, corazones femeninos y modales femeninos; pero Mary era distinta, completamente distinta. Con frecuencia le ponía fuera de sí, le tenía casi siempre intrigado, y, sin embargo, se sentía más grande, más feliz y mejor en su compañía de lo que nunca hasta entonces se sintiera. No se le ocurrió preguntarse a qué se debía aquello.

Sabía que era así y eso bastaba.

Al principio sólo se encontraba con la muchacha en las solemnidades. Y se hubiera molestado de haberle insinuado alguien que la buscaba. No obstante, cada vez que los jóvenes se reunían y bailaban, se veía a John buscando a Mary. Su madre se reía para sus adentros, satisfecha, cuando él decía:

—Mamá, esta noche salgo con los chicos.

Sabía que lo decía sinceramente; sabía que, en efecto, salía con los chicos, pero sabía también que habría tantas chicas como chicos. En realidad, iba con Mary. Y la madre se alegraba, porque sabía que Mary estaba influyendo sobre el alma de su hijo al mismo tiempo que lo hacía sobre su corazón. Mary era firmemente católica, y las muchachas de su tipo convierten el noviazgo en una especie de catequesis. La madre rezaría pidiendo a Dios que Mary hablase. Mary lo hacía con gran tacto y prudencia. Como la cosa más natural el mundo, anunció un día que John la acompañaría a la iglesia siempre que fuera. ¡Y John lo hizo!

Las cosas siguieron así durante casi dos años, y John Green Hanning nunca supo por qué se sentía tan lleno de energía y de vida en ciertos atardeceres de la semana; por qué cantaba con más abandono y con cierta nueva ternura, más profunda y nueva para él; por qué decía cada vez con más frecuencia:

—Mamá, esta noche salgo con los chicos.

Su padre se lo encontró un día al dar su vuelta de inspección matutina, y le dijo:

—John, hijo mío, ya vas dejando de ser joven.

—Desde luego —respondió John, con un gesto arrogante.

—A tu edad ya estaba yo casado y era padre de una pequeña

familia.

—Sí —fue la réplica lacónica.

—Mary es una chica excelente, John.

— ¡Hum! —murmuró John.

Y poniéndose a juguetear con la crin de su caballo, apartó la vista de su padre.

El padre calló un momento, dio unas palmadas al cuello del suyo y no tardó en romper el silencio, que iba haciéndose pesado:

— ¿Por qué no te casas, John?... Yo me voy haciendo viejo, pero tampoco tú eres ya un muchacho...

— ¡Bah, bah! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué es eso de que te haces viejo, si todavía eres un chaval? —respondió el hijo con viveza.

—Está bien, hijo, pero pensé que debía decírtelo. No quiero molestarle ni meterme en tus asuntos; pero te vuelvo a repetir que Mary es una chica excelente y que tú vas para viejo. Piénsalo, muchacho.

Y con estas palabras, espoleó el caballo y se alejó de allí. Aquella misma noche, John «se declaró», no con mucha gracia ni con gran galantería, y con menos dulzura aún. Puede decirse que casi balbució su declaración. Porque John estaba nervioso, estaba fuera de sí, estaba sumamente consciente de sí.

Mary le conocía bien, y aunque casi la hizo reír, le contestó:

—Pero Johnny..., ¿cómo iba a pensar eso?... Me lo dices tan de sopetón...

La muchacha sabía que aquélla era la respuesta convencional; pero lo que en verdad le daba risa era que, por una vez, la respuesta convencional resultaba literalmente cierta. Pero

fuera como fuera, el caso es que quedaron prometidos, formalmente prometidos, y John volvió a casa aquella noche, si no en un éxtasis de felicidad, sí enormemente aliviado... ¡Ya había pasado el mal rato! Los noviazgos en aquellos tiempos no sólo eran cosas muy serias, sino sagradas. Claro está que las gentes de principios del siglo pasado no tenían nuestras luces ni nuestra rapidez de ejecución. Estaban tan atrasados, eran tan positivamente medievales, que opinaban que las once de la noche era una hora descompasada, y que una pareja de novios debía estar comprometida seis meses, por lo menos, antes de pensar en matrimonio. Tenían un montón de costumbres extrañas y, como muchas gentes piensan hoy, una manera estúpida de mirar las cosas. Por ejemplo, John estaba prometido a Mary y, sin embargo, no la veía todas las noches ni pasaba junto a ella todo el fin de semana, y cuando la veía, aun en las noches de fiesta en algún baile campestre, se despedía de ella al llegar la medianoche, nunca después de esa hora. ¡Figuraos! Aun cuando Mary era su «futura», nunca se permitió, ni le hubiera sido permitido, más intimidad que el beso tímido, presuroso, y siempre puro, de despedida. ¡Qué tipos tan raros aquellos novios católicos de principios del siglo XX!, ¿verdad?

Téngase en cuenta que aquella pareja, John y Mary, estaba constituida por unos provincianos. Vivían cerca del pueblo de Owensboro, Kentucky, un rincón alejado del mundo bullicioso. No se podía, por tanto, esperar mucho de ellos. Su coeficiente de inteligencia no se puede comparar con el de las parejas criadas en la ciudad en pleno siglo XX. Y, sin embargo, aquella pareja de anticuadas costumbres, que creía en los noviazgos largos en vez de las bodas fulminantes, y prefería las veladas cortas en lugar de las largas noches y las madrugadas, para «pelar la pava», llevaba

sus relaciones de perfecto acuerdo con los principios enunciados por la mujer más sabia, más santa, más vieja y de mayor experiencia del mundo: ¡la Santa Madre Iglesia!

CAPÍTULO VI

EL ÚLTIMO HOMBRE DEL MUNDO

Las fases mentales que John atravesó durante las primeras semanas de su compromiso hubieran fascinado a cualquier psicoanalista. Se sentía feliz y abatido, contento y preocupado; le parecía que la vida había terminado y que la vida acababa de empezar; le molestaba ir a trabajar, y nunca encontraba tarea suficiente; quería tiempo para pensar, meditar y hacer sus planes, y al mismo tiempo hubiera querido poder dejar de cavilar. Le parecía que nunca se saciaba de ver a Mary y que la había visto demasiado. Aunque le encantaba pensar que era un hombre comprometido, a veces se rebelaba contra sí mismo por «haberse declarado». Todo lo cual equivale a decir que por primera vez en sus treinta años, John Green Hanning miraba a la vida cara a cara y le aturdía lo que veía.

Sí; John estaba aturdido por lo que veía; en realidad, casi estaba asustado. A pesar de haber llegado a la madurez, nunca se había enfrentado con el *qué*, el *por qué* y el *por lo tanto* de su propia existencia individual.

Desde luego, conocía las respuestas del catecismo. Sabía que «había sido hecho por Dios» y que había sido creado «para amar y servir a Dios en este mundo y ser dichoso con El en el

otro». Sí; sabía aquellas respuestas; pero eso era todo lo que habían representado siempre para él: «respuestas del catecismo». Nunca se habían convertido en fuerzas arrolladoras y dinámicas; nunca se habían convertido en principios vitales de su existencia. Todavía no eran sino palabras «que hay que aprender», nunca verdades que se deben vivir.

Conocía las respuestas y las conocía bien; pero no pasaron de ser para él retazos aprendidos de memoria, que nunca llegaron a producir la iluminación en su mente, la inspiración en su voluntad y el afecto en su corazón, qué los hubiera convertido en gracia. Eran sólo palabras, palabras, palabras que habían entrado en su cabeza; no la gracia que hubiese penetrado en su corazón. Las verdaderas respuestas al *cuándo,* al *cómo* y al *por qué* de la vida, que constituyen el áureo resumen de todas las filosofías del mundo, por ser el tesoro de la verdad divina, no habían producido más impresión en el alma de nuestro héroe de la que produce el mercurio al deslizarse por una superficie muy pulimentada. Como la mayoría de los hombres, John se había aprendido estas respuestas para conseguir una buena nota en clase, sin comprender que viviéndolas conseguiría la calificación más alta en el libro de la vida.

Tal vez la culpa no fuese solamente suya. Quizá tuvo maestros como los que la mayoría de nosotros hemos tenido; maestros capaces de hacer vivir la Historia, la Geografía y la Aritmética; maestros capaces de dramatizar hasta la tabla de multiplicar, pero que convierten «la hora de Catecismo» en una clase totalmente exenta de vida y de lirismo, en una hora desprovista de fantasía y emoción; en una hora de rutina y de aprender de memoria. Tal vez los maestros de John consiguieron

lo que tantos hoy en día: hacer revivir en las ávidas mentes juveniles el 1492 o el 1776; pero dejaron pasar, en cambio, inadvertidos el drama de la Creación y el drama mayor aún de la Redención. Tal vez olvidaron que el descubrimiento de América y la declaración de la Independencia son mucho menos importantes para nosotros que lo sucedido en el Paraíso después de comenzar el tiempo, y lo que ocurrió en Palestina desde el año 1 de nuestra Era hasta el año 33. ¡Como si fuera más útil para nosotros sumar y restar que saber cómo una naturaleza humana, unida a la divina por la Segunda Persona, asumió la deuda infinita que el hombre tenía con Dios! ¡Como si a un niño se le debiera enseñar al dedillo la cancelación de signos y símbolos arbitrarios y no la cancelación de los pecados! ¡Como si la mente de la juventud, en el momento de florecer, debiera forzosamente adquirir el conocimiento de todas las guerras que el hombre ha sostenido y no entrar en el conocimiento mucho más trascendental de la perpetua guerra que el hombre sostiene con Satán y con el pecado! ¡Como si fuera más importante para el hombre conocer los motivos de la caída de Grecia y Roma que enterarse que su propio enemigo más encarnizado está muy cerca de él… y es él mismo!

La educación verdadera ha de ser equivalente a edificación. Su único propósito debe ser «cimentar» y «construir» al hombre que todo niño lleva dentro, elevándole hasta la gigantesca estatura de Jesucristo. La educación secular no es ni puede ser verdadera educación, porque un hombre nunca estará bien educado si le falta base para elevarse hasta Dios. El moderno sistema pedagógico, desde el jardín de la infancia a la universidad estatal, puede enseñar a un hombre a ganar su vida, pero nunca a hacerse una vida, y mientras el hombre no sepa hacerse una vida, no estará educado.

Comprendedme. Ya sé que los laboratorios de nuestras escuelas e institutos enseñan maravillas y misterios fantásticos. Haber pasado por ellos es una gran cosa, porque siempre es bueno conocer los fenómenos físicos y químicos; pero mucho mejor es conocer la Transubstanciación, porque es algo mucho más elevado que ningún fenómeno físico o químico: es un milagro. Es una gran cosa estudiar Biología y preocuparse de la higiene física, pero mucho mejor es estudiar lo que la Biología no puede enseñar —el nacimiento de nuestro Dios de una Virgen— y preocuparse de la higiene espiritual. Es una gran cosa haber estudiado Humanidades, pero hubiera sido mucho mejor haber estudiado la Divinidad. Es magnífico conocer los poemas épicos y las «saga» de la literatura, pero la «saga» de todas las «sagas» es la de la familia humana —que no se enseña ni se aprende en aulas —, y los mayores poemas épicos —el de la Creación y la Redención— son desconocidos o ignorados. La educación secular enseña mucho de las estrellas y los planetas, lo cual es también una gran cosa; pero no enseña nada del «hogar que tenemos más allá de las estrellas, ni del Hacedor de los planetas», y eso es muy grave, porque lo primero sin lo segundo puede considerarse instrucción, pero lo primero con lo segundo ¡es sabiduría! Mientras no tengamos por objetivo en todas nuestras enseñanzas la verdadera sabiduría, seremos siempre «un ciego que guía a otro ciego», y eso nunca puede tener un feliz resultado.

El Catecismo es el libro de oro de la más sublime sabiduría del mundo; es el único y verdadero fabricante de sueños y forjador de caracteres; es el libro de texto entre todos los libros de texto; es el guía del hombre hacia Dios. ¡Pero ha de ser enseñado con entusiasmo!

Tal vez los maestros de John Hanning tuvieran más culpa que el propio John de que éste, a los treinta y cinco años, contemplara por primera vez la vida cara a cara y se preguntara: «¿Cuál es el significado de todo?» y «¿Adónde me dirijo?» Su compromiso con Mary le arrancó de la perezosa costumbre que casi todos adquirimos en la juventud de deslizarnos por la vida día tras día, rodando por las profundas barrancadas de lo convencional y lo rutinario, sin preguntarnos nunca: «¿De dónde?», «¿Por qué?», «¿A dónde?»

De pronto se dio cuenta John de que estaba a punto de formar su vida en un molde definitivo, que iba a dar uno de esos pocos pasos que, en realidad, pueden llamarse irrevocables. Sabía que estaba a punto de hacer una de las cosas más serias y más sagradas de la vida, y ello le hizo detenerse. A veces se alegraba de que su padre le hubiera hablado aquella mañana en el campo, aconsejándole «que lo pensara», y de haber sido capaz de reunir el valor suficiente para preguntar a Mary si le aceptaba. En tales momentos, lo único que le dolía era haber esperado tanto. Pero había otros, en cambio, en que no se sentía tan cómodo ni tan feliz. Era en los momentos en que intentaba desentrañar lo que se le antojaba la sonrisa de la esfinge sobre el rostro de la vida. ¿Qué significaba todo y a dónde se dirigía?

La noche de su declaración, Mary le dijo que su marido había de ser un buen católico, y añadió casualmente que ir a Misa los domingos no es bastante para ser considerado un verdadero católico. John se encogió de hombros al oír esto, pues no sabía hasta qué punto estaba enterada Mary de su actitud durante la Misa, y aún estaba menos seguro de lo que quería decir con aquellas palabras. Salió del paso contestando un «Ya comprendo»

que a nada comprometía, aun a sabiendas de que estaba muy lejos de comprender lo que Mary sabía y quería decir. Pero más tarde le preocupó aquella ignorancia, pues como verdadero meridional, se sentía ligado a todas las implicaciones que contenía su vaga respuesta a una pregunta de cuyo verdadero alcance no tenía idea.

¡El Dios del amor nunca se deja vencer! De cualquier forma, en cualquier ocasión, en cualquier lugar o a través de cualquier persona, encuentra la manera de tender su mano a las criaturas más osadas, más broncas, más ciegas y más arrogantes. A John Green Hanning se la tendió a través de los ojos de su madre, la paciencia de su familia y la afirmación de su novia; pero, en primer lugar, a través de los ojos de su madre.

Mary Jane Hanning era una madre católica. Al decir esto, digo todo cuanto un hombre puede decir de una mujer, y rindo el más alto tributo. Si el mismo genio titubea cuando intenta hablar de la maternidad, ¿quién entonces podrá rendir un tributo verbal a la gloria de todas las maternidades, a la maternidad católica? Con frecuencia encontramos hábil y deficiente el idioma; en este caso es superfluo. Con decir que Mary Jane era una madre católica ya está dicho todo. No había querido discutir con su hijo. Le pidió que asistiera a la Misa del domingo y él la complació. El resto lo confió en manos de Dios. Conocía la historia de Santa Mónica. Sabía que aquella madre cariñosa había sufrido y rezado siguiendo a su hijo pecador desde África hasta el mismo Milán; y sabía que lo había hecho, no porque fuera santa, ¡sino por ser la madre de Agustín! Mary Jane Hanning rezaba. Si lloraba, lo hacía en secreto. Las lágrimas y las oraciones eran para Dios. Para su hijo, solamente tenía la elocuencia de sus ojos.

Las mañanas de domingo constituían una tortura para nuestro hijo pródigo. Y, sin embargo, no se rebelaba, porque la elocuencia de los ojos de su madre le desgarraba el alma. La madre no aludía nunca al espinoso tema. Se limitaba a mirar a John y a sonreír. Era una sonrisa valerosa; pero su hijo, penetrando con los suyos en aquellos ojos sonrientes, veía en la súplica muda de su madre algo que le llegaba al corazón. Nunca había olvidado aquellos ojos, y así, la gracia que Dios le otorgó de la conversión y del arrepentimiento le llegaron a través de la petición de su novia y la cariñosa paciencia de su familia, pero especialmente a través de los elocuentes ojos de su madre. Por triste que nos resulte decirlo, John solamente cooperó con esa gracia después que aquellos ojos se cerraron para siempre.

En 1882, el mundo quedó desolado para John Green Hanning, a pesar de su familia, de sus amigos y de su prometida. Aquel año se sintió mucho más solo que en las horas más solitarias de Río Grande, porque en él murió su madre. Fue entonces cuando el hombre se convirtió en niño, y los recuerdos que inundaban su imaginación desgarraron su corazón. Los ecos de los años idos resonaban en lo más hondo de su alma. La silenciosa casa de los Hanning estaba llena de las palabras de la madre ausente. John Green lloró aquella pérdida con lágrimas amargas que brotaban en las recónditas raíces de su corazón. La soledad de la tumba recién cavada le hizo cavilar larga, muy largamente, sobre la vida, sobre el cielo y sobre Dios.

Una vez pasados los primeros momentos de dolor, John hizo justamente aquello por lo que su madre había rogado, había llorado, había vivido, y tal vez incluso había muerto: rezó. Rezó con mayor sinceridad que nunca en la infancia. Rezó con toda el alma,

como jamás lo hiciera; rezó con lágrimas en los ojos, en el corazón y en la lengua. En aquellos días, Dios no estaba lejos, sino cerca, muy cerca, y oyó a aquel ser acongojado, que, con la edad y las proporciones de un hombre, no era en el fondo más que un muchacho. Oyó sus desgarradoras plegarias por el alma de aquella santa, querida entre todas las santas, y oyó también la contrición masculina y las gracias sinceras por haber traído un renegado desde Río Grande, por haber devuelto a su madre el fugitivo para alegrar los tres últimos años de su vida. Sí; la muerte de su madre hizo a John Green Hanning meditar detenidamente sobre la vida, sobre el cielo y sobre Dios; le hizo estudiar a fondo a dónde iba. El amor había vencido a la tumba. Mary Jane, después de muerta, consiguió llevar a término lo que no consiguiera en vida: ¡la conversión de su hijo!

Naturalmente, el luto aplazó por lo menos un año los planes de boda. Y aunque la desgracia llevó a John más cerca de Mary, separó a los novios por uno de esos extraños escrúpulos de conciencia que, aun reconociéndolos equivocados, nos agrada hallar en el hombre. John Green Hanning no podía colocar a ninguna otra mujer en el corazón que durante tantos años poseyera su madre.

Pasaron los años y con ellos se disipó en parte aquel falso temor de resultar infiel a la memoria de su madre. Mary, que seguía llevando el anillo de prometida, consiguió que John volviera a cantar. Pero nuestro héroe no se había repuesto totalmente del golpe que, aun sabiéndolo inevitable, le había sorprendido. La muerte de su madre fue un punto crucial en la vida de John Green Hanning, pues le hizo volver a Dios y mirar más allá del cercano horizonte del tiempo, mucho más allá de los límites de este mundo.

Le hizo preguntarse concretamente qué es la vida y qué estaba él haciendo en la vida.

En busca de una respuesta, visitó su Alma Mater. Pero el colegio no le interesó ni la mitad que el monasterio; ni el monasterio la mitad que los monjes. Por una de esas curiosas comparaciones que a todos nos gusta hacer, John se comparó a sí mismo, a punto de casarse, con aquellos hombres que no se casarían nunca. Mientras reía para sus adentros ante lo curioso del contraste, le cruzó de pronto por la imaginación la idea de que, al casarse, el mundo le felicitaría, le darla la enhorabuena y le olvidaría inmediatamente; pero que, en cambio, el mundo seguiría siempre mostrando temor y reverencia ante aquellos hombres silenciosos de la abadía de Gethsemaní, y con este espíritu de temor y reverencia los llamaría «grandes» y «heroicos».

La idea cruzó como un relámpago, pero dejó su estela. También él sentía admiración por ellos, una admiración vaga, rencorosa, borrosa, pero admiración al fin. Con sólo una ojeada a media luz, John veía con claridad suficiente que aquellos monjes tenían algo diferente y que habían hecho algo diferente; que era, en suma, algo diferente. Entonces volvió a sentir su antigua vocación. Veinte años atrás, había deseado ser uno de ellos. En aquel momento, el mismo deseo resurgió en su alma, cosa que le molestó. Queriendo desprenderse totalmente de él, se dijo, irritado, que aquellos hombres eran unos desgraciados, unos chiflados estrafalarios, que habían elegido una vida sumamente extraña. Se dijo muchas cosas por el estilo sobre aquellos trapenses de hábito blanco y pardo, pero no pudo negarse que eran realmente «grandes», lo cual le hizo enfurecerse más aún.

Abandonó Gethsemaní con enojo. Durante todo el camino

hacia Owensboro no hizo más que preguntarse por qué pensaba tanto en aquellos hombres, teniendo tan pobre opinión de ellos en conjunto; qué era lo que le hacía considerarlos héroes y tontos al mismo tiempo. Antes de llegar a su casa, lo había decidido de esta forma: eran héroes porque vivían para Dios, pero parecían tontos porque no vivían como hombres. No resultaba demasiado claro, pero sí lo suficientemente concreto para que pudiera apartar el asunto de su imaginación por el momento.

Sin embargo, aquella noche, durante la cena, volvió a tocar el tema. Tal vez esperaba escuchar a su padre perorar como antaño, confirmándole así en su idea de «héroe y tonto». Le preguntó su opinión sobre los monjes trapenses, dando lugar a una serie de frases que le dejaron sin habla... Su padre se limitó a decir: «Hombres maravillosos». Sus hermanos fueron igualmente lacónicos y elogiosos. Pero sus hermanas hablaron con entusiasmo de aquellos hombres, calificándoles de «santos», de «ángeles en la tierra» y de «los pocos elegidos de Dios». Hasta la más pequeña de los Hanning, Cora, la preferida de John, prorrumpió en exclamaciones sobre la santidad y la felicidad y la salvación del alma. Cuando se hubieron apagado los últimos elogios, John no se atrevió a decir que a él le parecían personas estrafalarias, chifladas e ineptas. Se limitó a asentir vagamente y cambió de tema.

Durante varias semanas, no pudo alejar de su mente el pensamiento de los monjes de Gethsemaní. En los momentos más raros y en los lugares más insospechados surgían ante él. Cuando cabalgaba por la finca vigilando las faenas de los braceros, pensaba: «Esto es lo que hacen los monjes». Cuando acudía a Misa los domingos, pensaba: «Esto es todo lo que hacen los

monjes». E incluso cuando estaba con Mary se acordaba de los monjes, pues, al pasear con ella, se decía: «Esto es lo que no hacen los monjes».

Un día radiante, mientras contemplaba a sus hombres cultivando la plantación de tabaco, volvieron a su imaginación los monjes. Con un relámpago de furia, tiró de la brida a su caballo y dio media vuelta, diciendo para sí: ¡Al demonio los frailes! ¿Por qué he de tenerlos siempre presentes?» Emprendió una loca carrera. Después de un galope desenfrenado, llegó a un bosque. Detuvo a su caballo, que jadeaba, se deslizó de la silla, echó al animal la brida por el cuello y se sentó apoyado en el tronco de un árbol, diciendo: «Voy a decidir esta cuestión de una vez y para siempre». Se puso a cavilar y de nuevo se halló en el círculo molesto y enojoso de: «Son grandes. Son buenos. Son estrafalarios. Son raros, pero son grandes y son buenos. Sí, pero son muy raros y estrafalarios». Y siguió dando vueltas y más vueltas a la cuestión hasta que de pronto se dijo: «¡Caray! Cualquiera puede casarse con una muchacha, pero no puede ser monje cualquiera». Y luego de un momento de silencio, añadió en voz alta: «De todos modos, yo quise hacerme monje mucho antes de pensar siquiera en casarme».

Esto le hizo serenarse. Se calmó y admitió para sí que los monjes eran distintos de la generalidad de los hombres, y que la diferencia era la misma que lo que va de lo ordinario a lo extraordinario, de lo bueno a lo grande. Por eso los admiraba tanto la gente. Nadie admira a un hombre que está a punto de casarse, porque eso es lo que hacen casi todos. Pero no hay quien no admire a un hombre que está a punto de hacerse monje, porque eso lo hace sólo una minoría reducidísima.

Este breve razonamiento actuó sobre su espíritu como una revelación y una inspiración. Todos los hombres quieren ser grandes. Todos quieren ser admirados. Todos quieren ser héroes. El hombre es vanidoso y nada puede resultarle más grato que el aplauso. Por eso, por el afán del aplauso de los demás, los hombres se dedican a las más variadas actividades, desde «hombres-mosca» hasta pilotos transatlánticos, desde bailarines hasta oradores callejeros. Shakespeare dijo algo referente a que el hombre se contorneaba sobre un escenario durante todo el breve lapso de su existencia. Pero lo que Shakespeare no llegó a añadir fue que el hombre no gozaría de su exhibición si no tuviera en el teatro un auditorio dispuesto a aplaudirle. Los niños presumen y los mayores se exhiben. Johnnie quiere ser, primero bombero, después guardia, luego soldado o marinero, y, finalmente, jugador de fútbol. A los hombres les gustan los uniformes porque les distinguen y les señalan como individuos diferentes de sus semejantes. Esta ambición de gloria —que existe en el corazón de todo hijo de Adán— no sólo llega a crear grandes hombres, sino también gánsteres, porque si no se puede ser famoso, al menos se puede ser infame; y si los periódicos no lo alaban a uno, al menos lo censuran. Hay gentes a quienes no les importa que se hable de ellos para elogiarlos, escarnecerlos o ponerlos en la picota; con tal de que sus nombres salgan en letras de molde, se sienten felices.

Esta inclinación humana al aplauso explica lo que pasó por la cabeza y el corazón de John Green Hanning. El último hombre del mundo que vosotros, o yo, hubiéramos podido sospechar nunca que deseara hacerse monje, y monje contemplativo, es este mismo John Green Hanning. Pues bien, ese último hombre del mundo concibió esa idea a causa de esa ambiciosa necesidad. Y todo a causa de esa necesidad del alma humana de ser diferente, de ser

grande, de alcanzar el aplauso y el renombre. Allí, sentado a la sombra del árbol corpulento, contemplando a su caballo pacer la hierba, aquel meridional ardiente decidió hacerse lego trapense, y aunque nunca analizó claramente el porqué, una de las razones principales fue, sin duda, la de ser grande.

El hombre que volvió a montar a caballo y emprendió el camino de regreso a su casa era un hombre mucho más tranquilo. Durante todo el día jugueteó con la idea de la grandeza de los monjes trapenses. Por la noche vio a Mary, como de costumbre. Y, como de costumbre, para entrar en conversación, Mary le preguntó qué había hecho aquel día. La respuesta que recibió fue ésta:

—Trabajar y pensar.

Y Mary, mujer y novia, volvió a preguntar con cierta coquetería:

— ¿Y en quién pensabas?

Era una pregunta normal y, naturalmente, esperaba una contestación normal también. Pero lo que escuchó estaba totalmente fuera de la normalidad.

—He estado pensando en mí —repuso John—, y he pensado muy seriamente hacerme lego trapense.

— ¿Hacerte qué? —balbució Mary, y soltó una carcajada.

De fijo, le había picado el que John no contestara como ella esperaba: «Pensaba en ti, cariño mío». Pero aquella respuesta asombrosa e imprevista le pareció tan divertida, que reía y reía sin parar.

— ¿De qué te ríes? —preguntó John, comenzando a enfadarse.

—De ti —y siguió riendo.

— ¿Y por qué te resulto tan divertido? —volvió a preguntar John, ya furioso.

—Tú... ¡lego trapense! ¡Tú, con tu genio y con tu lengua!... ¿No has bebido, John? Deja que te huela el aliento. Pero no pudo llegar a hacerlo, porque John había montado en cólera de tal forma, que salió de estampida murmurando:

— ¡Oh! ¿Por qué no podrá un hombre pegar a una chica?

A la mañana siguiente, John estaba perfectamente sereno y tranquilo. Mientras realizaba sus quehaceres aquella mañana, se reía para sus adentros recordando su escena con Mary, que ahora se le aparecía de lo más cómica. Se rió muchísimo, no sólo de haber llegado a pensar hacerse monje, sino de habérselo soltado precisamente a la chica con quien se iba a casar. Y lo que más gracia le hacía aquella mañana era su repentina marcha mascullando juramentos. Reía y reía entre dientes y hasta llegó a soltar alguna carcajada estentórea al pensar cuánta razón tenía Mary, y el monje tan disparatado que él resultaría. Esto era típico de John; se enfurecía en un instante, se le pasaba con igual rapidez y tenía humor para reírse hasta de sí mismo.

Hizo las paces con Mary inmediatamente, y al volver a su antigua manera de trabajar, comer, dormir, cantar y ver a Mary, creyó haberse liberado para siempre de la increíble idea de unirse a los silenciosos monjes. Durante una breve temporada lo olvidó, pero cuando llegó el momento de decidir una fecha fija para la boda, aquella extraña idea volvió a surgir más imperativa, con una fuerza nueva y apremiante. Todo lo que percibía era la aureola y la grandeza de hacer algo distinto de los demás, de ser algo diferente, de alcanzar la aprobación y el aplauso de los hombres mientras daba algo a Dios. Este último elemento contaba también,

pero distaba mucho de ser el elemento dominante. Percibía vagamente que en la vida trapense había algo más que alcanzar el aplauso de las gentes. Había llegado a vislumbrar que la grandeza de aquella vida procedía de su elemento divino, y que un monje entrega algo a Dios; pero no era esto lo que más le movía. Prácticamente, lo que le impulsaba a pensar en Gethsemaní era precisamente lo que menos debiera haberlo hecho: su genio. Cuando recordaba la risa de Mary y reflexionaba que la gente, en general, pensaría que nunca sería capaz de llevar la vida de un trapense, se puso furioso, lo suficientemente irritado para exclamar:

— ¡Si no estuviera prometido, ya les diría yo!

Al poco tiempo, esta frase se modificó hasta el extremo de hacerle decir:

—Y aunque esté prometido, ¡ya verán!

Pero el asunto estaba muy confuso en su mente. Quería ser tenido por un gran hombre y quería ser un gran hombre. Quería salvar su alma y quería mostrar a la gente de lo que era capaz. Quería entregar algo a Dios y quería ser distinto a los demás. Varios eran, sin duda, los motivos y varios sus ideales; pero invariablemente, mientras unos y otros libraban batalla en su mente, su convicción de hacerse monje iba en aumento. Volvía a sentir el deseo de su juventud, y las palabras de su amigo y confesor —que no le ordenaba, sino le aconsejaba pensarlo seriamente— iban produciendo su efecto.

Como ya hemos visto, era hombre de carácter violento, y en aquellos días montaba en cólera con mayor facilidad que nunca, aun cuando también pensaba con seriedad y gravedad absolutas. Finalmente decidió decir a Mary que volvía a sentir aquel impulso, y que si ella le devolvía su libertad, ingresaría en Gethsemaní.

John no perdía tiempo para realizar lo que pensaba. Así que en cuanto estuvo en presencia de Mary, le dijo sin roeos:

—Mary, he vuelto a pensar en hacerme trapense. Si me lo autorizas, me iré al monasterio, y probaré aquella vida.

Aquella vez Mary no se echó a reír. Quiso hablar, pero desvió la vista y guardó silencio. Después de juguetear con un botón de su vestido, mirando siempre a lo lejos, preguntó con toda tranquilidad:

— ¿Lo has pensado seriamente, John?

—Sí. Y estoy convencido, Mary, de que debo intentarlo —repuso él con rapidez.

De nuevo se hizo el silencio entre ellos. Un prolongado silencio durante el cual John, aunque se puso nervioso, no perdió los estribos. Por fin, Mary habló. Sus palabras fueron lentas y tristes:

—Puedes irte, John.

Después, con un timbre y un tono de voz distintos, añadió:

—Pero si lo haces...

Hubo una pausa, durante la cual John, inquieto, movía los pies sin parar.

—… si lo haces —repitió la muchacha en tono más agudo—, que yo no vuelva a verte en mi vida, pues por nada del mundo me casaría con un ex monje. ¡No!

Y con mayor intensidad, añadió:

— ¡Aunque fueses el único hombre sobre la tierra!

Y su voz se quebró al mismo tiempo que su dominio de sí. Dio la vuelta y echó a correr hacia su casa, no queriendo llorar delante del hombre que casi había sido su esposo.

También John volvió sobre sus talones, pero mucho más lentamente. Y con los pies pesándole como plomo, emprendió el camino de su casa. Aquella noche, su corazón estaba más angustiado que nunca desde que cumpliera veintiún años. Quería ser trapense, sí, pero no quería destrozar a nadie el corazón para conseguirlo. Cada uno de sus pasos supuso una verdadera batalla. Muchas veces estuvo a punto de volverse a decir a Mary que aquello no era más que una pesadilla. A pesar de su pésimo carácter, John Green Hanning tenía un corazón tan blando como la cera.

Dar la noticia a la familia fue ya cosa más fácil. Pero las bocas de todos se abrieron de asombro, los ojos no pestañearon y la respiración se les cortó. Quién más, quién menos, el padre y los hermanos pensaban que John era el último hombre del mundo a quien podía convenir la vida de un lego trapense. Si cuando tenía quince años pudieron esperarlo, ahora que iba para los treinta y seis no es extraño que se quedaran estupefactos.

Al encontrarse a solas en su cuarto, John, recordando el estupor de los suyos, montó en cólera. Comprendía por qué le miraron escépticos mientras hablaba de Gethsemaní. Creían que era incapaz de hacerlo, de dominar su carácter y su lengua, de ser un monje pacífico. ¿Con que era eso?... Entonces, en un arrebato, definió su determinación en voz alta:

— ¡Ya les enseñaré yo!... ¡Ya verán lo que soy capaz de hacer!

Y con este mismo fuego se marchó al monasterio.

* * *

¿Os asombran los motivos que condujeron a John Green

Hanning a hacerse trapense? ¿Os espanta que una vocación pueda surgir a través del deseo de venganza, de la ambición de gloria, del deseo de ser grande, del hambre de aplausos y aprobación? ¿Os he escandalizado al modelar, como en un bajo relieve, lo natural, tocando lo sobrenatural sólo con mano ligera y precipitada? Si ha sido así, me alegro y me apresuro a aprovechar mi ventaja, pues quiero haceros saber que existe un sentimiento que podríamos llamar egoísmo saludable y orgullo digno de alabanza.

Jesucristo llamó personalmente a doce de los suyos y al decimotercero lo derribó del caballo; pero durante los mil novecientos años largos transcurridos desde entonces, cada una de las vocaciones que he conocido ha sido la más natural de las obras sobrenaturales. Cristo ya no se aparece personalmente. Ya no derriba a gentes de sus caballos. Pero llama a miles y miles de seres a su lado, trabajando indirectamente sobre sus naturalezas. Hoy en día trabajaba exactamente igual que lo hacía en Palestina. ¿Recordáis cómo llamó a Pedro y a Andrés y a Santiago y a Juan, que eran pescadores? Les dijo: «Venid y os haré pescadores de hombres». ¿Sabéis por qué los doce le fueron tan adictos? Porque querían ser grandes, tan grandes, que incluso disputaban discutiendo cuál de ellos sería el más grande. ¿No recordáis cómo Santiago y Juan se valían de sus simpatías? Esto es sumamente natural y humano. Aquellos «hijos del trueno» ambicionaban de tal manera la gloria de ser los primeros en su reino, que hicieron a su Madre rogar por ellos. Conocían bien el corazón sensible de su Maestro, y trataron de actuar sobre Él utilizando el más delicado de los instrumentos: la ternura de la súplica de una madre. Si cada uno de los Apóstoles de Cristo fue arrastrado a lo sobrenatural a través de lo natural, y cada seguidor de Cristo, si ha de ser un

verdadero seguidor suyo, ha de desear ser grande, ha de tener ambición de gloria. «Ha de ir a lo suyo», porque existe un egoísmo que es saludable, y una clase de orgullo digno de todo encomio.

A pesar de lo que dicen algunos libros —que más que revelaciones y biografías son rapsodias y novelas—, toda vocación está basada, finalmente, en ese egoísmo saludable, mediante el cual un individuo, a pesar del mundo entero, busca cómo salvar su alma inmortal. Toda vocación ha sido seguida porque aquellos que han sido llamados deseaban verdaderamente ser grandes. No se debe menospreciar nunca a la naturaleza y a lo natural, porque sobre ellos se asienta lo sobrenatural.

Hay tratadistas espirituales, cuyos libros inculcan precisamente una doctrina opuesta; pero, pueden ser buenos escritores, no son escritores de buena espiritualidad. Solamente muestran un lado de la medalla, y no es precisamente el más hermoso y el más brillante. Te hacen creer que tu cuerpo es vil y rastrero, que no vale más que para pasto de gusanos y carroña para los cuervos; pero tú sabes bien que es la gloriosa obra maestra de Dios, el único templo de tu alma, el único instrumento que un Dios infinitamente sabio te ha entregado como tu propiedad personal, mediante la cual habrás de abrirte el camino hasta el cielo. Tales tratadistas son más maniqueos que cristianos, pues mientras recuerdan que el hombre peca por su cuerpo, parecen olvidar que es también por su cuerpo por lo que se santifica. Es cierto que el cuerpo puede conducir a la degradación, pero es igualmente cierto que es el único medio personal e indicado para la propia exaltación y glorificación. Sin tu cuerpo, tu alma no puede salvarse. Estos pesimistas se pasan la vida lamentándose con una «jeremiada» en tono menor, mientras los escritores ver-

daderamente cristianos siempre tienen a flor de labios un glorioso «Magníficat», brotando caudaloso en un magnífico tono mayor.

Tus sentidos, tus pasiones, tus impulsos y tus instintos, son posesiones buenas, grandes y gloriosas, porque todas proceden de Dios. Tus sentidos han de ser guardados, no despreciados. Son tus puertas de acceso a la gloria, porque sin ellos nunca tendrías una idea; sin una idea no tendrías voluntad de acción; sin voluntad de acción no podrías tener méritos, y sin méritos nunca verías a Dios. También tus pasiones son dones gloriosos. Tienen que ser debidamente enfocadas, pero no destruidas. Si se rebelan, pueden conducirte al infierno; pero si las regulas te proporcionarán un apasionado amor por Jesucristo, y ya sabes que la santidad consiste en eso. Los instintos y los impulsos pueden representar un peligro; pero también son tus mayores colaboradores, porque tu instinto más profundo es un instinto hacia Dios, y tu impulso más inmediato es el impulso hacia lo grande y lo glorioso.

Reíros, si queréis, de aquellos que ven las cosas parcialmente, pero no se os ocurra tomarlos como guías, por muchas abreviaturas que figuren impresas a continuación de sus nombres. En cuanto a mí, me río también de la magia mental que puede hacer a un hombre considerarse en serio «un gusano de la tierra», aun en el momento en que ambiciona ser «como Dios». Recordad que nuestra naturaleza es una naturaleza que ha caído, pero que no es impura; que es débil, pero no vil; que está herida, pero que no es desgraciada. El que esté dañada no es motivo para que haya de ser destruida. Agárrate fuertemente al hecho de que la Naturaleza procede de Dios, y que cuando Dios quiso realizar su milagro entre los milagros y su más grande acto de amor, ¡asumió la naturaleza humana!

Buena cosa es conocer nuestras limitaciones, pero no antes de haber conocido nuestras potencias. Si «un complejo de superioridad» es una cosa repugnante, destructora y peligrosa, no es ni la mitad de repugnante, destructora o peligrosa que un «complejo de inferioridad» en cuanto a lo espiritual se refiere. Tenemos que hacernos divinos, y los únicos cimientos con que contamos para edificar nuestra divinidad son esos que tantos escritores vituperan..., nuestras naturalezas humanas. Llaman humildad a considerarse a sí mismos más bajos que una lombriz de la tierra y a ultrajar nuestro cuerpo. Pero eso no es humildad; eso es pura farsa. Las verdades a medias son siempre más peligrosas que las mentiras completas, y la perspectiva desmochada de la naturaleza humana adoptada por algunos escritores es —en el mejor de los casos—una verdad a medias. Han olvidado su psicología humana a través de la naturaleza y en la Naturaleza; y hoy en día, mediante sus dones de gracia, siguen haciendo lo mismo.

John Green Hanning fue a Gethsemaní porque era egoísta, orgulloso y vengativo. Quería salvar su alma, ser grande y demostrar a los demás que podía ser distinto. Lo probó; lo probó hasta el fin, e hizo que todos —amigos, enemigos y conocidos— exclamaran:

—Pues, en efecto, entre todas las personas capaces de hacer cosa semejante, ¡siempre consideraré a John Green el último hombre del mundo capaz de realizarla!

CAPÍTULO VII

EL ENCUENTRO DE LO IRRESISTIBLE CON LO INCONMOVIBLE

Me hubiera encantado vivir ciertas fechas; me encantaría haber tratado a ciertos hombres y conocido ciertas mentalidades; hubiera deseado presenciar muchas escenas. Tal vez uno de los goces del cielo sea la facultad de recuperar, re-crear y volver a hacer actuar el pasado. Así, pues, reviviré toda la vida de Cristo, toda, menos el Calvario. Presenciaré sus milagros, oiré su sermón de la Montaña y escucharé sus parábolas junto al mar. Después buscaré las mentalidades de algunos hombres como Platón, Sócrates y Aristóteles; llegaré a escudriñar el genio creador de Homero y de Virgilio, de Eurípides, de Sófocles y de Esquilo; querré tomar el pulso a un Alejandro, a un César, a un Napoleón y a un Washington. Hay millones de cosas íntimas que me gustaría averiguar, que sólo el cielo puede proporcionármelas... Los hombres, las mentalidades y su disposición de ánimo. Y si el cielo ha de ser cielo, tiene que proporcionarme el goce de revivir e día en que John Green Hanning se presentó ante Dom Benito Berger solicitando ser admitido como Hermano lego en la comunidad de la abadía de Gethsemaní, pues aquel día una fuerza irresistible se encontró con un objeto casi inconmovible.

Fue el 4 de junio de 1885. El lugar, la fresca sala monástica. Le hora, media tarde. Sabemos, sí, estos detalles, pero ignoramos lo que pasaría por la mente de aquellos dos hombres al enfrentarse por primera vez con la perspectiva y la posibilidad de adoptar la relación espiritual de padre e hijo. Dom Benito, indudablemente, pensó en esta posibilidad. John Green, probablemente, sólo pensaría en el abad como en un posible «jefe».

Con cualquier rasero que se le midiera, Dom Benito resultaba un hombre duro. Exteriormente, tenía las facciones dominantes de un César; interiormente, todo el rigor de los monjes de la Tebaida. Era el abad de una comunidad de «cistercienses de la Estricta Observancia», y no conocía más que una ley de vida: vivir al pie de la letra la Regla de San Benito. Él lo hacía así y esperaba, es decir, exigía, que cada uno de sus inferiores lo hiciese igualmente. Era sumamente recto, estricto, severo y duro, pero nunca áspero.

De cualquier forma, fácil es imaginar las energías espirituales que aquel día se encontraron al unirse las manos de los dos hombres en un saludo, y al contemplarse los dos pares de ojos con una rápida mirada inquisitiva. El abad era la encarnación de la fuerza de voluntad regulada e inflexible; John Green, la encarnación de una decisión fiera, pero indisciplinada. Aquella tarde se encontraron dos fuerzas poderosas. Dom Benito admitió a John Hanning y John Hanning aceptó a Dom Benito. Pero ninguno de los dos tenía la más vaga idea de la enorme tarea que se les venía encima cuando uno de ellos preguntó: «¿Puedo ingresar?» Y el otro respondió: «Puede hacerlo». Si alguno de ellos vislumbró en aquel instante el precio que habría de pagar para convivir con el otro durante los próximos años, y, a pesar de ello, aceptó el trato, bien puede decirse que en la tarde del 4 de junio tuvo lugar un

verdadero milagro.

John fue admitido y, en seguida, empezó una serie de revelaciones que ciertamente asombraron al «ex cow-boy». No obstante sus treinta y seis años de existencia, John experimentó cierto nervosismo al iniciar su vida trapense. Todos le habían hablado de lo dura que era, y él mismo había sentido temor de la severidad del silencio, de la abstinencia, del trabajo y de la oración. Pero se metió de lleno en ella, y, como otros muchos que se deciden a zambullirse en aguas que durante cierto tiempo les han inspirado temor, John vio que, una vez dentro, el agua no estaba tan fría. La suposición casi siempre es peor que la realidad.

Para continuar con la misma metáfora acuática, diré que durante algunas semanas las cosas fueron «navegando». John se levantaba temprano, muy temprano; en realidad, mucho más temprano que nunca, pues a las dos de la mañana estaba ya en pie. Pero esto no le importaba, porque también se acostaba mucho más temprano de lo que tenía por costumbre. Quien se acuesta exactamente con la puesta del sol, no puede sentirse incómodo levantándose antes del amanecer. Esto tampoco resultaba nuevo para John, ya que, con gran frecuencia los campesinos y los vaqueros están levantados al alba. Lo que sí resultaba nuevo para él era levantarse precipitadamente para asistir a la iglesia a rezar. La novedad de esto le sorprendía tanto, que cuando llegaba a la iglesia no conseguía hacer aquello para lo que expresamente había ido. No podía rezar. Pero ¿cómo podría orar viendo a sesenta y cinco o setenta hombres desfilar en silencio en una enorme iglesia y ocupar sus puestos respectivos sin proferir una palabra? ¿Quién podría rezar cuando a los siete minutos escasos de sonar la campana el canto sencillo del oficio menor de Nuestra Señora

rompía el silencio de la iglesia apenas iluminada y se veía a las espectrales figuras vestidas de blanco cerca del crucero inclinarse al unísono, levantarse al unísono y cantar al unísono? ¿Quién podría rezar rodeado de sombras, de maravillas y de misterios? ¿Quién podría rezar en una atmósfera tan saturada de oración?

John ponía toda su voluntad en las cuentas de su rosario. Le habían dicho que siguiera el coro religioso en las primeras oraciones y que luego dijera diez Avemarías en los Maitines y diez en las Vísperas. Recordaba el latín y hacía lo que le habían mandado; pero entre todas las oraciones distraídas que John rezó en su vida, tal vez fueran las más distraídas aquellas Avemarías musitadas mientras los monjes de blanco cantaban y los Hermanos de color pardo se inclinaban y enderezaban a intervalos. Cuando John creía haber captado al fin el movimiento, todo se terminaba. Eran las dos y media y la hora de hacer oración mental.

John se arrodillaba y se preparaba a hacer lo que nunca hiciera antes: orar sin utilizar palabras, sin libro de oraciones, sin cuentas de rosario ni fórmulas de memoria: rezar con la mente y el corazón y no con los labios. Le parecía una manera extrañísima de rezar, pero lo probó. La novedad de aquel método le intrigaba. Muy conscientemente, se ponía en presencia de Dios y hacía un acto de fe. A éste seguía un acto de adoración; luego acudía al Espíritu Santo para que le ayudara, y unía todas sus acciones a los méritos de Cristo. Le habían dicho que lo hiciera así. Le habían dicho que ésta era la forma debida de comenzar la meditación. Cuando alcanzaba este punto, trataba de imaginar el objeto de su meditación. Durante muchas semanas no consiguió llegar más lejos. Aquel imaginar por sí mismo, aquel hacer una representación mental, le causaba a veces tal esfuerzo, que producía la

esterilidad, mientras otras veces la imagen resultaba tan palpitante de vida, que se convertía en una distracción. La oración mental resultaba, pues, para John, un puro azar. Representaba la mayor dificultad del día, porque, como la mayoría de los principiantes, se asustaba de los términos y se hallaba mentalmente trabado por el método. Pero trabajaba con tanto ahínco en la técnica, que antes de llegar a las reflexiones y a las consideraciones, el tiempo había pasado y podía dedicar su atención a la Misa.

En 1885 la Sagrada Comunión no era el lujo diario que hoy representa en la vida de los religiosos. John había de satisfacerse con la asistencia diaria a Misa. En los meses de verano, la Misa de los Hermanos legos se celebra a las tres de la mañana; así que John tuvo la nueva experiencia de asistir a la Misa en el coro de los legos mientras los monjes del monasterio cantaban el oficio canónico en su coro, más allá del crucero.

Esta intensa actividad espiritual tuvo a John despierto muchos meses. La rápida sucesión de acontecimientos le mantenía alerta, y le costaba trabajo creer que dos horas pudieran pasar tan veloz y agradablemente. Antes de las cuatro de la mañana había dicho los Maitines y los Laudes del oficio menor y del oficio canónico, había hecho media hora de oración mental, había asistido a Misa y había terminado la Prima de ambos oficios, el de Nuestra Señora y el de la Iglesia. ¿Os extraña que empezara a considerarse una dínamo humana?

Riendo para sus adentros de todo lo que había hecho, se cambiaba la ropa, arreglaba su cama y se dirigía al establo. El sol acababa de salir, la hierba estaba húmeda y el aire vibraba de gorjeos de pájaros. Esto era tan bueno como su propia casa, pensaba John, y, en efecto, se parecía mucho. Las vacas eran más

numerosas, pero eran rápidamente ordeñadas, porque en la operación intervenían todos los legos de la comunidad, y cuando cuarenta y cinco hombres se ponen a ordeñar, los cubos se llenan en un santiamén. Terminada esta tarea, John volvía al monasterio y tomaba su ligerísimo desayuno. Esto sí que no se parecía en absoluto a su casa; pero a John no le importaba. No tenía tiempo de que le importase; porque la acción era la orden del día. Lleno de asombro, veía a todos precipitarse hacia el trabajo. Se unía a ellos y pasaba el resto del día en la granja. Había una breve interrupción a las diez menos cuarto de la mañana, durante la cual se decían un número estipulado de «Paters» y «Aves» para la hora canónica llamada Tercia. A las diez y cuarto regresaba del campo, porque el trabajo matutino había terminado.

Con frecuencia, John había trabajado más duramente y durante más horas. Allá en el Río Grande y en su propia casa de Kentucky había sudado mucho más que en Gethsemaní. No, el trabajo no podía molestarle, ni por su duración ni por su naturaleza, ya que el campo fue una de sus vocaciones antes de descubrir su verdadera vocación. Pero, aunque la clase de trabajo le era familiar y las horas breves, había algo que le resultaba totalmente extraño, y era la manera trapense de trabajar. En los años pasados, rara vez trabajó John en silencio. Siempre estaba cantando o «gruñendo» por algo; aquí, en Gethsemaní, no podía cantar, y, además, no había nada por qué «gruñir». Otra gran diferencia, bien notable, era que se le decía dónde había de trabajar, cómo había de hacerlo y con quién. Pero ni aun esto le resultó pesado en un principio, porque sentía gran curiosidad por sus compañeros de noviciado, y hay pocos sitios donde se pueda estudiar mejor a un hombre que durante su trabajo.

Inmediatamente después de abandonar la tarea, pasaba media hora lavándose y leyendo. Aunque no tenía tiempo suficiente para leer, quería aprenderse de memoria, en un mes, el libro de Costumbres de los Hermanos legos, que supone a un novicio casi dos años de esfuerzos. Queriendo a toda costa dominarlo rápidamente, John se daba unos atracones tremendos, pero cuanto más se atracaba, mayor era su confusión, porque en su texto se establecen reglas sobre la manera de andar, de sentarse y de estar en pie; reglas para la manera de mantener la cabeza, las manos y los pies; reglas para comer, dormir y beber; reglas para la lectura, la escritura y la oración. No hay nada de lo que pueda hacer un monje que no tenga sus directrices particulares, y, como es natural, existen muchas prescripciones sobre lo que un monje no puede hacer. John se lavaba rápidamente para poder dedicarse de lleno a la lectura; pero, aunque hubiese prescindido por completo del lavado, le habría faltado tiempo y se le habría echado encima el momento de los «Paters» y «Glorias» para la hora canónica de Sexta.

A las once almorzaba. Aquella hora constituía la desilusión de las desilusiones. La comida era sencillísima —sencilla en sí y sencilla en su preparación—, pero abundante. John había tomado una taza de café y un pedazo de pan a las cinco de la mañana, trabajado luego al aire libre durante casi seis horas, y su apetito era realmente voraz. No comía carne, huevos ni pescado, pero sí verduras y legumbres sin condimentar en abundancia. Diariamente encontraba en su puesto un tazón de sopa y un plato de legumbres. Un día eran judías, otro patatas, y sucesivamente nabos o zanahorias, arroz o espinacas o alguna otra cosa por el estilo. Al principio le pareció que la cantidad que le servían era suficiente para una familia entera. Verdaderamente, no es

necesario que los trapenses mueran de inanición. Pero las comidas del refectorio no estaban tan sabrosamente preparadas ni tan bien servidas como las que preparaban su madre y sus hermanas. Si acaso, recordaban, con ventaja, a las que comía en Río Grande. La monotonía de la dieta pudo haber desanimado a John, porque de todos los «menús» invariables que existen, tal vez el menú trapense es el más invariable. Ni en Navidad, ni el 4 de julio, ni el día de San Bernardo, se hace la menor diferencia..., se sirven judías. Por eso digo que la monotonía de la dieta pudo haber desanimado a John... de no haber tenido el formidable apetito que tenía. Siempre estaba dispuesto a comer lo que le dieran.

Terminada la mañana, el mediodía encontraba a John en su cama de tablas y sobre un colchón de paja, para una breve siesta. Con frecuencia, durante los primeros días, John se encaminaba a su dormitorio diciendo para sus adentros; «Esto no está mal del todo.» Y tenía razón. Nada le parecía mal, pues se había acoplado a la vida trapense con mucha más facilidad de lo que nadie hubiera podido imaginarse. La novedad le absorbía. Jamás, hasta entonces, había estado ocupado tan totalmente. Cada momento de su jornada tenía su tarea fija, y John veía a la comunidad deslizarse de uno a otro deber con la regularidad de un reloj y la suavidad de una máquina bien engrasada. En el monasterio reinaban un orden perfecto y una perfecta tranquilidad. Había paz. John nunca había vivido antes en una atmósfera tan sistematizada, y ésta le intrigaba.

En las primeras semanas se mantuvo alerta, interesado y observante. Estaba aprendiendo, y como todas sus energías se inclinaban a esa tarea, no necesitaba hacer el menor esfuerzo para autoexpresarse, por lo que su carácter permanecía tan tranquilo

como un mar en verano. Como no se le contrariaba, no tenía motivos para encolerizarse. Durante estos primeros tiempos fue más pasivo que activo, más interesado en saber que en destacar, más afanoso de aprender que de enseñar, por lo que su cerebro prevalecía sobre su sangre o su bilis.

Es decir, las cosas marchaban como sobre ruedas. Casi lo único que irritaba a John era el «lenguaje por señas». Cuando los trapenses necesitan comunicar una idea, utilizan los dedos en lugar de la lengua. No emplean, como los sordomudos, un alfabeto completo, sino un vocabulario restringido inventado hace unos ochocientos años, y que se supone suficiente para todo lo que un monje puede necesitar expresar por señas.

Al principio esto le resultaba irritante, porque de cuando en cuando el maestro de novicios, que puede dar órdenes verbales o dirigir con palabras el trabajo, se ausentaba del lugar en que los novicios trabajaban y ocupaba su lugar algún novicio antiguo, que se desvivía por explicar a John lo que tenía que hacer, utilizando el lenguaje mímico. Como John no había aprendido aún lo que podríamos llamar el abecé de este idioma, las manipulaciones de los dedos del amable novicio, o le divertían o le sacaban de quicio. Todo aquello le parecía muy poco práctico y de una rigidez pétrea. No se puede considerar que un hombre rompa el silencio porque le diga a un postulante ignorante lo que tiene que hacer y cómo ha de hacerlo —pensaba John—; pero el novicio opinaba de otro modo y proseguía con sus gesticulaciones. Unas veces le divertía a John intentar descifrar el mensaje de sus compañeros; pero otra, por encontrarse interesado en su labor y tratar de hacerla bien, le exasperaban aquellos signos ininteligibles. A veces los dedos volaban, y John, aun sin comprender una palabra de lo que decían,

no podía por menos que admirar la agilidad con que se movían. Pero otras, después del primer signo, el novicio se paraba, fruncía el ceño, miraba arriba y abajo a John y éste sonreía, pensando para sus adentras: «Este hombre es tartamudo o lucha con una idea que le puede.»

Durante aquellas primeras semanas, pues, hubo muchas cosas que le divirtieron, muchas que le interesaron, muchas que le absorbieron y muy pocas que le indignaran. Por lo cual nada tiene de extraño que al dirigirse a su descanso del mediodía repitiera para sus adentro. «Esto no está mal del todo.»

La tarde todavía era más agradable que la mañana. A la una, John ya estaba levantado y diciendo su oficio para la hora canónica de Nona, a la que seguía una breve instrucción dada por el maestro de novicios. ¡Con qué ansiedad aguardaba John aquella instrucción! No tanto por un afán de saber, como por el deseo vivísimo de escuchar una voz humana hablando humanamente. Aquél era el oasis del día en el desierto de John. Hay que tener en cuenta que John había pasado casi un cuarto de siglo conversando con la gente. Veinticinco años es un lapso de tiempo más que suficiente para que una costumbre arraigue sólidamente. Por eso John disfrutaba con las instrucciones verbales. Igual que no echamos de menos el agua hasta que se seca el pozo, el ex «cow-boy» no echó de menos la palabra hasta que estuvo saturado de silencio. Seguramente no se daba cuenta de por qué aguardaba con tanta impaciencia aquellas instrucciones de la Regla, las costumbres, el Catecismo o la vida espiritual. Tal vez llegaría a pensar que era el tema lo que le agradaba; pero la realidad es que aquel agrado no obedecía a nada lógico, sino a algo psicológico. John no tenía hambre de ideas. Lo que ansiaba era escuchar las

palabras humanas procedentes de un ser humano utilizando la voz humana.

John salía de aquellas clases respirando a sus anchas. Las palabras del maestro le inyectaban una nueva vida, no por ser divinas, sino por ser tan intensamente humanas. Cada día y en cada aspecto de la vida monástica descubría más y más que los monjes eran hombres y no momias. De haberse encontrado en su casa, hubiera roto a cantar; mas como no estaba en ella, volvía al trabajo en silencio, pero sumamente confortado.

A las dos de la tarde ya estaba trabajando en el campo, donde seguía hasta las cinco, hora en que se hacía una pequeña pausa durante la cual se reunían los novicios para rezar determinado número de Padrenuestros

Glorias para las Vísperas. A las cinco y media terminaba el trabajo del campo y los novicios y postulantes regresaban al monasterio en fila, llevando bajo el brazo izquierdo el azadón, el rastrillo o la pala, y el rosario en la mano derecha.

A veces, John conseguía rezar el Rosario, pero la mayoría del tiempo estaba completamente abstraído, aunque no distraído. Se aislaba de sí mismo y de cuanto le rodeaba, absorto en un juego de argumentaciones mentales. John se decía a sí mismo, y decía a cuantas personas había tratado en su vida, que todos estaban equivocados respecto a la vida trapense. No era tan difícil como generalmente se la suponía. Cuando él se decidió a abandonar su casa por el monasterio, se creyó un héroe, y todos los demás cooperaron en tan petulante creencia, tratándole como al más valeroso de los hombres que marchase a una espantosa guerra. Mientras recorrió el sombreado camino que conduce a la verja del monasterio, había imaginado ser un mártir que, con intrepidez

increíble, se dirigiera a la arena del circo, que solamente los más fuertes entre los fuertes son capaces de pisar sin desfallecer. Ahora, en cambio, se sentía un hombre vulgar, que vivía entre hombres vulgares una vida que hubiera sido completamente vulgar a no ser por el silencio, la abstinencia y la abundancia de oración.

—Sí —se decía John—. La gente está totalmente equivocada. Esta vida no es tan dura.

A las seis de la tarde cenaba con la misma fruición y la misma sencillez con que había hecho el almuerzo. Después de haber ayudado a los demás hermanos a quitar las mesas y fregar los platos, tenía sólo unos breves minutos de lectura de algún renombrado escritor espiritual. John se percató de que algunos de los hermanos más ancianos daban cabezadas, fuese cual fuese el texto que se leía. Esto le escandalizó y llenó de indignación..., hasta que una calurosa tarde se dio cuenta de que sus párpados le pesaban como plomo y la cabeza se le caía sin poder evitarlo. Desde entonces sus juicios sobre los que peinaban canas fueron mucho más benévolos.

La larga jornada terminaba siempre donde había comenzado: en la iglesia. Lo mismo que antes del amanecer, ahora, a la caída de la noche, John se encontraba en su puesto del coro al final de la iglesia, diciendo las oraciones señaladas, mientras allá, junto al crucero, los religiosos de blanco hábito cantaban la Hora de Completas. Luego, llegaba el momento más grande para John Green Hanning, porque los Hermanos legos desfilaban hacia el altar mayor, y al terminar el Oficio del día, el cantor, con voz rica y sonora, entonaba la famosa Salve cisterciense, y al unirse al canto sagrado unos setenta hombres, destacaba la voz clara, argentina y aterciopelada del más reciente de los postulantes. Muchos monjes

ancianos suavizaban su tono para escucharle, y muchos Hermanos de menos edad se erguían cuando John, poniendo su corazón en su garganta, cantaba a la Madre de Dios con todo el arrebato y revelación que contiene la plata líquida de una verdadera voz de tenor. John amaba este momento en que, transportado por la emoción mágica de la sublime oración, derramaba su amor en la dulzura rica y aterciopelada de su voz.

Y después, a la cama.

Había sido un día muy largo, sumamente largo. Dieciocho horas de trabajo son una larga jornada para cualquiera. Un día le llamó el abad para preguntarle qué pensaba de los trapenses y de su vida. John, que Siempre era muy franco, repuso:

—No está mal del todo.

El abad le sorprendió con esta rápida respuesta:

—Precisamente eso mismo piensan de usted los trapenses. Que no está mal. Así que mañana puede tomar el hábito y de ahora en adelante será conocido por el Hermano Joaquín María.

De este modo, el 26 de julio, John Green Hanning abandonó sus ropas de seglar y vistió el hábito pardo..., casi iba a decir de lana, pero he reparado en la fecha. Kentucky es sumamente caluroso en julio, enormemente caluroso. De hecho puede afirmarse que Kentucky se pone al rojo. Por eso, en verano, los Hermanos legos trapenses no llevan hábito de lana parda, sino uno bastante ligero de algodón,

John aun así, lo encuentran caluroso. Así, pues, el 26 de julio, John Green Hanning se despojó de su traje seglar y vistió el hábito pardo de algodón de los Hermanos legos trapenses de Gethsemaní. Aquel mismo día perdió su nombre melodioso y musical y adoptó el de Joaquín.

He tardado mucho en llegar hasta este nombre. He tenido que viajar al Sur, al Oeste y al Nordeste de nuevo. He tenido que abrirme paso a través de la adolescencia, del comienzo de la madurez y de la edad madura. He tenido que dar a nuestro héroe los nombres de John, John Green y John Green Hanning, y los apodos de «el Kentuckyano» y «el Rápido», y «Jack, el de Kentucky», cuando todo mi anhelo era designarle con el nombre con que vivirá para siempre, el nombre bajo el cual vivió verdaderamente, el nombre que llevó a la tumba consigo o con el que subió al cielo. Ahora ya puedo utilizarlo. Ahora lo utilizaré al fin. De ahora en adelante será conocido por el Hermano Joaquín María, el Hermano Joaquín o, sencillamente, por Joaquín.

CAPÍTULO VIII

UN MIEMBRO DEL «BATALLÓN PERDIDO»

El 27 de julio de 1885, el Hermano Joaquín María se sintió profundamente transformado. Motivos tenía para creerlo así, ya que su ropa había cambiado, lo mismo que su nombre, su casa, todos sus hábitos de vida e incluso el aspecto de su rostro, pues ahora llevaba barba. Pero, a pesar de todos estos cambios, El Hermano Joaquín María seguía siendo el mismo. Cambiar de chaqueta es cosa sencilla; cambiar de carácter ya es más complicado. El nombre se puede mudar en un santiamén; pero la naturaleza, no. El hermano Joaquín había dejado atrás muchas cosas cuando llegó al claustro de Gethsemaní; había dejado muchas cosas, pero no se había dejado atrás a sí mismo, y muy pronto habrían de convencerse de ello la comunidad y el mismo. Un monje no se hace en un mes ni en un año; a veces ni en un lustro o una década, porque como todas las cosas sólidas y sustanciales, la verdadera espiritualidad es de crecimiento muy lento y gradual.

El Hermano Joaquín había cambiado su aspecto exterior, y, una vez que se había acostumbrado al nuevo género de vida dominando sus accidentes, dedicaba mayor atención a los monjes. Aquellos muertos vivos, enterrados voluntariamente en la abadía

de Gethsemaní, le fascinaban.

Una comunidad trapense resultaba siempre un tema seductor de estudio, pero a nadie inspira más curiosidad que al hombre que piensa pasar el resto de sus días dentro de ella. La comunidad es un grupo de hombres que se llega a conocer muy íntimamente, pero que, al mismo tiempo, nunca se llega a conocer. Se puede vivir hombro a hombro con ellos durante un par de veintenas de años, y al final de ese tiempo saber de ellos menos aun que en los primeros meses de convivencia. De dónde vienen los trapenses, por qué han venido y qué motivos impulsan sus acciones, son cosas que nunca se llegan a saber. Sus estados de ánimo y sus vidas emocionales, sus objetivos secretos y sus ambiciones, sus aspiraciones y sus desesperaciones, sus corazones y sus mentalidades, sus triunfos y sus fracasos, sus desengaños y sus desilusiones, sus verdaderas reacciones ante los hombres y los modales...; en fin, todas las cosas íntimas y persónales que hacen del hombre un individuo, no se conocen nunca ni pueden llegar jamás a conocerse, porque el silencio de la vida trapense es tan profundo como el mar, e igualmente lleno de misterio.

Sin embargo, se les llega a conocer íntimamente. Sin necesidad de recurrir al psicoanálisis, y evitando en todo momento los juicios temerarios, no es imposible llegar a captar el carácter de cada uno en líneas generales. El rostro humano es elocuente siempre. Los ojos, repletos de sombras y de luz; los labios, que expresan la infinidad de sentimientos; el sutil reflejo de los pensamientos y las emociones que pasan y repasan por la fisonomía con mayor variedad de cambiantes aún que las sombras de las nubes sobre una colina cubierta de árboles, todo contribuye a hacer el rostro humano revelador. Y lo que siempre revela un

rostro humano es la historia de su alma. Incluso los estoicos no dejaban de reflejar en la estolidez de sus semblantes la petrificación de sus almas. Así, pues, un trapense, a pesar de su sagrado silencio, siempre está hablando. Las acciones hablan más fuerte que las palabras, y por ello los rasgos generales del carácter de cada trapense son conocidos de sus compañeros de claustro.

Casi un cuarto de siglo antes de que Woodrow Wilson soñara con sus «14 Puntos», el Hermano Joaquín encontró en Gethsemaní Una Sociedad de las Naciones... Yo lo asombroso es ¡que esta Sociedad funcionaba! Era la fusión de varias naciones laborando en franca armonía para la mayor gloria de Dios y el bien de toda la Humanidad. Había franceses, alemanes, italianos, irlandeses, suecos, polacos, españoles, mejicanos, ingleses, lituanos y americanos; pero todos hablaban la misma lengua, el único esperanto que ha sido utilizado universalmente: el lenguaje trapense de señas.

A lo largo de su vida errante, el ex «cow-boy» había conocido multitud de hombres y adquirido un verdadero arte para calificarlos rápidamente. Aquí, en Gethsemaní, encontró sujetos que encajaban en sus clasificaciones y otros que exigían la invención de nuevas categorías; porque, desde luego, una comunidad trapense es un conglomerado de los más diversos tipos. Allí encontró al activo y al soñador, al poeta y al campesino, al artista y al artesano. Allí se hallaban el meditabundo Hamlet y el camarada más inclinado a representar la parte del bufón del rey.

El Hermano Joaquín los vio por dentro a todos. A su juicio, había algunos que nunca debieran haber visto el Claustro, porque llevaban escrita claramente su pasión de mandar en su andar, en su porte, en el giro de su cabeza. «Estos —pensaba— deberían

haber sido capitanes de industria, conductores de hombres o apóstoles, cuya sola presencia irradiaría energía engendrando la fe y el entusiasmo.» Otros pocos de los que conoció estaban hechos para el claustro o, más bien, el claustro estaba hecho para ellos, porque eran almas tímidas, almas buenas, almas puras, pero encogidas. Joaquín sabía que su semblante humilde sólo hubiera servido para que el mundo los atropellara y los triturara bajo su despreocupado talón.

Nuestro héroe se sentía intrigado por estos contrastes y estas contradicciones. La comunidad de Gethsemaní era un grupo de hombres, soldados como ningún otro grupo humano podría estarlo, pero vivo con la diversidad de sus elementos. A pesar de su apariencia sombría, Joaquín vio que estaban llenos de colorido, y que si su unión era realmente asombrosa, su variedad no lo era menos. Vio que los piadosos y los prácticos hacían las mismas cosas, aunque cada cual a su manera. Algunos de ellos podrían tomarse como modelos de pinturas piadosas y santos de escayola, con sus cabezas inclinadas, sus manos cruzadas y sus ojos bajos. Estos eran generalmente los menos prácticos, pero no por ello los más piadosos. Otros eran animados mentís a la repetida frase de «frailes holgazanes». Eran verdaderas dínamos humanas, máquinas en movimiento continuo. Tal vez padecieron de tiroides hiperactivos, pero más probable es que hubiesen captado la gigantesca verdad contenida en esta frase de tres palabras: «El amor sirve.»

El caso es que el Hermano Joaquín, como era humano, encontró fascinador el estudio de la comunidad de Gethsemaní. Si algo sobresale en estos hombres consagrados a perseguir lo divino, es su entera humanidad. Es cierto que algunos, a causa de

sus rostros pálidos y apagados, hicieron que en un principio los considerase como los verdaderos místicos del monasterio. Sin embargo, a medida que pasó el tiempo y el Hermano Joaquín aumentó en conocimiento y en sabiduría, percibió que aquellas buenas almas eran más bien misántropos que monjes. Llevaban gafas ahumadas, sin ver nunca la grandiosidad y la gloria del maravilloso mundo de Dios, tanto el animado como el inanimado. Nunca habían llegado a captar todo el espíritu de Jesucristo, esa *joie de vivre* ([3]) que hacen al joven y a la doncella atravesar por la vida con una sonrisa permanente en los labios. La vida es y será siempre lucha, pero ellos saben que obtendrán la victoria, porque luchan con el Vencedor: Cristo.

La comunidad fue una inspiración y una revelación para Joaquín. Vio, con el hábito pardo y el blanco, a algunos hombres a quienes el tiempo había arrugado las manos, blanqueado su barba y encorvado los hombros, pero cuyos ojos brillaban con un fulgor tan vivo, que la juventud más entusiasta envidiaría y trataría de emular. Sus almas resplandecerían por aquellas ventanas abiertas de las pupilas, y la llama que en ellas se veía arder hacía a los demás inclinarse reverentemente. Estos hombres eran viejos, viejos en años, viejos en vida, viejos en el amor de Dios. Eran los hombres —tanto legos como monjes de coro— que se habían perdido en Dios. Representaban la espina dorsal y el alma de la comunidad. Eran los verdaderos caudillos de aquel «ejército atrincherado que sigue a una estrella»; los caudillos de lo que con gran exactitud se ha llamado «el Batallón perdido», un batallón de hombres perdidos para el mundo, perdidos para ellos mismos y perdidos para la vida..., por haberse perdido en Dios. El Hermano

[3] En francés en el original. Alegría de vivir.

Joaquín no sólo sintió reverencia y respeto por aquellos viejos guerreros encorvados y con las articulaciones agarrotadas, sino que, en su presencia, percibió una especie de santo y humilde temor.

El grupo medio estaba formado por hombres en la plenitud de la edad, llenos de vida y energía, pero que continuamente se negaban a sí mismos. A Joaquín le pareció que él debla pertenecer a aquella clase, porque en ella todos eran trabajadores y aproximadamente de sus años. La otra clase la componían los muy jóvenes, algunos de ellos verdaderos chiquillos, que habían venido en la adolescencia para comenzar a vivir el romance de los romances: el romance de enamorarse cada día más de Dios.

Sería dificilísimo decir quiénes eran los que más le inspiraban, si los jóvenes que tenían ante sí toda la promesa de la rosada aurora, o los de más edad, ya encendidos por la púrpura real y el oro de una magnífica puesta de sol. Ambos afectaban a Joaquín, porque lo radiante de la personalidad es como el sol: le afecta a uno sin que se dé cuenta.

Ya habían pasado algunos meses desde que nuestro Hermano preguntara: «¿Puedo ingresar?», y ya empezaba a sentirse veterano. Ya nadie tenía que enseñarle a hacer esto, aquello o lo de más allá; ya lo sabía. Nadie tenía que hacerle seña de que viniera aquí o allá: ya lo sabía. Se habían desvanecido todos los restos de la sensación de extrañeza, y los monjes del monasterio habían dejado de ser para él figuras espectrales de otro mundo cuando pasaban a su lado con el crujir de sus hábitos y aquella silenciosa absorción que le producía al principio una extraña sensación. Se habían convertido en figuras familiares, humanas, en hombres de carne y hueso que luchaban por vivir la

vida trapense. Habían acabado por gustarle. Joaquín había llegado a saber que en una sola sonrisa puede caber un mundo entero de significado, lo mismo que en una inclinación de cabeza. El silencio reinaba por doquier; pero no era un silencio sepulcral, sino todo lo contrario. Aquellos hombres silenciosos estaban palpitantes de vida, y cuando le sonreían o le saludaban con la cabeza, su alma aparecía en una sonrisa y su corazón en la inclinación de su cabeza, diciendo con toda claridad: «Bien venido, y ¡que Dios te bendiga, hermano mío!» Allí había más que amistad, más que fraternidad. Allí se hallaba ese indescriptible afecto —rápidamente percibido, pero profundo y vibrante— del alma, que sólo un hombre de Dios puede dar a su semejante, que ha sido hecho por Dios y para Dios.

Sí; el Hermano Joaquín llegó a tomar cariño a aquellos hombres silenciosos del monasterio. No a todos por igual, naturalmente, porque no todos eran igualmente amables. Algunos eran reservados, rígidos y un poco fríos; éstos podían ser amados y admirados con un amor cristiano, pero nunca verdaderamente apreciados. Otros irradiaban sencillamente su bondad; éstos siempre serían apreciados y con frecuencia amados con el más pleno amor cristiano. Para formar un mundo se necesita toda clase de hombres, y como un monasterio trapense es un mundo en miniatura, ha de haber en él toda clase de hombres.

Para proseguir con la formación del Hermano Joaquín, debemos decir cómo, después de algunos meses de asimilación, le llegó el día de revelarse a sí mismo. El Hermano se había convencido de que los hombres del monasterio eran hombres y no criaturas de otro mundo. Tal vez esto disminuyera en parte su temor y su mal fundada adoración a algunos, pero aumentó su

afecto por la mayoría. Y digo de la mayoría, porque en cualquier grupo humano siempre hay uno o dos hombres que le ataquen a uno los nervios. Un monasterio puede ser la puerta del cielo, pero sólo puerta, y los monjes no son ángeles..., al menos por ahora. Por eso, aunque nunca haya incendios, con frecuencia hay calor, pues la fricción tiene la propiedad de engendrarlo. Y lo que con eufemismo solemos llamar «incompatibilidades humanas», no son, en realidad, más que fricciones.

Un día, el Hermano Joaquín fue enviado a trabajar con un pequeño grupo a un campo situado a un cuarto de milla del monasterio. El jefe del grupo era un religioso de coro en el que Joaquín no encontraba nada especialmente atractivo. Además, aquel día estaba cansado. ¿Os habéis dado cuenta alguna vez de lo ofensivos o inofensivos que podemos volvernos cuando estamos cansados? ¿Os habéis percatado también de que cuando alguien nos da un pisotón parece que se las arregla para hacerlo en el callo que más nos duele? ¿Os habéis percatado de que cuando estamos más cansados, lo que se dice rendidos, la gente tiene la inoportunidad de pedirnos hacer la tarea más difícil y agotadora? El Hermano Joaquín no se dio cuenta de todas estas cosas precisamente aquella tarde, y su sangre entró en ebullición. El inofensivo religioso se convirtió de pronto para Joaquín en sumamente ofensivo. La sencilla seña que le hizo y que significaba «Trabaje aquí», representaba un mundo de cosas desagradables para el Hermano. Pasó al tajo señalado, pero sus ojos despedían chispas, porque el fuego meridional había vuelto a encenderse.

La temperatura de Joaquín subía por momentos. Cualquiera que conociera su naturaleza volcánica hubiese podido observar que, aun cuando la erupción no había comenzado, el cráter

empezaba a humear. Mientras trabajaba examinaba la situación, y la bilis, lanzando oleadas venenosas por su cuerpo, al llegar a sus ojos le hacía ver el mundo entero de un repugnante color amarillento. Precisamente cuando las cosas parecían haber llegado a su colmo y Joaquín estaba convencido de que había sido engañado, insultado y hasta ultrajado; precisamente cuando toda su sensibilidad se retorcía en carne viva, el inofensivo religioso volvió a pisar —en sentido figurado— los dedos más doloridos del Hermano y, naturalmente, ¡encima del callo! En vez de ver el mundo amarillento, Joaquín lo vio rojo. Sin decir una palabra a nadie, sin una sola seña, abandonó con paso airado el lugar del trabajo y a través de los campos y los prados se dirigió al monasterio.

A medida que avanzaba crecía en su interior el imaginado insulto. Antes de llegar a la loma sobre la que se asienta el monasterio, la ofensa había adquirido tales proporciones, que Joaquín decidió tomar una determinación. Aunque era nuevo en la comunidad, tenía que demostrar a aquel joven monje que no era ningún niño. Los fuegos meridionales llameaban; Joaquín era de nuevo John Green Hanning, es decir, el hombre que «ajustaba cuentas» con el más pintado. Entró en la casilla donde se guardaban los aperos, y tomando un bieldo descomunal se dirigió con los ojos inyectados en sangre y la mandíbula encajada con firmeza a la verja de entrada, donde quedó plantado. Los religiosos habrían de pasar por aquella verja a su regreso del trabajo. Joaquín estaba dispuesto a «ajustar las cuentas» a aquel monje, demostrándole cómo los hombres del Sur responden a un insulto y a una ofensa.

Rígido y en pie ante la verja, resultaba en verdad una figura

imponente, con su atuendo monástico medieval, sus fieros ojos ardientes, su boca apretada en gesto duro y empuñando fuertemente con ambas manos y aspecto amenazador el bieldo. En *Il ne passera pas* ([4]) parecía escrito con grandes letras en su rostro. «El espíritu del 76» y «Los hombrecillos de Lexington y Concord» podrían haber sido concebidos tomándole como modelo mientras aguardaba con furiosa impaciencia el regreso de los monjes.

Los minutos pasaban, pero los monjes no venían. La tensión de Joaquín iba en aumento. Pasó un cuarto de hora y los monjes seguían sin aparecer. El tiempo no hacía más que atizar el fuego que ya ardía en su alma, y Joaquín daba vueltas y vueltas sin objeto, como un león enfurecido... Cuando transcurrieron unos veinte minutos, nuestro Hermano se detuvo bruscamente al ver aparecer al portero del convento.

Su aparición sorprendió a Joaquín, pero no tanto como la seña que le hizo indicando a nuestro furioso centinela que el abad deseaba verle al instante. La mandíbula de Joaquín se distendió, y el bieldo se le cayó de las manos. Pero, pasado el primer instante de sorpresa, recuperó su enfurecida personalidad y se dirigió a la celda del abad, expresando con su gesto que también iba a «ajustar las cuentas» al abad.

Y tal vez lo hubiera hecho si el abad hubiera sido otro que Dom Benito Berger, forjador de hombres con su mano de hierro. Gran parte del ardor meridional que le inflamaba se apagó cuando el abad clavó en él una mirada fija, penetrante, inquisitiva, tras la cual le preguntó fríamente qué estaba haciendo a la puerta del convento. Nuestro hermano comenzó a relatar su historia, pero no

[4] En francés en el original. El no pasará.

llegó a terminarla. Dom Benito era un monje harto avezado para necesitar explicaciones. Adivinó cuál era la raíz del mal, y comprendió que ésta se hallaba en el corazón de Joaquín por lo que atajó en seguida sus palabras, tomándola él para decir muchas cosas al Hermano. Muchas cosas muy hondas, de las que Joaquín sólo comprendió entonces las líneas generales.

Salió de la entrevista con el fuego de su cerebro extinguido, al mismo tiempo que vivamente convencido de que había ingresado en un ejército. Ahora era un miembro del «Batallón perdido», un batallón perdido para el mundo y para las costumbres del mundo, perdido para sí y para sus propios intereses, perdido para cosas como el temperamento y el genio, perdido para la vida y el amor, perdido para todo, excepto para Dios. Joaquín llegó a darse cuenta de todo esto porque el abad fue de lo más elocuente. De los tensos labios del anciano abad brotaron frases fuertes e hirientes, que penetraron en el pensamiento del asombrado Hermano lego. La voz que le decía:

—No basta con aprender la Regla. ¡Hay que vivida, obedecerla y ser humilde! Hay que ser un soldado de Cristo. ¡Hay que vivir su Confirmación! ¡Su voluntad tiene que desaparecer! El Único con quien no podrá «ajustar las cuentas» en este convento ¡es Dios!

Hablaba con voz vehemente. Dijo muchas cosas más, que eran solamente perífrasis o ampliaciones de la idea principal. Por último, Dom Benito le preguntó si había comprendido. Joaquín repuso, lacónico:

—Sí, señor.

De haber tenido el buen abad en sus ojos algo parecido a los rayos X, que le permitiera leer el pensamiento de su lego novicio, le

habría sorprendido ver qué era lo que Joaquín había comprendido. Cuando salió de su entrevista con el abad y fue a recoger el bieldo que tan súbitamente abandonara, iba templando de furor. Su furia no era ya con el monje de coro, al que había olvidado. Tampoco con el abad, que acababa de hablarle como ningún hombre lo hiciera hasta entonces. Estaba furioso consigo mismo por haber perdido los estribos. La conversación con el abad se reducía a esto: que él, Joaquín, estaba podrido de orgullo, y que su violento carácter no era sino una exhibición desaforada de ese orgullo. Esto le enfureció más aún, porque era cierto. Pero también había comprendido otra cosa: que ahora formaba parte de un ejército, que era un miembro del «Batallón perdido». Pero si ese batallón estaba perdido, no se debía a falta de jefe. Nuestro Hermano comprendió con la mayor claridad que Dom Benito Berger era un veterano curtido, cuya lengua —dura como un látigo— exigía obediencia perfecta y profunda humildad.

Joaquín no sabía exactamente en qué consistían la perfecta obediencia y la profunda humildad; pero el abad le había hecho comprender que abandonar su puesto en el trabajo, recorrer a zancadas el camino del convento, apoderarse de un bieldo y dedicarse a montar la guardia en la puerta con la determinación de «ajustar una cuenta», eran hechos que nada tenían que ver con la obediencia ni con la humildad. Y asimismo, que las hogueras meridionales debían vigilarse con todo cuidado y administrarse con mucha más hombría.

El Joaquín que volvió a dejar el bieldo en su sitio era un Joaquín más depurado, pero muy distante de la cobardía. Tenía demasiada hombría auténtica para acobardarse. El castigo verbal le dolía en lo profundo del alma, y con su manera característica,

tomó la firme decisión de «desquitarse» con el abad. ¡Ya demostraría a aquel Dom Benito Berger que un americano puede ser un buen monje y que un altivo kentuckyano es capaz de dominarse! Este fue el principio de la *metanoia* de Joaquín, de su verdadera conversión; el comienzo de su purgatorio y de su completa transformación.

De momento, aquello no era una gran cosa. Una resolución tan sólo; pero abría el camino. Habrían de pasar varios años antes de que la *metanoia* fuese completa y el buen abad que impulso a Joaquín a aquella resolución recibiera su recompensa. Pero, al fin, llegaría el día en que Joaquín probara firmemente que un «cowboy» americano puede convertirse en un verdadero contemplativo, y un ardiente meridional en un trapense de pura cepa.

A la mañana siguiente, al despertarse, Joaquín creyó haberse convertido en un hombre totalmente distinto. Creyó que la decisión tomada la víspera marcaba el punto final de sus días borrascosos y de mal carácter. ¡Pobre Joaquín! ¡Si supiera!... Al tornar su resolución creía erróneamente que la resolución era ya la metamorfosis. Pero aún había de aprender que entre la resolución y la realización media un abismo, y que tenía que llegar hasta ese profundo valle que significa la muerte para sí. ¡Pobre Joaquín! Aún le quedaba muchísimo que aprender; pues debemos recordar que, aun siendo un hombre de treinta y seis años, era una criatura de tres o cuatro meses en un mundo en el que todos han de volverse como niños, pero donde muchas veces esta infancia no se alcanza hasta la más proyecta ancianidad.

Antes de que Joaquín llevara a la práctica su decisión, habría de gruñir mucho. Pero tales gruñidos no representaban tanto la evidencia de una lucha de muerte como los quejidos de un parto;

porque la venganza estaba dando a luz, muy lentamente, un santo.

CAPÍTULO IX

«METANOIA».—EL MODELADO DE UN HOMBRE

En un principio pensé titular esta capítulo «Metamorfosos». Pero, como a Shakespeare, no me gusta repetir, y ya he hablado de la metamorfosis que tuvo lugar el 26 de julio. La metamorfosis es un cambio de forma, y cuando John Green Hanning se afeitó la cabeza y se dejó barba, cuando se despojó de sus ropas seglares para vestir la parda estameña de los trapenses, cuando perdió su nombre de John Green y recibió el de Hermano Joaquín María, cambió totalmente de forma. Pero antes de que el Hermano Joaquín María llegue a ser el santo Joaquín María, habrá de tener lugar algo más que una mera variación formal. Habrá de tener lugar una revolución total del modo de pensar, una absoluta revalorización de los valores de la vida, una completa transmutación de los sentidos, intenciones y opiniones; una plena reforma de las ambiciones, los objetivos y las aspiraciones. Habrá de tener lugar una transformación absoluta del alma... La única palabra que para expresar esto existe es la palabra griega *metanoia*.

Lo primero que Cristo pidió a los hombres fue la *metanoia*, y a través de todas sus predicaciones en público, la palabra *metanoia* fue escuchada con frecuencia. Las versiones inglesas traducen

este vocablo por «arrepentimiento» o «penitencia», pero ninguna de las dos palabras expresan completamente el mensaje de Cristo, ni interpretan su verdadero pensamiento. Cristo no pedía la pena y el sufrimiento en sí; no deseaba el sufrimiento del cuerpo, lo que quería y sigue queriendo es que «los hambres se conviertan y vivan». La conversión es la *metanoia*, un profundo cambio operado en el corazón, en la mente y en la voluntad. Cuando Cristo decía: «Mientras no hagáis penitencia, pereceréis», no se refería a la necesidad de atormentar el cuerpo, sino a la necesidad universal

de la *metanoia*..., una transformación completa del alma.

Si la penitencia consistiera en castigos corporales, los flagelantes de Nuevo Méjico serían mejores penitentes que los trapenses de Kentucky, porque los flagelantes se azotan hasta hacer sangrar sus cuerpos, mientras los trapenses sólo hacen sangrar a sus corazones. Los flagelantes toman en sus brazos una cruz de madera, la llevan hasta lo alto de una colina, se atan a ella y de ella penden durante horas, en agonía. Un trapense nunca hará esas cosas ni otras por el estilo. Sin embargo, los trapenses son penitentes cristianos, mientras los flagelantes sufren un engaño, porque la penitencia consiste en la *metanoia* y no en el melodrama. Los trapenses tienen como objetivo la autorrepresión, que conduce a la santidad, y los flagelantes caen en la autoexpresión sádica, que conduce a la locura,

Los trapenses no llevan cilicios ni cinturones de púas aceradas, y muy rara vez emplean su pequeña disciplina, porque los instrumentos de tortura les son prácticamente desconocidos. Nunca hacen algo dramático, o, mejor dicho, melodramático, como construirse una cruz y atarse a ella, pero han de crucificar su espíritu, clavando su alma a la verdadera cruz de la perpetua

negación de sí mismos. Han de desollar totalmente su corazón para arrancar de él muchos de los afectos humanos lícitos y arrojar fuera de sí con energía cuantos resabios del mundo tengan más enraizados en su naturaleza. Han de destruir todas sus escalas de pesos y medidas que valoran las cosas del tiempo con el rasero de las acciones materiales y la orgullosa realización personal. Han de despojarse del sentido de los valores materiales, de ese sentido engañador y engañoso que pone un precio en dólares y centavos a todas las cosas tangibles y que continuamente buscan el provecho y la ganancia. Deben desprender de su ser esos tentáculos de la codicia que continuamente se extienden ávidos de poseer y sujetar. Una vez que se han despojado totalmente de sí, hasta la desnudez integral, ya pueden disponerse a vestirse de Cristo. Esa es la penitencia trapense.

Un trapense hace muchas penitencias externas. Tiene su dieta sencillísima; su cama de tablas con jergón de paja; su trabajo manual y su silencio perpetuo; sus ayunos y sus vigilias...; pero sin *metanoia* todo esto equivaldría a practicar la penitencia sin penitencia; y, en tal caso, ¡la práctica nunca haría a nadie perfecto! La penitencia sin *metanoia* sería sólo una apariencia de piedad sin la sustancia de la piedad, pues no representaría esa negación de sí mismo y esa autorrepresión que conducen a la santidad: más bien sería la autoexpresión egoísta y pecadora y la autocondescendencia que conocemos por sadismo.

El primer propósito de la mayoría de la penitencia trapense es ayudar a la contemplación. Porque si un hombre ha de llegar a ser un gran místico, ha de ser antes un gran asceta; ha de morir para sí, y morir para sí es la única finalidad de la *metanoia*. El «yo» —ese yo asertivo, inclinado al pecado, que fue engendrado en el

Edén cuando Adán complació a una mujer, pero enojó a Dios— nunca muere. No puede ser aniquilado, porque precisamente si ha de ser un buen contemplativo, hay que sostenerle en un estado de coma general. Para mantener a ese «yo» en el coma y conservar su *metanoia*, su transformación completa del alma, el trapense ayuna, vigila y guarda silencio.

Eso cierto que las penitencias del trapense tienen, además, otro propósito más elevado, pero esto solamente viene con el tiempo. Antes de poner la propia vida a las plantas del amado hay que enamorarse. Es por eso por lo que el trapense empieza por encender en su propio corazón los fuegos del sacrificio mediante la contemplación. Antes de arrojarse al ara del sacrificio para la consunción total, antes de convertirse en víctima que se entrega abnegada para que un mundo pecador pueda «convertirse y vivir», ha de ver primero ese mundo a través de los ojos de Dios, ha de tener compasión de él con la misericordia de Dios, y ha de amarle con ese fuego abrasador que arde en el corazón de Dios. Pero para que un ser humano pueda hacerse tan divino, debe efectuar una verdadera *metanoia*.

La *metanoia* es la puerta de la verdadera vida. Al atravesarla, se adquieren nuevas normas —las normas de Dios—. La inteligencia fue creada hambrienta de verdad, pero de la verdad de la eternidad. La voluntad está hambrienta de belleza, pero de la verdadera belleza, del *splendor veritatis*, que solamente puede tenerse y sostenerse en el resplandor de la visión beatífica, en la luz de Aquel que dijo: «Yo soy la verdad.» La memoria se nos da rica en tesoros, porque está repleta de áureas escenas de la vida de Cristo. Con la *metanoia* cambia el hombre, y para que ese cambio se mantenga permanente, el hombre prudente se

enclaustra. No para encerrarse él, sino para dejar fuera al mundo. Ha hallado «el tesoro en el campo», y por eso «vende cuanto posee y compra ese campo». Entre 1885 y 1886, Dom Benito dedicó su atención a efectuar esa *metanoia* en el alma del Hermano Joaquín María.

Consiguió efectuarla, pero sólo después de muchos días, en los que el buen abad llegó a temer sufrir una *paranoia* antes de lograr la *metonoia* del Hermano Joaquín. Porque nuestro novicio tenía muchas ideas propias, y la cosa más difícil de este mundo es convencer a un hombre sin dominio de sí mismo de que necesita dominarse.

El Hermano Joaquín apenas se hallaba en condiciones de trabar conocimiento con el segundo fin de la autoridad trapense. Antes de que un hombre se convierta en cordero para el sacrificio, ha de convertirse en cordero, y en Joaquín había muchas cosas muy distantes de la humildad y la mansedumbre. El abad se propuso enseñarle el ascetismo antes de enseñarle el misticismo, dando con ello pruebas de prudencia. ¿No se enseña a los alumnos la aritmética antes que introducirles en el cálculo? Antes que los logaritmos hay que conocer los decimales. Lo mismo ocurre en la vida espiritual; para volver a renacer hay que morir primero. Y Dom Benito trazó su plan para llevar a cabo esta muerte en el novicio.

Es indudable que no todos aprobarán los métodos del abad. Pero hay que recordar que un hueso roto mal soldado no puede colocarse en su verdadera posición si no se le vuelve a romper. Hay quien dice que esta clase de operaciones es un juego de azar, porque la Naturaleza es a veces sumamente testaruda y parece molestarle la intervención del hombre. Si así ocurre con el cuerpo,

aún ocurre mucho más con el alma. Por tanto, sólo los más hábiles cirujanos de almas, sólo los que se hallen íntimamente unidos a Dios, pueden intentar esta clase de operaciones en las almas: romperlas para volver a soldarlas como es debido. Dom Benito se atrevió a hacerlo y realizó su trabajo con la seguridad y pericia de un maestro.

Un día, nuestro novicio manejaba un gran montón de platos en la cocina, donde se preparaban las comidas de los seglares. Joaquín nunca fue lo que se dice un hombre fuerte, pero sí enérgico, y precisamente aquel día su energía sobrepasaba con mucho a su fuerza. Iba colocando plato sobre plato para trasladarlos al lugar donde se guardaban. La bandeja se escurrió entre sus dedos húmedos y débiles y la torre de platos cayó con estrépito al suelo, haciéndose añicos. Joaquín recogió los pedazos, y, según la Regla de la casa, llevó lo que había roto al reverendo abad.

Dom Benito era un oportunista. Llevaba mucho tiempo en espera de una ocasión como aquélla. Contempló fríamente los fragmentos; luego miró al Hermano con igual frialdad y acabó exclamando glacialmente:

—Es una lástima, Hermano. No cabe duda de que ha sido un accidente. Pero nosotros no tenemos seguro de accidentes. Puede usted escribir a su familia contándole lo ocurrido y pidiéndole que le manden como limosna el coste de lo destrozado.

Joaquín quedó espantado. Miró al abad con ojos relampagueantes de llamaradas meridionales, pero no rompió el silencio. Rápidamente se puso en pie, hizo una inclinación ante el abad y salió presuroso de la habitación. Sentía que la sangre le hervía en las venas. Mientras volaba a través del corredor, una docena de

pensamientos contradictorios luchaban en su cerebro. Eran pensamientos abrasadores y mordientes, raudos como centella, y se le clavaban como puñaladas, haciéndole temblar de ira. ¡El, Joaquín, con su treinta y seis años a cuestas, pedir limosna a su padre! ¡Pedir limosna él, y por unos platos! ¡Decir que había roto unos platos y pedir dinero para pagarlos! ¿Qué se proponía el abad? ¿A esto le llamaban religión? ¿Qué pensaría su familia?

Si Dom Benito hubiera recorrido página por página los anales de todos los monjes y de todos los monasterios desde los días de Antonio, de Benito y de Francisco hasta los de Rancé y la Trappe, no habría podido encontrar una penitencia mejor calculada para hacer doblegar el orgullo del Hermano Joaquín María que aquella frase de «Pida que le envíen como limosna el coste de lo destrozado». ¡Cómo se incrustaron aquellas palabras en el alma de Joaquín! Se la hubieran roto, sin compostura posible, a no ser por lo vengativo que era aquel hombre que siempre «se desquitaba».

Durante horas y horas no hizo más que retorcerse de rabia. Quería ser humilde, sí, pero no estaba dispuesto a convertirse en gusano. Estaba dispuesto a hacer un acto de reparación, aunque en aquel caso no fuera necesario, ya que todo había sido un accidente. Estaba dispuesto a llevar a cabo cualquier acto de penitencia ante la comunidad entera; pero ¿por qué tenía que lavar su ropa sucia ante el mundo entero? ¿A qué hacer gala y presentar ante toda la comarca, burlona y un tanto incrédula, las prácticas piadosas de un monasterio? El, el hombre que había salido de casa para convertirse en héroe, ¿iba a convertirse en el hazmerreír de la parroquia? ¿Qué se proponía el abad?

De pronto, Joaquín se detuvo y exclamó:

— ¡Ah! ¿Con que de eso se trata? Cree que no tengo valor

para hacerlo... ¡Pues ahora le voy a enseñar quién soy!

Y se apresuró a coger pluma y papel para pedir la limosna.

Esto rompió su alma en dos pedazos. Semejante acto de humildad, realizado con el resabiado orgullo de la venganza, produjo distintos efectos sobre distintas personas, pero el mayor de todos lo causó sobre el propio Hermano Joaquín María. Aquél fue el verdadero comienzo de su *metanoia* —el modelado de un hombre de Dios.— Con el transcurso de los años, muchos recuerdos desaparecieron del almacén de la memoria del Hermano Joaquín, pero hubo algo que jamás olvidó: haberse visto obligado a pedir limosna.

Lo más probable es que el abad devolviera el dinero recibido con una nota llena de buen humor más bien que una carta sentenciosa, y que ambos padres, tanto el natural como el espiritual de aquel niño grande, se rieran de buena gana a costa de su hijo. ¡Ya lo creo que fue a su costa! Nadie más que Dios y Joaquín saben hasta qué punto fue a su costa. Pero fue un dinero bien empleado, como los años probaron más tarde.

Según las leyes físicas, para que la corriente eléctrica pueda fluir, el polo negativo de una pila ha de engancharse en el positivo de otra. En efecto, para que exista una pila es preciso que haya un ánodo y un cátodo. Lo mismo ocurre con el imán y el magnetismo; el polo positivo y el negativo entran en juego. Y en la vida humana, especialmente en la vida espiritual, ocurre como en la física: lo positivo y lo negativo han de equilibrarse y asociarse para que puedan existir las energías dinámicas o las almas magnéticas.

Para electrificar a una persona con energías espirituales es necesario que se hallen presentes el ánodo y el cátodo. Los hombres espiritualmente dinámicos sólo se producen cuando los

terminales positivos y negativos del sufrimiento y la alegría, de la negra prueba y del triunfo risueño, del fracaso y del éxito, están asociados de tal forma, que el alma es siempre fluida. Dios opera de esta forma en la Naturaleza, e igualmente en la supernaturaleza. La rosa se marchita por un exceso de sol, y por un exceso de lluvia se pudre. Lo mismo le ocurre al alma. Necesita la contracción, porque es orgullosa; necesita la expansión, porque ama. Precisa de la desolación, porque es ambiciosa, acaparadora y mezquina; necesita del consuelo, porque todavía no es divina. Y Dios proporciona ambas cosas. La Naturaleza necesita su equilibrio, su sol y su lluvia; lo mismo necesita la supernaturaleza.

Tales son las verdades que un padre espiritual ha de tener siempre presentes. Tiene que recordar que en el alma de cada hombre dormitan un pecador y un santo. Su labor consiste en paralizar al pecador y dar energía al santo. Pero nunca conseguirá ninguna de ambas cosas si no conecta el polo negativo —el castigo — con el positivo del ánimo. Si utiliza el látigo, ha de utilizar también la recompensa. Para convertir a un hombre en un hombre de Dios, se requiere un bocado, un bocado duro y amargo, hiriente como la espuela. Dom Benito era un padre espiritual prudente y sabio. Primero mostró a Joaquín las realidades que prevalecían en su alma; luego iluminó las posibilidades que en ella dormitaban al felicitarle por su heroico acto de humildad, recomendándole encauzar las fuertes corrientes de determinación que barrían su alma, a fin de hacerlas discurrir hacia Dios.

El abad era hombre de experiencia. Sabía que el sentido del deber puede producir un soldado, pero nunca un santo; porque el deber se cumple como un servicio y la santidad es amor. Como el abad no tenía necesidad alguna de soldados, se dedicó a la tarea

de llegar a inflamar la diminuta chispa del amor a Dios que dormita en el alma de cada hombre. La dificultad estriba en que Dios es tan íntimo en nosotros, que nos resulta desconocido. El hombre no conoce a Dios. Dios está dentro y fuera de él, Dios está en todas partes a su alrededor. El hombre está empapado y saturado de Dios. En toda verdad, puede decirse que «el hombre se mueve y tiene su ser» en Dios, y, sin embargo, no le conoce. El Dios omnipresente está ausente para la mayoría de los hombres; el Dios personal resulta impersonal, y el más amante de los Padres vive sin ser amado, porque el hombre nunca parece llegar a darse cuenta de la verdad de que Dios es su Dios.

Hay hombres que durante toda su vida utilizan palabras que para ellos no representan ninguna verdad objetiva. Rezan más por instinto que por inteligencia, y así su oración es ceremoniosa y fría. Dios está borroso v lejano, como habitante de un mundo aparte; como un ser que habita en algún lugar remotísimo, más allá de las lejanas estrellas y los ciclos inconmensurables. Olvidan que Dios se convirtió en Niño, que envolvió su Ser Infinito en carne, para que pudiéramos aprender el secreto de la vida y el amor. Estos hombres parecen no darse cuenta de que Dios se encarnó para que nosotros pudiéramos encarnar nuestras ideas de Dios. Mientras no las encarnen convirtiendo a Dios en algo personal para ellos, no dejarán de ser hombres mediocres y fríos adoradores.

El amor exige una sangre ardiente, y sólo un amor personal y apasionado por Jesucristo puede hacer santo al hombre. El amor es el cuerpo; el alma, toda la sustancia de la santidad. Los simplemente cariñosos pueden vivir por Dios, pero sólo el verdadero amante esta alegremente dispuesto a morir por Él. Por eso es por lo que las almas flemáticas jamás alcanzarán la

santidad, pues la santidad exige pasión, osadía y fuego. Pero, ¿cómo encender y alimentar ese fuego? ¿Cómo elevar al hombre egoísta y calculador hasta el frenesí de la temeridad? ¿Cómo despertar en el hombre la loca pasión del más ardiente amor? Estas son las dudas que preocupan al director de almas, y fueron las que preocuparon a Dom Benito mientras se dedicaba a la tarea de hacer que el Hermano Joaquín María se convenciera de que el Dios todopoderoso sentía por él un amor infinito, eterno, personal, apasionado y absorbente.

Dom Benito sabía que si no conseguía que el Dios eternamente vivo viviese para Joaquín, tendría a un hombre más viviendo en el monasterio, trabajando en la granja del monasterio, asistiendo a los ejercicios del monasterio y cumpliendo cada una de las normas prescritas en las Reglas del monasterio, pero no tendría un monje trapense. Sus largos años de servicio habían demostrado al abad que mientras la Realidad-total, que es Dios, no pierda su tremenda irrealidad en la mente del hombre, las prácticas piadosas, por muy devotamente que se realicen, no llegan a producir la verdadera santidad.

Al descubrir el fuego, la temeridad y la pasión en el alma de aquel meridional, sabía que si conseguía hacer a Dios personal —aunque sólo fuera por una vez— para Joaquín, América tendría lo que tanto necesitaba y ansiaba: un santo verdaderamente americano. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo conseguir que la afirmación de «Dios te ama» perdiera rigidez y palpitase con su conmovedora verdad?

¿Cómo conseguir que Joaquín acertara a comprender que Cristo vivió y murió «precisamente» por él? ¿Cómo convencerle de que el Dios Infinito estaba pendiente de las idas y venidas de

Joaquín, de sus vigilias, de sus entradas y de sus salidas? ¿Cómo inculcarle que el Rey de la Creación era un mendigo que solicitaba el cálido afecto y el amor viril del novicio Joaquín María?

Joaquín había escuchado estas cosas antes de ahora, aunque para él, lo mismo que para la mayoría de nosotros, no llegaron a pasar de ser verdades oídas, pero no asimiladas... Habían golpeado el tímpano del oído, habían sido registradas en el cerebro, almacenadas en la memoria, pero nunca se infundieron en su sangre ni se adentraron en su alma. Se quedaron en afirmaciones estáticas sin llegar a convertirse en hechos dinámicos.

Dom Benito sabía que si llegaba a conseguir vencer las parálisis de su pulso con una llamada personal, Joaquín dejaría de ser casi bueno para convertirse en verdaderamente grande. Y así empezó poco a poco, proporcionando a Joaquín un acertijo más bien que una revelación. Vino a decirle que la vida trapense no es algo, sino Alguien, y con la sabiduría de los verdaderamente sabios, el abad, una vez que dejó caer esta semilla, esperó a que germinase. Pasarían años antes de que Joaquín comprendiera totalmente esta verdad, pero el abad estaba satisfecho. Sabía que el roble que se mece en el corazón de la bellota sólo llega a ser gigante a fuerza de años.

El abad era parco en palabras, y dio a Joaquín una idea sin más elaboración, explicación o ampliación. Sabía que si Joaquín llegaba a asimilada alguna vez, la idea florecería en un ideal, y éste, a su vez, llegaría a convertirse en una agonía y un regalo al rasgar su alma con las torturas y los raptos del amor. Sólo cuando Joaquín llegara a penetrarse de que la vida trapense no es una penitencia, sino el apasionado abandono del amor; sólo cuando

llegara al punto en que cada uno de sus pasos encajara por completo en las huellas del hombre que recorrió las colinas de Judea; sólo cuando hasta la misma respiración de Joaquín fuese por Jesús, en Jesús y a través de Jesús, Joaquín sería el trapense que Dom Benito deseaba y planeaba que fuese, cuando le dijo: «La vida en Gethsemaní no es algo, es Alguien».

Pero el buen abad no iba a dejar a Joaquín a solas con el enigma. No hubiera sido buena pedagogía, sino crueldad. Así, pues, proporcionó al novicio dos prácticas que, por último, lo resolvieron convirtiendo la adivinanza en una revelación. Estas dos prácticas fueron el Rosario y el Vía Crucis. Ambas se convirtieron en los dos polos positivos conectados con los negativos de la mortificación y la humillación. Los negativos paralizaron al pecador; los positivos dieron energía al santo, y la asociación de ambos produjo la perfecta *metanoia* de Joaquín.



CAPÍTULO X

LAS PROFUNDIDADES DE UN CORAZÓN

Tal vez alguien se sorprenda de que el abad de una Orden contemplativa aconsejara a un Hermano que aspiraba a ser contemplativo prácticas tan vulgares como el Rosario y el Vía Crucis. Todos los católicos rezan el Rosario y el Vía Crucis. Algunos no consienten que se ponga el sol sin haber realizado ambas prácticas, y, sin embargo, no se consideran contemplativos ni se les pasa por la imaginación la idea de hacerse trapenses. Entonces, ¿cómo explicar que Dom Benito Berger propusiera las prácticas corrientes de piedad a un hombre que aspiraba a ser contemplativo? ¿Estaba equivocado?

De ninguna manera. Los equivocados somos nosotros, porque en el momento en que oímos hablar de «contemplación», pensamos en San Juan de la Cruz, en Santa Teresa de Jesús y en San Francisco de Sales, olvidando que hay contemplaciones y contemplaciones. Hemos llegado a asociar la palabra con la forma más alta de oración mística, por pensar solamente en esos dones de Dios que no pueden adquirirse por mucho y muy sinceramente que luchemos por conseguirlos, y olvidando lo que está dentro de las posibilidades de cualquier hombre. Un trapense es un hombre y nada más que un hombre; por tanto, aspira a la contemplación

activa, no a la pasiva. La contemplación activa está dentro de los límites del hombre; la pasiva sólo depende de la liberalidad de Dios. Las visiones, los éxtasis, los raptos, las revelaciones y los estigmas no son el objeto de la lucha de los trapenses; su objeto es la unión más íntima y estrecha, de corazón a corazón, con Dios. El trapense no busca los dones extraordinarios de Dios, a quien ve, no a la luz de la visión, sino a través de prácticas tan vulgares como el Rosario bien dicho y el Vía Crucis bien hecho. Así que Dom Benito escogió los medios más eficaces posibles para hacer un contemplativo, un contemplativo activo de un ex vaquero.

El abad no quería un monje extático, sino un hombre de oración, y el único procedimiento de hacerse un hombre de oración es orar. Joaquín, absorto en el éxtasis, habría resultado de muy escaso provecho en una granja. Si todos los Hermanos legos trapenses se volvieran visionarios, es muy probable que no vieran la realidad de las vacas, las ovejas, las mulas y los cerdos, los maizales necesitados de cultivo, las numerosas cepas que habían de ser fumigadas.

No sé si sabréis que la comunidad trapense se mantiene por sus propios medios, y si sus miembros se volviesen místicos en la verdadera acepción de la palabra, la comunidad no tardaría en arruinarse. Desde luego, no hay duda de que un granjero contemplativo supondría la ruina de sus tierras, porque, ¿cómo podría un hombre arar un campo, y ararlo bien, mientras estuviera fuera de sí, elevado al tercer cielo? Las mulas, con frecuencia, se niegan a obedecer al hombre, ¿qué no ocurriría con un místico? No; la contemplación pasiva no es ni puede ser el objeto ni la ambición del lego trapense; su objeto es la contemplación activa, y Joaquín fue encaminado hacia dicha meta por un experto guía que

le dio como brújula el Rosario y el Vía Crucis.

Dom Benito conocía la vida trapense y la razón humana, y por eso, para hacer un hombre extraordinario, le proponía prácticas ordinarias. Sabía que el mayor pecado del hombre es uno de omisión y no de comisión. Sabía que el hombre confiesa humildemente sus muchas faltas y fracasos; que se acusa con sinceridad y dolor de haber violado este precepto y aquel mandamiento; pero también sabía que los hombres se acusan rara vez del pecado que cometen con mayor frecuencia, y que causa el mayor dolor al corazón de Dios: el pecado de «no amar». Trataba de conseguir que Joaquín no incurriera en ese pecado, y para ello le dio dos Personas a quienes amar: Jesús, el Hombre-Dios, y la Virgen María, su Madre.

El abad siguió el prudente método de la insinuación y el rodeo. No quería sentimentalismo, sensiblería ni hipocresía. Por eso mandó a Joaquín pasar y repasar las cuentas del rosario y recorrer las estaciones, sabiendo que si aquella pólvora meridional seguía fielmente ambas prácticas y las hacía dedicándoles todos sus pensamientos, llegaría algún día a convertirse en un hombre de oración, en un verdadero contemplativo, en un auténtico trapense, en un amante apasionado de Jesucristo y de María, su Madre. Ambos eran demasiado viriles para cualquier cosa que no fuese la verdadera religión, y por ello Dom Benito le proporcionó a Dios a través de sus sentidos, de su inteligencia y de su voluntad varoniles.

El abad había visto que Joaquín tenía un gran corazón, pero también que era menester ahondarlo, dragarlo y secarlo antes de que pudiera llegar a amar a Dios de la forma que un Hermano trapense debe amarlo. Sabía que se lo había desgarrado una vez

al ordenarle pedir una limosna; sabía que habría de desgarrarlo otras muchas antes de que se vaciara por completo de Joaquín y se llenara de Jesucristo. Desde luego, Joaquín era hombre de carácter vivísimo, como sabían harto bien las mulas, los monjes y los maestros. Pero Dom Benito recordaba lo que aquéllos no tenían en cuenta: que el mal carácter suele hacer buenos santos. Por eso, aunque algunos miembros de la comunidad se sentían molestos por el temperamento tempestuoso de Joaquín, el abad se regocijaba cada vez que le veía «echar chispas», convencido de que si podía llegar a apagarlas, tendría en el monasterio un Hermano lego verdaderamente amante de su Dios, y no un hombre vulgar viviendo con el hábito de un Hermano lego.

Joaquín era testarudo, y a Dom Benito le agradaba que lo fuese, porque la testarudez puede llegar a ser virtud y convertirse en verdadera fortaleza. Joaquín era violento, y Dom Benito lo consideraba un bien, porque la violencia pueda trocarse con facilidad en celo. Joaquín estaba lleno de ímpetu, y Dom Benito sabía que eso supone una gran bendición para quien se lanza a abrazar a Dios. El abad veía, pues, en Joaquín un excelente material para crear un contemplativo activo, pero un material que necesitaba unos dedos pacientes y hábiles que lo modelaran, cosa que se dispuso a realizar. Dom Benito estaba dispuesto a transformar aquella furia vengativa en una virtud; aquel genio ardoroso, en una determinación fija; aquella hoguera devoradora, en un horno graduable, y a avivar la llama que ardía en el corazón de Joaquín hasta darle las proporciones de una furia.

La cocina donde se preparaban las comidas de los seglares solía aparecerse a nuestro buen Hermano como una especie de diosa vengativa. Allí había roto los platos que le condujeron a la

primera rotura de su corazón, y allí le ocurrió algo después otro percance. Un día se le ordenó asar a fuego lento unos recortes de carne. Joaquín obedeció tan al pie de la letra, que los estuvo asando tres o cuatro días. Pero no fue por un sentido de estricta obediencia, sino por una jugarreta de su mala memoria. Joaquín se olvidó por completo de la carne, porque el horno, aun en lo que se llama «la cocina secular» de un monasterio trapense, se utiliza muy escasas veces. Pero aquella carne hubo de convertirse en algo que Joaquín jamás olvidaría. Una vez más tuvo que acudir al abad con lo que había estropeado. Lo que presentó ante los ojos de Dom Benito era un plato negro, requemado, de aspecto repugnante. Al arrodillarse ante su abad sosteniendo una gran sartén que contenía algo parecido a un carbón grasiento, Joaquín era la estampa misma de la humildad, o, por lo menos, de la humillación.

— ¿Qué es esto? —preguntó, secamente, el abad.

—Carne—respondió Joaquín, con el mismo laconismo.

—.No lo parece—gruñó el abad.

—Se ha quemado —gruñó Joaquín.

—Pues cómasela usted —aulló el abad.

Joaquín guardó silencio. Levantó los ojos al abad, después los bajó a la carne y volvió a mirar al abad. Después de un momento se puso en pie, se inclinó ante el abad, y, mascullando un «Sí, reverendo Padre», abandonó la estancia.

Agarrando la sartén con ambas manos, Joaquín salió corriendo por el corredor con el estribillo de «Cómasela usted», «Cómasela usted», «Cómasela usted» en los oídos. Cuando llegó a la cocina, soltó la sartén encima de la mesa, y, cogiendo un trocito de la carne carbonizada, se dijo: «Que me coma esto, ¿eh?...» Pero en el momento en que iba a estallar su cólera, se

detuvo, puso el trozo de carne en su sitio y murmuró: «¿Con que eso es lo que quiere? Se figura que no soy capaz de hacerlo...» Y con su acostumbrada energía, exclamó: «¡Pues ya va a ver quién soy yo!»

Y el vengativo Joaquín se las arregló para que todos los días le sirvieran un pedazo de carne achicharrada en el refectorio.

No sé cómo se las arregló, ni probablemente lo supo él tampoco. Lo único que puedo decir es que el acabar con aquella porquería le costó seis meses, pero se la comió hasta la última partícula. ¿Cuál fue el resultado de su acción? ¡Que su corazón se hizo más profundo!

Voy a explicarme. Una resolución tomada en el calor del resentimiento no dura seis meses en un hombre. La orgullosa determinación de Joaquín se desvaneció después de unos días de comer aquel carbón terroso. Pero luego hubo de enfrentarse con la cuestión práctica de si aquello lo hacía por humildad o por despecho. Los negros carbones no crujían entre los dientes del abad; así que aquella venganza se volvía contra él mismo —y aquí entra el proceso de profundización—, a menos que Joaquín encontrara otro motivo para estropear cada una de sus comidas con aquellos carbones repugnantes. Durante seis meses se preguntó a sí mismo con frecuencia: «¿No estoy cometiendo una locura o una estupidez?» Tal pregunta no era meramente retórica: exigía una respuesta. Después de mucho pensarlo, Joaquín se la dio. Finalmente, fue capaz de decir: «No, esto no es una locura ni una estupidez. En realidad, no me estoy desquitando del abad. Le obedezco, y obedecer es una virtud. Pero no obedezco a un hombre, a un abad, a Dom Benito Berger; obedezco a Dios». Una vez dicho esto, Joaquín fue capaz de tomar otro bocado de su

famoso e inolvidable «asado a fuego lento».

Joaquín empezaba a estar consciente de Dios. Se hallaba, pues, al comienzo del proceso que finalmente habría de conducirle a la solución del enigma propuesto por el abad. Cada vez pensaba más en Cristo, y esto le llevaría un día a convencerse de que la vida trapense no es algo, sino Alguien. Aquellas penitencias eran medicinales, no solamente en el estricto sentido técnico. Hacían pensar a nuestro Hermano, y, en unión del Vía Crucis y el Rosario, ahondaban en su mente y en su corazón. Cuanto más le purgaban, más le acercaban a Jesús y a María, y hacían más profundo su corazón.

Sin embargo, nadie llega a la santidad en un proyectil-cohete. Aunque seis meses a dieta de carne carbonizada puedan parecer interminables, Joaquín no se elevó en ellos a las alturas que más tarde habría de alcanzar. La subida a la santidad nunca ha sido y nunca será una ascensión directa; porque el hombre es hombre y, por tanto, antes de alcanzar las alturas cae y vuelve a caer una y muchas veces. Y Joaquín cayó. Y cayó con frecuencia, demostrando con sus caídas que era un hombre; pero se levantó y volvió a empezar, demostrando también que era un monje. Reconocía que era un «fierabrás»[5], y aun cuando podía defender subjetivamente muchos de sus arrebatos, sabía asimismo que, objetivamente, había de tener más paciencia si quería aumentar su «parecido con Cristo».

La situación era ésta: Físicamente, Joaquín no era un hombre alto, ni lo que podríamos decir un hombre fuerte; pero sí un buen

[5] Fierabrás: personaje de ficción que figura en varios cantares de gesta francesa. Caballero sarraceno de gigantesca estatura, héroe pagano de grandísima fuerza y magnánimo corazón muy diestro en el manejo de las armas.

trabajador, enérgico, ordenado y eficiente. Se veía obligado a trabajar junto a hombres que nunca serían ordenados, otros que nunca harían nada con energía, y otros que nunca serían eficientes. Todo esto resultaba irritante. Joaquín no se encolerizaba por encolerizarse. Tenía sus motivos, bastantes motivos, y la mayoría de esos motivos tenían dos piernas y vestían hábito pardo. No existe un efecto sin causa, ni una explosión sin ignición. Una chispa de cualquier clase ha de alcanzar la dinamita para hacerla estallar, y la torpeza du unos, la lentitud de otros y la ineficiencia de los demás, eran las chispas que hacían saltar nuestro paquete de dinamita del viejo Kentucky. Era impaciente, muy impaciente, y él lo sabía. Descubrir que lo demostraba a diario le hacía impacientarse aún más, porque se percataba del defecto de su carácter y luchaba por vencerlo. En medio estaba produciendo sus efectos.

No se puede permanecer a la intemperie bajo la lluvia sin mojarse ni pasar horas al sol sin tostarse. Tampoco se puede vivir mucho tiempo en una comunidad de hombres tranquilos, pacientes, disciplinados, sin darse cuenta de la propia impaciencia, de la propia intranquilidad y de la falta de disciplina. Pero existía otra presencia que afectaba más todavía a Joaquín. Con frecuencia se hallaba en la presencia sacramental, y vivía consciente de la omnipresencia de Dios. La conciencia de Dios y el contacto constante con los hombres de Dios le hacían más amable. Y aunque con frecuencia resbalaba, ¡lo que verdaderamente contaba era el levantarse!

Hacia 1888 Joaquín se sentía feliz, porque haciendo esfuerzos continuos creía que sus progresos eran también continuos. Llevaba semanas sin ninguna erupción abierta. Mentalmente, se daba palmaditas de satisfacción en la espalda y

se pavoneaba metafóricamente de su victoria, cuando un día el abad le mandó llamar. Dom Benito había sufrido un ataque de apoplejía, y a excepción del brazo derecho, se hallaba paralítico. Aquel día llamó a Joaquín y le pidió que le afeitara. Joaquín aceptó de buena gana y comenzó a rasurar al abad con el espíritu tranquilo, pues sabía que llevaba varias semanas sin manifestar la menor impaciencia.

Aquella mañana, Dom Benito quería algo más que un afeitado. Quería charlar con Joaquín, y aunque estaba impedido, quería expurgar un poco. Conocía al Hermano Joaquín mejor de lo que él se conocía. Sabía que se sentía orgulloso de su paciencia recién adquirida, así que decidió pinchar el bonito globo que nuestro Hermano se había fabricado, haciéndolo estallar ante sus propios ojos.

—Hermano —dijo el abad, mientras Joaquín suavizaba el filo de la navaja preparándose para empezar—. Tiene usted que mejorar.

Joaquín casi cortó la correa. Quedó sorprendido, pero como había adquirido algo de prudencia y de saber, guardó silencio. Se acercó al abad muy tranquilo, le puso la mano en la sien y comenzó el afeitado.

—Sí —prosiguió Dom Benito—. Tiene usted que mejorar mucho.

A cada golpe de navaja, el abad iba señalando alguna falta a nuestro pobre Hermano, que imaginaba haber realizado tan maravillosos progresos.

—Es orgulloso. ¿Cuándo va a aprender la humildad? Cada manifestación de su desagradable carácter no es más que una manifestación de su orgullo, más desagradable aún.

Joaquín apretó la mandíbula. Cada frase del abad era una puñalada en su alma sensible. Antes de haberle hecho la mitad del afeitado, su cerebro galopaba y el corazón le latía con violencia. Interiormente comenzaba a rebelarse. Pensó que todo aquello era injusto. El abad no sólo era injusto, sino poco razonable y faltaba a la verdad. Joaquín no merecía lo que le decía. Llevaba ya varios meses refrenando su genio con mano dura. Nadie había podido ver la menor señal de impaciencia suya durante semanas. Y, sin embargo, el abad siguió y siguió hablando. Sus acusaciones apenas eran otra cosa que brillantes generalidades, y Joaquín no tardó en reconocerlas como tales. A cualquier hombre puede llamársele «orgulloso», porque todo hombre es orgulloso. «Aprenda humildad», se le puede gritar a cualquier monje, porque todo hijo de Adán necesita lecciones continuas de esta virtud.

Terminó de afeitar el lado izquierdo y cambió de postura para empezar el derecho. Si Dom Benito le hubiera observado atentamente, habría visto, por la tensión de cada movimiento de Joaquín, que el Hermano estaba hirviendo, y sólo se contenía por un poderoso esfuerzo de la voluntad. Pero Dom Benito no le miraba fijamente, por lo que prosiguió su implacable proceso de expurgo y poda.

Joaquín le iba afeitando con mano segura, y casi había terminado su tarea cuando el abad, para subrayar una frase, levantó la única mano que podio mover y agitó un dedo acusador ante la misma nariz de Joaquín. Tal vez Joaquín hubiera resistido esto también, si el dedo del abad no llega a tropezar con su mandíbula resuelta. Este movimiento del dedo fue la chispa que hizo estallar a nuestro Hermano. La corriente eléctrica que zigzagueaba desde el corazón de Joaquín hasta los ojos del abad,

brilló como un relámpago. Joaquín levantó la navaja y la blandió ante los ojos atónitos del abad, exclamando con voz mate, pero furibunda:

— ¡Baje esa mano!... ¡Baje esa mano!

El abad la bajó.

—Si mueve usted siquiera una pestaña —prosiguió—, le degüello de oreja a oreja.

Dom Benito, lleno de temor, no apartaba los ojos del rostro del hombre que siempre «se desquitaba».

Joaquín permaneció un momento en aquella actitud amenazadora. Luego, con un frote de toalla que era casi una bofetada, secó el poquito jabón que quedaba en la cara del abad, y cerrando de golpe la navaja, salió bruscamente de la habitación.

Cuando sonó un fortísimo portazo tras la figura de Joaquín, Dom Benito exhaló el aliento que estaba conteniendo desde que recibió la orden conminatoria de «¡Baje esa mano!» y vio brillar junto a sus ojos el frío acero de una navaja bien afilada. Con frecuencia había visto a Joaquín furioso, pero nunca con aquella ira fría y mortal de un loco asesino.

Durante más de media hora, el abad permaneció a solas con sus pensamientos. En ese tiempo recobró el resuello y el equilibrio. Rememoró todo lo ocurrido desde su primera frase de «Hermano, tendrá que hacerlo mejor», hasta el portazo del encolerizado Joaquín, y acabó por sonreír para sus adentros y admitir que había ido demasiado lejos, y que en lugar de expurgar había perforado.

Transcurridos tres cuartos de hora sonó una llamada en la puerta; no una llamada atrevida y autoritaria, sino más bien tímida y sumisa. Mandó entrar, y se quedó sorprendido al ver que el

visitante era nuestro Hermano Joaquín María. Entró, se arrodilló y, al mirar al abad, sus ojos se humedecieron, y dijo entre sollozos:

—Reverendo Padre, estoy apenado y avergonzado. Mi genio, mi orgullo, mi sangre ardiente se apoderaron de mí. Lo siento sinceramente. Perdóneme e impóngame una penitencia.

Entonces Dom Benito sonrió y repuso:

—Le perdono, Hermano; y como penitencia, vaya a comulgar mañana por la mañana.

A la mañana siguiente Joaquín recibió la sagrada Comunión y repitió a su Dios que estaba avergonzado de sí mismo e intrigado con aquel abad que, por toda penitencia, le había concedido un privilegio tan maravilloso. No se daba cuenta de que todo aquel curioso proceso se debía al propio Dios más que a Dom Benito. Joaquín no comprendía que cuanto le ocurría a su corazón cada vez que caía en la impaciencia y se levantaba en el arrepentimiento, cada vez que lo desgarraba el abad y lo consolaba la Comunión, cada vez que lo afligían las oleadas coléricas de su carácter y, más aún, las humillaciones de su superior, significaba que Dios lo estaba ahondando, dragando y secando.

Como hace con tanta frecuencia, Dios actuaba por medio de paradojas. Para hacer a Joaquín manso y humilde le permitía mostrarse violento y vengativo. Para humillarle, le permitía ser orgulloso. Para traerle a la virtud de la penitencia, le permitía el vicio de la impaciencia. Joaquín sólo lloró, francamente, una vez durante aquellos años, después de amenazar al abad con la navaja de afeitar, pero interiormente lo hacía con frecuencia. Después de cada una de sus violentas explosiones se sentía invadido de tristeza y asco de sí mismo; pero esta tristeza y ese asco sólo servían para enfurecerle más y hacer de él una víctima propicia

para el ataque siguiente. Joaquín sufrió verdaderas torturas aquellos primeros años; pero acabó por comprender que confiar en sus propias fuerzas como si se tratara de otro Sansón, equivalía a apoyarse en una caña rota, y lo que él llamaba fuerza de voluntad era sólo debilidad. Si, era un sistema cruel, pero seguro.

En 1890 Dios empleó otro método de ataque. Para dragar aún más profundamente el corazón de Joaquín, utilizó la muerte. El 26 de enero se llevó a John Hanning padre a su verdadero hogar. Murió en Gethsemaní en calidad de «hermano familiar», es decir, el que vive en la abadía, trabaja en lo que puede en el monasterio y, a excepción de los hábitos y los votos, es prácticamente un miembro de la comunidad. John Hanning padre fue enterrado en la abadía de Gethsemaní, y su hijo tuvo el dolor y la satisfacción de ver que volvía a la tierra como uno de sus Hermanos de Religión: con los trapenses de hábito blanco cantando y con los trapenses de hábito pardo rezando, mientras el féretro descendía a un sepulcro trapense.

En pie, junto a la sencilla cruz que señalaba la tumba de su padre, el Hermano Joaquín vio, con la claridad de una visión, que «sólo una cosa es necesaria». Lo que más claramente le daba la conciencia de Dios era aquel montón de tierra que ocultaba el montón de barro que fuera su padre. Con frecuencia se dirigía a aquel lugar a orar y a pensar en la vida a la vista de la muerte. Repasar mentalmente la dilatada existencia de su padre le proporcionó un mayor significado al resto de sus días...

La vida de su padre había sido larga e interesante. A los cinco años de edad vino a América desde Irlanda traído por sus dos hermanastros. Según la costumbre de la época, éstos le colocaron en casa de un sastre en Nueva York y se marcharon a aquella otra

fortaleza irlandesa que era entonces Filadelfia. El joven John vivió con el sastre durante ocho años, y conforme crecía y se desarrollaba aumentaron sus conocimientos del oficio. A los trece años consideró que había terminado su aprendizaje y se dirigió a Filadelfia para reunirse con sus hermanos. Durante una breve temporada vivieron los tres juntos; pero por algún motivo desconocido, el joven John no tardó en decidir vivir por su cuenta. Sus hermanastros le animaron a tomar esta decisión y le dejaron marchar con sus mejores deseos y diez dólares de capital que le entregaron. John se propuso cumplir aquellos buenos deseos, pero antes de haber abandonado los límites de aquella ciudad de amor fraternal, un ratero le había aligerado del peso de los dólares.

A juzgar por las cosas que contara, durante su vida rodó de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, trabajando siempre de sastre. Yendo del Sur al Oeste, pasó algún tiempo en Cincinnati, Ohio y Louisville, en Kentucky. Desde esta última ciudad se dirigió a Lebanon, Kentucky, donde abrió una tiendecita propia.

En Lebanon le fueron bien las cosas. Consiguió una educación, un capitalito y una esposa. Los estudiantes del colegio de Santa María acudían a su tienda, y él, cuando podía, acudía al colegio. Estos cursos esporádicos de estudios, aunados a un voraz apetito de lectura, hicieron del inmigrante irlandés un joven bien educado. Asistiendo a Santa María, conoció a Mary Jane Hagan, la encantadora hija de un acomodado labrador. Este conocimiento culminó, en 1840, en el matrimonio.

Durante los diecisiete años siguientes, John y Mary vivieron y prosperaron en Lebanon. Seis de sus nueve hijos nacieron allí, y, según todas las apariencias, el matrimonio Hanning pasaría en Lebanon hasta el fin de sus días. Pero para el gusto de Jane, John

tenía un corazón demasiado grande y demasiadas amistades en Lebanon y sus alrededores. Era el individuo de buena voluntad que salía fiador de cualquiera que se hallase en un apuro. Muchas de esas fianzas le costaron el dinero, y aunque Jane creía en la caridad cristiana, sabía que la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Así, en 1857, convenció a John para trasladarse a Owensboro, comprar allí unas tierras y dedicarse a la labranza. Y en los mil acres de tierra que compró explotó con buen éxito una plantación de tabaco durante doce largos años. Pero nada atrae al éxito como el éxito mismo, y John Hanning construyó una destilería en 1869 y se dedicó a la producción del famoso John Hanning Whisky, que no sólo le dio fama, sino dinero.

En 1880, cuando tenía setenta y cinco años y acababa de salir fiador de un compañero de negocios por valor de cuarenta mil dólares —Mary Jane habla logrado cambiar la residencia de su marido, pero no su corazón—, su destilería fue pasto de las llamas. A pesar de su avanzada edad podría haberla reconstruido, pero hubo de pagar inmediatamente la deuda de cuarenta mil dólares de la que se había hecho acreedor. La hizo efectiva, vendió el nombre del whisky a una Sociedad y se retiró de los negocios.

En 1882 murió su mujer. En 1885, John Green abandonó la casa por el claustro trapense, y en 1886 su hija más pequeña, Sarah Corina, se casó. En 1888, Mary Catherine, la única hija que quedaba soltera, se convirtió en la señora de Houg B. Campbell. Henry, el benjamín, tenía ya veintisiete años, y John Hanning padre se sintió libre. En 1889, a pesar de haber cumplido los ochenta v cinco años, se retiró a la abadía de Nuestra Señora de Gethsemaní a vivir como «hermano familiar» y a prepararse para una santa muerte.

La muerte es reveladora, y aun cuando muchos aseguran que sólo les muestra la vacuidad de la vida, a Joaquín le mostró todo lo contrario: lo repleta que puede estar una vida. Aquella sencilla cruz y aquel montón de tierra fueron más útiles para él que cualquier libro espiritual; aquel montón silencioso fue más elocuente que el abad, los monjes del coro o el maestro de retiro. La tumba de su padre le decía incesantemente: «¡El tiempo es corto! ¡Empléalo bien!»

A pesar de aquella gran pérdida, Dios siguió dragando aún más hondo. El invierno de 1890 se fundió en la primavera, la primavera floreció en el verano, y cuando éste estaba a punto de madurar en el otoño, la muerte volvió a golpear las puertas del monasterio; esta vez para llevarse a su Padre espiritual. Mientras cavaba la tumba de Dom Benito Berger, Joaquín recordaba cada una de las penitencias y cada una de las filípicas que aquel severo modelador de monjes le impusiera y le hiciera escuchar. A cada paletada de tierra, Joaquín iba viendo más hondo en su corazón, y se sorprendió al descubrir el cariño que sin saberlo sentía por aquel hombre que le desollaba con sus palabras y le azotaba con sus penitencias; pero que, al quebrarle el orgullo, le había abierto el camino para el conocimiento de Dios.

Cuando el cuerpo del abad bajó a la sepultura, los ojos de nuestro Hermano distaban mucho de estar secos. Aquella muerte representó para Joaquín su verdadero nacimiento; porque con el silencio y el frío de la muerte, Dom Benito le hablaba con un calor y una vehemencia que jamás usara antes. «¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Todo por Dios!...» Estas palabras, que parecían encender los marmóreos labios del abad difunto, aceleraban el pulso de Joaquín. Cada una de las lecciones recibidas de Dom Benito, desde el día

del incidente del bieldo hasta el día en que blandiera la navaja de afeitar, revivieron para Joaquín con una fuerza nueva. Sabía que su educación había alcanzado casi las proporciones de una persecución; pero cuando colocaron la cruz sobre la tumba y echaron la última paletada de tierra oscura, Joaquín se dio cuenta de que quien yacía bajo ella era su modelador, su hacedor y, después de Dios, su salvador.

Francis Thompson, con la agudeza que sólo el poeta y el místico poseen, vio una verdad y le cantó con rima suave:

> «La simiente que cae hace brotar al árbol,
> la lluvia que cae hace brotar la hierba;
> los helechos se deshacen para que broten sus retoños;
> porque nada vive si algo no muere,
> y nada muere si no es para que algo viva
> hasta que los cielos pasen.»

Nunca fueron más ciertos estos versos que al morir Dom Benito, porque sólo entonces fue cuando Joaquín —el santo— nació en realidad. Sí; el santo Joaquín nació realmente aquel día, porque la muerte le demostró que el tiempo se daba solamente para la eternidad.

Su padre había vivido más de ochenta y cinco años, su Padre espiritual poco más de setenta, pero Joaquín, en pie ante sus dos tumbas, comprendió lo cortas que habían sido sus largas vidas y lo vacío que resultaría el día más lleno si no se había vivido conforme al plan de Dios. La vida, la muerte, el tiempo, la eternidad, el hombre, Dios —todo, en fin—, cobró un significado nuevo, más completo y personal, produciendo la verdadera *metanoia* de

Joaquín. Su inteligencia cambió totalmente. Poseía una nueva escala de valores para todo: desde un momento fugaz hasta un año abarrotado de sucesos; desde una inclinación de cabeza ante un Hermano, hasta la dirección de la granja; desde un sencillo acto de santiguarse, hasta la maravilla y el misterio de la Misa. Ahora ya nada era pequeño, porque todo pertenecía a lo Infinito. Ahora ya nada importaba, porque todo era pasajero, y, sin embargo, cada cosa representaba mucho, porque todas eran partes de su tributo al Todopoderoso. Ahora veía lo relativas que son la mayoría de las cosas, pero la relación que él consideraba era la relación que tenían con el Absoluto.

Su *metanoia* estaba completa, porque su voluntad había cambiado. Tenía nuevas determinaciones. Ahora ya no trataba de adquirir, sino de dar. Vio que la vida era para la alabanza, no para el placer; que cada día pasado buscándose a sí era un día perdido; un día que nunca se encontraría en la eternidad; en cambio, cada momento dedicado a Dios le sería devuelto y vivido de nuevo, «cuando los cielos pasen».

Su *metanoia* era completa, porque su corazón había sido dragado, desecado y ahondado, y la soledad engendraba el amor. Con la muerte de sus dos padres —tanto el que le diera la vida natural como el que le abriera la sobrenatural— el corazón de Joaquín quedó vacío. Pero el vacío se colmó y la soledad se trocó en amor cuando en aquel corazón ahondado y profundizado creció el amor por el Padre de todos los padres.



CAPÍTULO XI

ENAMORÁNDOSE

Algunos biógrafos nos hablan de santos que perdieron todo interés por la vida y toda preocupación por el mundo. Para ellos, el tiempo se convirtió en un tedio, y el mundo se revistió de un aspecto parduzco y repulsivo. No concedo el menor crédito a tales biógrafos, ni creo en tales santos. Porque aunque han existido autores teatrales y poetas tristes, historiadores tristes, científicos tristes y artistas y literatos tristes, nunca existió, ni jamás existirá, un santo triste. La tristeza y la santidad son incompatibles. La santidad significa bondad y Dios, y nadie que sea bueno y que esté cerca de Dios puede estar triste.

La vida, el tiempo y el mundo son tesoros inapreciables para el santo. Cada instante en el tiempo tiene una enorme importancia, porque ha sido otorgado por Dios y a Dios ha de volverse. La vida y el vivir, aunque parezcan llenos de tristeza y sufrimiento, de desilusiones y derrotas, son un verdadero romance y una gran aventura. La vida es para el santo una época de escaramuza con Dios, o, mejor dicho, «un breve torneo de amor», en el cual los hombres de Dios pueden mostrar su madera, su verdadera hombría y sus méritos. En cuanto al mundo, lejos de adquirir un aspecto parduzco y repulsivo, está encendido con el rosa radiante

del amanecer e igualmente lleno de brillantes promesas.

Es cierto que los santos suspiran por Dios y ansían verle «cara a cara», pero son almas pacientes y se contentan con verle «oscuramente» en el mundo que les rodea, en el campo, en la flor y en el fruto; en el sol, en la luna y en el mar; en el viento, en la lluvia y en el río, pero especialmente en el hombre. Ansían a Dios con un afán que añade nuevo interés a la vida, pues saben que nunca podrán amar y servir a Dios como es debido si no aman y sirven al hombre. Los santos están absortos en Dios y ése es precisamente el motivo de que estén tan pendientes del hombre y sean tan reverentes con él. Saben que la más grande creación de Dios no es el cielo tachonado de estrellas, ni el mar misterioso en movimiento continuo, ni la madre tierra con sus entrañas fecundísimas y sus oscuras bóvedas de preciosos tesoros, ni las montañas coronadas de nieve con sus venas de oro. Los santos saben que la más grande creación de Dios es el hombre, y por eso, los santos alaban a Dios amando el hombre. Ningún gran santo ha sido jamás un soñador ocioso o una momia inmóvil. La mística de los místicos, Teresa de Ávila, era ingeniosa imaginativa y viva. Los verdaderos amantes de Dios son individuos de vida intensa, perfectamente naturales, completamente humanos y amantes apasionados. Para ellos el tiempo nunca es tedioso, sino un tesoro móvil que es menester apresar con manos asidas para utilizarlo. Desde la armonía de los gorjeos de los pájaros hasta la marcha majestuosa de las esferas silenciosas, el mundo es una revelación arrebatadora. Vivir en él es ir levantando, lenta pero constantemente, el velo del hermosísimo rostro de Dios, todo Belleza. Nadie puede decir: «Yo amo la vida» con más sinceridad, más espíritu y más gusto que el santo de Dios, porque Él ha llegado a saber lo que significa «yo», lo que es «el amor» y por qué

se nos da «la vida».

Todo esto no es sino un extenso preludio para afirmar que mientras el Hermano Joaquín María sufría su perfecta *metanoia* no se estaba convirtiendo en una momia ni en un misántropo. Al contrario, conservó el mismo cuerpo, la misma alma y el mismo sentido del humor. Era el mismo John Green Hanning que provocó incendios, echó el lazo a las vacas en las praderas del lejano Oeste y balbució una declaración de amor. Era el mismo Hermano Joaquín María que montó guardia a la puerta del convento con un bieldo. Era el mismo hombre que por el menor motivo —y a veces hasta sin motivo— «perdía los estribos», que amenazó al abad con una navaja de afeitar y que durante seis meses comió carne carbonizada. Pero su corazón era ahora más hondo y había adquirido una capacidad nueva y más amplia de amor. Su rostro era el mismo en 1890 que en 1870 o en 1885, pero la luz que ahora le iluminaba era, con frecuencia, una radiante sonrisa, y muy escasa vez el relampagueo del mal genio.

De 1890 en adelante, la palabra padre tuvo un gran significado para Joaquín. En ese año habla perdido a su padre natural y a su padre sobrenatural, y, como tantas veces ocurre, empezó a apreciar lo mucho que ambos valían cuando ya era demasiado tarde. Cuando los oídos ya no pueden escucharnos es demasiado tarde para expresar nuestro cariño; cuando los ojos ya no ven es demasiado tarde para mostrar gratitud por las incontables generosidades; cuando los corazones amados han cesado de latir es demasiado tarde para corresponder al amor. Como el resto de los hombres, Joaquín no supo el alcance del cariño que sentía por su padre ni el tesoro de su devoción por Dom Benito, hasta que se halló ante los montones de tierra que cubrían sus fríos restos.

Pero no es este amor en el que va pensaba al titular este capítulo «Enamorándose». Pensaba en un amor más alto por una Persona más alta, y, sin embargo, aquel amor natural de Joaquín a su padre natural y aquel cariño humano al exigente abad fueron la fuente y el secreto de su amor por el Padre de todos nosotros.

No debe extrañar que el extraordinario amor a Dios de Joaquín tuviera una fuente tan común. Todas nuestras ideas sobre Dios se obtienen por analogía o por negación. Nosotros no somos más que hombres compuestos de arcilla y de espíritu, con una inteligencia que depende de la materia para sus conceptos. No podemos conocer el espíritu en sí, porque el espíritu nunca nos ha tocado los sentidos. No podemos conocer directamente lo infinito, porque lo único que tenemos de infinito es lo infinitesimal. ¿Podemos nosotros, insignificantes criaturas del tiempo, que nos guiamos por relojes y por sombras del sol, saber algo del Eterno si nos por analogías y negaciones? Dios es espíritu infinito, omnisciencia, omnipotencia, eternidad; pero nosotros necesitamos palabras menos abstractas que éstas si hemos de conocerle. Necesitamos palabras que retraten, palabras gráficas que reproduzcan la imagen; palabras casi tan tangibles como el hecho; y por eso, la Sabiduría Infinita nos enseñó a orar diciendo: «Padre nuestro.»

En su propio padre había podido apreciar Joaquín hasta dónde llega el perdón de su padre. De él había aprendido lo que puede ser paciencia de un padre. Una cosecha de tabaco quemada, una destilería en llamas, las cuentas corrientes embargadas por las deudas, la muerte arrebatándole una esposa que era la mitad de su corazón, la vida llevándosele todos sus hijos... Y, sin embargo, su padre había tenido paciencia. Repasando la vida de su padre, Joaquín supo lo que es el

desinterés de un padre, su sacrificio, su amor. De Dom Benito aprendió igualmente cómo ama un padre espiritual.

Por todo eso, el paso desde los padres terrenos al Padre celestial le resultó fácil y natural. Dios se hizo más real, más personal, más paternal, más próximo. Poco a poco Dios llegó a ser Dios en la mente y el corazón de Joaquín; es decir, no un Ser a quien temer y de quien aterrorizarse, sino un Padre a quien amar, servir y obedecer.

Al producirse esa revelación, el Padrenuestro se convirtió en oración y la oración en conversación con nuestro Padre. En la época de la niñez de Joaquín la oración era reverente, santa, temerosa y agradable. Pero al hacerse con los años más listo, más instruido, más poseído y menos prudente, Dios se volvió remoto y la oración incómoda. Dios habitaba en su consciente o en su subconsciente como frecuentemente habita en la mayoría de nosotros —enterrado—. Era necesaria una crisis de sufrimiento, temor o muerte, para que Joaquín —como nos ocurre a menudo a los demás— se volviera a Dios. Pero entonces la oración se reducía en su mayor parte a una súplica. Ahora, en cambio, Joaquín había recuperado la maravilla de sus días de infancia; se hizo niño de nuevo, niño de inteligencia, de corazón y de fe. Ahora se volvía a Dios con facilidad, naturalidad y donaire. Ahora la oración se convirtió en algo más que en una petición: se hizo adoradora, reverente, llena de alabanzas y de acciones de gracias.

Decía el Padrenuestro con el corazón. Esta oración de oraciones se volvió para Joaquín algo precioso y pleno de significados A su vez, él se convirtió en hombre de oración. De pronto se sintió consciente de la proximidad de Dios, se dio cuenta de que Dios es un Padre real, personal y amante.

Al decir que Dios se hizo real para Joaquín no me refiero al Dios de los filósofos ni al Dios de los teólogos. Existe una ontología de Dios que nos enseña que Él es el Ser. Existe una teología sobre Dios que nos enseña que es Infinito, omnipotente, omnisciente, omnipresente, principio y fin de todas las cosas. Pero existe una psicología sobre Dios que le representa como el Dios vivo que respira, ama, odia, amenaza, premia, castiga y padece, que está abandonado, solo, acongojado, desilusionado, sonriente, honrado y amado. Es el Dios de Isaac, de Abraham y de Jacob; el Dios vibrante, emocionante y apasionante de los Evangelios; el misericordioso, justo, paciente, sufrido y clemente Padre de Jesucristo. No es una idea ni un ideal; no es una fuerza sin nombre ni un generador impersonal; no es un gran algo, sino una persona; una persona viva, una persona amante, una persona íntima. Es nuestro Padre.

Esta fue la revelación que la muerte hizo a Joaquín. No se produjo de golpe, ni se debió exclusivamente al montón de tierra que ocultaba la arcilla. Varios fueron los artistas que contribuyeron a la perfección de aquella obra. La comenzó su madre, al dibujar en la mente del niño la imagen de Dios, nuestro Padre. El silencio y las canciones en las llanuras de Texas pusieron sus pinceladas, mientras la aurora, brotando luminosa de las sombras, y la emocionante sinfonía del cielo callado en la medianoche, anunciaban que Dios estaba en todas partes. La vida de familia prestó su cálido y rico colorido de amor al cuadro. La clemencia de un padre dibujó claramente la sonrisa del misericordioso rostro del Padre de todos los pródigos. La abadía de Gethsemaní y el abad completaron la obra mientras Joaquín iba aprendiendo las primarias y más profundas verdades de la Religión, y el hecho de que la relación entre Dios y el hombre es un drama de amor. La muerte descubrió la

obra maestra y Joaquín leyó su título, penetrando con toda claridad hasta su raíz más oscura. Decía: «Dios, tu Padre.»

Todo lo cual hizo de nuestro Hermano un verdadero religioso, esto es, un hombre ligado a Dios. Ahora Joaquín oraba con gran frecuencia; en realidad, oraba continuamente. Pero la rigidez en la plegaria habla desaparecido. Ahora se volvía a Dios con la mayor facilidad y le hablaba tranquilamente, de manera filial. Sabía que Dios estaba en cuanto le rodeaba y dentro de su corazón. Que era Dios quien hacía brillar el sol y hacía caer una mansa lluvia, quien había dado su vistoso plumaje al pájaro cardenal y la magia lírica de su garganta al ruiseñor. Ahora escuchaba la voz de Dios en la risa del agua que corre, en el susurro del viento en las hojas, en el aleteo de los pájaros y en la llamada de las aves nocturnas. Ahora todo le hacía pensar en Dios, y así empezó a conocerle. ¡Y conocer a Dios es amarle!

Pero no quiero precipitarme. Si en abril se pueden cortar hermosas flores, para recoger la fruta madura hay que esperar. Es necesario que llegue el final de agosto, el principio de septiembre o, incluso, el mismo octubre a veces, para que la delicada flor que perfumó la brisa abrileña se convierta en una reluciente manzana. Lo mismo ocurrió con el amor de Joaquín. En 1890 era hermoso; tan hermoso como cualquier flor de abril, e igualmente perfumado; pero no era todavía el gran amor vibrante, apasionado, vehemente, de un hombre. Dios trabaja despacio, pero con excepcional seguridad.

Sin embargo, Joaquín había cambiado enormemente. Su corazón era más profundo, su inteligencia más aguda y su conciencia más sensitiva y viva en cuanto a Dios. Todos estos cambios interiores se manifestaban en el exterior. El volcán no

estaba extinguido del todo, aunque sí tan profundamente dormido, que sus superiores estimaron oportuno enviar a Joaquín como prefecto al pequeño colegio de la colina.

Quizá sea éste el momento más apropiado para deciros que el colegio de Gethsemaní ya no existe, y que, hablando objetivamente, nunca debiera haber existido, pues los trapenses son contemplativos y no maestros. Algunos maestros intentan convertirse en contemplativos, y a veces lo consiguen, pero el proceso nunca debe intentarse a la inversa. Al contemplativo no le beneficia en absoluto, y tampoco beneficia demasiado al colegio. Pero cuando los primeros trapenses llegaron a Kentucky, hace casi cien años, advirtieron que la educación de los hijos de los labradores de los contornos estaba lamentablemente abandonada. El celo por las almas y la caridad de Cristo para los niños impulsaron a aquellos monjes a desviarse de la rígida interpretación de la Regla y abrir una pequeña escuela para niños pobres. Con el transcurso de los años, la pequeña escuela fue creciendo, y a ella acudieron muchos que no eran pobres. Cuando Joaquín fue nombrado prefecto era un colegio bien montado, reconocido y autorizado por el Estado de Kentucky. Juzgado por las normas de hoy, el colegio de Gethsemaní resultaría único. En lugar de colegio se llamaría con toda razón Universidad, porque en él se seguían todos los cursos, desde el primero de gramática hasta clases para licenciados. En 1912 sufrió un incendio, lo que aprovechó el abad regente, Dom Edmundo Obrecht, para poner en práctica lo que tanto deseara hacer desde su llegada: suprimirlo. Los alumnos fieles y los numerosos amigos de la abadía enviaron generosos donativos para su reconstrucción, pero el abad lo devolvió, manifestando que los trapenses eran contemplativos y no maestros. Desde 1851 se habían establecido en la región

numerosas y excelentes instituciones católicas que disipaban la única justificación de la existencia del colegio de Gethsemaní.

Pero en 1891, el colegio se hallaba en pleno apogeo, y Joaquín y otros hermanos como él eran necesarios para dirigir a los muchachos. Y digo «muchachos», porque eran contados los alumnos adultos, y de estos pocos no se puede decir que necesitaran de un prefecto. En cambio, los muchachos —los colegiales americanos— sí que necesitaban prefectos, y en cantidad. A uno de aquellos grupos juveniles fue enviado Joaquín con el propósito de mantenerlo tranquilo y dirigido. La mayoría de los chicos se hallaban en la edad más revoltosa y ruidosa, y era menester un verdadero ingenio para disciplinarios sin emplear la violencia. A pesar de los enormes adelantos que había hecho para suavizar su carácter, Joaquín necesitaba ahora de todos los dones de Job para mantener un perfecto dominio de sí. Joaquín seguía siendo Joaquín, y la sagacidad juvenil no tardó en percatarse de dos cosas: de que Joaquín tenía mucho genio y también un gran corazón. Como consecuencia, le hacían enfadarse mucho para luego aprovecharse de la indulgencia de su corazón. Más de un chico recibió puntuación de «excelente» en comportamiento y disciplina precisamente por haber sido indisciplinado y haberse portado mal.

El gran éxito de Joaquín como prefecto consistió en la captación de los muchachos por medio de sus canciones de Kentucky y de Río Grande. Con sus cantares de amor y de guerra se ganó su cariño y su admiración, a los que, como consecuencias naturales, siguieron la obediencia y el respeto.

Joaquín tenía un corazón dispuesto siempre a enamorarse, lo que demostró cumplidamente durante aquellos cuatro años. Quería

a los chicos y los chicos le querían a él, pero había alguien más que ellos que llamaba a las puertas de su corazón. Su cargo en el colegio había sacado a Joaquín de las costumbres externas de la vida trapense, pero sólo de las externas. Las internas seguían inalterables, mediante su fidelidad a las dos prácticas que Dom Benito le ordenara largos años atrás. Aparte de sus dos oficios, el de la Virgen y el de la Iglesia, Joaquín nunca dejaba pasar un día sin hacer sus Estaciones y rezar el Rosario. Así que, lo mismo que ocurriera antes con la palabra *padre,* que le llevo a enamorarse de Dios, ocurrió ahora con la palabra *madre*. El Hermano Joaquín María se enamoró de María Inmaculada.

No pudo evitarlo. La gran pasión de su vida seglar fue su madre. La había amado desde el alborear de su razón, y aquel cariño no hizo más que aumentar con los años.

Cuando la perdió, en 1882, supo por primera vez en sus treinta y tres años lo solo que se puede sentir un hombre. En 1891 encontró otra Madre a la que amar y adorar y por la que preocuparse. En 1891 halló a María.

En esto no hay nada sorprendente, pues no es posible vivir mucho tiempo en un monasterio trapense sin hallar o sin amar a María. A Ella está dedicada la abadía; a Ella van dirigidas las primeras palabras que el monje canta por la mañana y las últimas que entona por la noche; a Ella le canta un Oficio distinto siete veces en el día, y a Ella acude como un niño a su madre cada vez que se siente turbado o tiene alguna dificultad.

El amor a María es católico. Jesús y María, la Madre y el Hijo, la cuna y la cruz, son inseparables. Si nosotros los católicos no tuviéramos a María por Madre, Cristo no habría cumplido su palabra y los hombres seríamos huérfanos; pero tenemos a María.

Sin María, nuestra Religión estaría psicológicamente incompleta. El niño que llevamos dentro necesita una madre, el hombre que somos necesita una dama, y el caballero que alienta en nuestro pecho precisa de una reina. En la Virgen María, ese niño, ese hombre y ese caballero encuentran a su Madre, su Señora y su Reina, su Amante y su Amada. Por eso el Avemaría llegó a ser algo precioso para Joaquín —era un ruego a su Madre—. Por eso, al cantar la Salve ponía todo su corazón —era el saludo del soldado a su reina—. Por eso se hizo tan íntimo su Rosario: era el tributo de un enamorado a su dama.

También por aquellos años el Vía Crucis cesó de representar una colección de Estaciones para convertirse en un drama —un drama vivido, estremecedor—, en el que Dios —su Hermano— y su Dama —su Madre— representaban los principales papeles.

¡Cómo no iba a enamorarse! ¿No es prodigioso que las Estaciones del Vía Crucis cobren vida y oigamos los alaridos de los judíos ebrios de sangre, las palabras del débil Pilatos y el sonido de su hipócrita lavatorio de manos, mientras decía: «Yo soy inocente de la muerte de este justo»? ¿No es maravilloso que el Hombre convertido en una pura llaga, coronado de espinas y cubierto por un manto de púrpura resulte un Ser querido tuyo, tu propio Hermano?

Viendo a la soldadesca soez y mal hablada azotar a aquel Hombre vacilante, pegarle puntapiés, maldecirle y hacerle caer bajo una cruz gigantesca; viendo su rostro ensangrentado hundirse en el barro; viéndole luchar por levantarse, echar a andar, detenerse, limpiarse la sangre que le corre ante los ojos y dirigir su vista a una pequeña Mujer vestida de azul; escuchando palpitar dos corazones rotos y saber que sufren por ti, ¿no te enamorarías

tú también?

Joaquín recordaba a su propia madre y la pena que le causó cuando huyó de la casa paterna, y ese recuerdo hizo que le fuera fácil ver las lágrimas de María y escuchar sus sollozos. La cuarta Estación era una verdadera agonía para Joaquín, porque comprendía que él había sido el culpable de todo.

Y así proseguía el drama. Día tras día, Estación tras Estación, todo lo contemplaba Joaquín, todo lo escuchaba, todo lo sentía, desde el agua que lavaba las manos de Pilatos hasta el agua que María utilizó para lavar el cuerpo de su Hijo para la sepultura. No era sólo un recuerdo ni un hecho histórico aislado; era un drama diario en el que descubría su vergonzoso papel. ¡Comprendía que todo era por él!

Cuando llegaba a la decimocuarta Estación, Joaquín se perdía en un verdadero tumulto de emociones. La vergüenza, el dolor y la compasión le prestaban ánimos, al mismo tiempo que la rabia ante su propia impotencia para variar una sola escena del extenso drama enfebrecía su mente. Al contemplar el cuerpo inerte de Jesús envuelto en la mortaja, con un paño colocado sobre el mármol rojizo de su sagrado rostro, Joaquín se enfurecía con el furor de un hombre violentamente enamorado. Si en aquellos tumultuosos momentos hubiera podido poner en palabras su voluntad de acción, habría exclamado: «Jesús, Rey mío, ¡yo te vengaré!»

La pasión necesita una válvula de escape, y nuestro Hermano se había enamorado apasionadamente de Jesucristo. El amor necesita actuar, y Joaquín, siendo quien era, lo hizo en la única forma que le era posible: encolerizándose interiormente y resolviendo hacer algo por Jesucristo, que tanto había hecho por

él. Era el Joaquín de siempre en su mejor actitud natural y sobrenatural. Decidió «ajustar sus cuentas» con Cristo para desagraviarle.

San Ignacio, el místico fundador de los jesuitas, dijo que «el amor engendra amor», y quiso que el amor por el Hombre-Dios fuese el alma y la sustancia de su legión de hábito negro. La Compañía de Jesús existe porque el amor engendró amor en el corazón de Ignacio, y la Compañía de Jesús sigue existiendo porque el amor sigue engendrando amor. Cristo sigue cautivando almas. Ignacio se preguntaba —y quería que cada cristiano se lo preguntara continuamente—: «¿Qué he hecho yo por Jesucristo? ¿Qué estoy haciendo por Jesucristo? ¿Qué voy a hacer por Jesucristo?» Joaquín el místico trapense, se enfrentaba tácitamente cada mañana con estas mismas preguntas al hacer el Vía Crucis, contestándolas no con palabras, sino con la respuesta del amante, con un corazón palpitante.

León Bloy, el místico francés, dice con razón: «Dios es el eterno suplicante por el amor del hombre.» Joaquín, el místico trapense, veía a este suplicante mendigar su amor cuando le contemplaba caer bajo una pesada cruz; le escuchaba mendigar su amor en el espantoso silencio que envolvió el Gólgota entre las espesas sombras del Viernes Santo a las tres de la tarde. Joaquín respondió a esta súplica con la fiera resolución de probar su amor con su vida.

Bardaiev, el místico ruso, dice con razón: «El hombre se encuentra por primera vez en su hogar, en el eterno Corazón divino y humano de Jesucristo.» Joaquín, el místico trapense, llegó a su hogar cuando ascendió hasta él a través de la herida abierta del costado, y desde allí contempló la vida y todas las cosas de la vida

con los ojos del Hombre-Dios.

Mas Scheler, el alemán convertido, dice muy sabiamente que la experiencia fundamental del amor cristiano no la expresan los teólogos ni los filósofos, sino los místicos. Y a mí me gusta pensar en Joaquín como un místico trapense, porque sé que el amor engendró amor; y si él hubiera tenido la fuerza de expresión de San Francisco Javier, estoy seguro de que habría dicho: *O Jesu, ego amo Te, nam prior Tu amasti me*.

Las Estaciones de la cruz hablaban del furioso amor del amor, y Joaquín, el ardiente meridional, respondió como un hombre. Mientras contemplaba la duodécima Estación, decía algo muy parecido a lo que el místico pasionista, reverendo C. P. Hill, decía en su poema «Por turno»:

«Jesús mi Rey, yo te he crucificado.
Ahora te toca a Ti, ¡crucifícame a mí!
Haz Tú la cruz; que se parezca a la tuya.
Mezcla Tú la hiel; que tu amor sea vino.
No vaciles en desnudarme de todo, excepto de tu gracia:
Estírame bien, hasta que encaje bien en tu puesto.
Aquí están mis manos —manos traidoras— y mis pies.
Que entren bien los clavos, mi Rey, el dolor será dulce.
¡Levántame! Y no me desciendas hasta que expire.
Que sólo María, mi misericordia, esté junto a mí.
Finalmente, deja que la lanza —mientras vivo— haga su
[parte.
¡Que traspase bien el corazón, mi Rey! ¡Que lo traspase
[bien!»

No hay duda de que Joaquín se había enamorado, pues

estaba totalmente absorto en Dios y en la Madre de Dios. Su cerebro, su memoria y su voluntad, su corazón y su alma, estaban completamente embebidos en Dios, que era su Padre; en el Hombre-Dios, que era su Hermano, y en María Santísima, que era su Madre. Les demostró su amor en la única forma que un verdadero hombre puede hacerlo: con obras. El amor tiene un lenguaje propio que no es el de los labios. De haberse puesto en palabras el amor de Joaquín, sólo hubiera podido adoptar una forma. Esta: «¡Ya le enseñaré yo a Dios cómo ajusto mis cuentas con Jesucristo!» Pero no lo puso en palabras, sino que lo expresó en la única forma en que habla el amor: lo dijo con su vida.

Hacia 1894, Joaquín dejó el colegio, volvió al monasterio y se sumergió en la vida trapense como nunca hasta entonces lo hiciera. El trabajo dejó de ser trabajo para él y se convirtió en un tributo de amor. El durísimo trabajo manual se convirtió en un sacramento y un sacrificio para aquel Hermano lego, que andaba buscando la manera más rotunda de decirle a Dios con palabras tomadas de un léxico varonil carente de vocablos, pero repleto de obras: «Te amo». Joaquín lo dijo y lo dijo como un hombre. Trabajó con energía para demostrar a Dios que lamentaba el pasado, que le amaba en el presente y que estaba lleno de esperanza de amarle eternamente. Trabajaba totalmente absorto en su tarea, lo cual equivalía a hallarse absorto en Dios.

Para un Hermano lego, el trabajo es la santificación y la contemplación. Lo comienza con una dedicatoria a Dios, lo continúa con toda su energía por Dios, y lo termina con la voz de Dios, que es la voz de la obediencia. Los Hermanos legos no trabajan: oran y alaban a Dios mediante su labor manual; mejor aún diría que los Hermanos legos no rezan las oraciones

corrientes, sino esas otras oraciones varoniles, llenas de adoración y de reverencia, de los hechos, del deber cumplido, de la enérgica labor manual. El más completo y caballeroso tributo de un Hermano lego a su Dama y a su Reina es el que le tributa al rezar su Rosario de amor con las cuentas —saladas del sudor— del trabajo de un verdadero amante y de un verdadero obrero.

Hacia 1894, los Hermanos de la comunidad dejaron de ser para Joaquín solamente compañeros de Religión, convirtiéndose en Hermanos en Cristo y Hermanos de Cristo. Y por eso, aun cuando algunos siguieran siendo motivos de irritación, nunca llegaron a saberlo. Seguía habiendo algunos lentos y desmañados para el trabajo, lo cual es exasperante para el ágil y activo. Sin embargo, el ágil y activo Joaquín se dominaba. No hubo más erupciones, ni más explosiones, ni más gestos de malhumor e impaciencia, porque aquellos individuos —desmañados, lentos y exasperantes—se habían convertido en oportunidades de decir a Dios: «Yo te demostraré que puedo desquitarme.»

CAPÍTULO XII

PERLAS DEL CORAZÓN

Muchas serán las personas que al leer cómo un «cow-boy» se convirtió en un contemplativo, exclamarán «¡Un milagro de la gracia!» Hasta cierto punto, tendrían razón. Fue un milagro de la gracia, y ahora, a la luz de los años transcurridos, podemos incluso decir exactamente cuál fue esa gracia: fue «la gracia de ser vengativo». Pero, por otra parte, quienes exclaman: «¡Un milagro de la gracia!» no estarán totalmente en lo cierto; y si insistieran en que se debió exclusivamente a la gracia el que Joaquín se convirtiera en santo, estarían totalmente equivocados. El que sea aficionado a las exclamaciones y quiera al mismo tiempo permanecer asido a la verdad, tendrá que decir como yo: «¡Un milagro de la gracia y un milagro de la hombría!»

El afán de venganza no se convierte en virtud de la noche a la mañana. El afán de venganza no se convierte en virtud sólo mediante la gracia. El afán de la gracia se convierte en virtud mediante la gracia, ¡y mediante la cooperación del hombre con esa gracia! La voluntad del hombre es la que hace la gracia eficiente o la deja sólo en suficiente. Con el libre albedrío, el hombre mezquino puede retorcer la gracia, el don sobrenatural de Dios, hasta hacer de ella una gloria, o bien reducir a la impotencia este poder de la

Omnipotencia. En su deseo por glorificar a Dios y mostrarse humildísimas, las almas piadosas son aficionadas a recordar la frase: «Sin Mí no podéis nada», olvidando que asimismo puede recordarse con igual razón esta otra: «Sin el hombre, la gracia de Dios no puede nada.» Para cada acto meritorio sobrenatural, Dios y el hombre han de trabajar juntos. Sin la gracia, el hombre no puede nada; sin el hombre, la gracia no puede nada.

La gracia estaba actuando en el alma de Joaquín. Pero no olvidéis que Joaquín colaboraba con esa gracia. La virtud heroica hace santo a un santo; pero si se debiera a la gracia y sólo a la gracia, ¿por qué honraríamos y admitiríamos a ese santo? El no habría realizado nada heroico; ¡sería Dios quien lo hubiera hecho todo! Y si la santidad se alcanzara exclusivamente por la gracia de Dios, ¿para qué habría nadie de luchar por alcanzarla ni por imitar a los santos? Pero no caigamos en la falacia: Recordemos que la gracia suficiente no se le niega a ningún hombre, pero que del hombre depende que esa gracia sea efectiva y eficiente. ¡El hombre ha de trabajar! ¡Y trabajar como lo hizo Joaquín!

Entre 1890 a 1894 hubo algunas ocasiones en que reprimirse para no estallar de cólera e impaciencia supuso a Joaquín un esfuerzo sobrehumano. Hubo días en que el impulso de «ajustar las cuentas» a ciertas personas le devoraba el corazón, y muchos en que el fuego meridional estaba próximo a la erupción, y la sangre le hervía. Pero no llegó a hacerlo. Claro que no vayamos a creer que la extintora del incendio fue la gracia y sólo la gracia. Hay que ser exactos y reconocer que Joaquín trabajó como un esclavo, heroicamente, con la dosis de gracia suficiente que Dios le concedió, y que mediante su lucha hizo eficiente aquella gracia, convirtiéndose así en un religioso virtuoso. La salvación y la

santidad no son asuntos pasivos; ¡el hombre tiene que actuar! Dios redimió al hombre, pero no le salva. El hombre ha de trabajar, y trabajar duramente, con la gracia que Dios le otorga.

La gracia y el libre albedrío son grandes misterios de los que sabemos algo. Después de todo, negar la doctrina del mérito sería una herejía, y caeríamos en el protestantismo si creyéramos que al alabar al hombre por una obra supernatural detractábamos de Dios los méritos de Jesucristo. Los católicos bien informados y que piensan, nunca atribuyen sólo a la obra de Dios que un hombre se eleve a las más altas cumbres de la santidad. No van a hacer lo que Herodes, decir que Cristo era «un loco», atribuyendo toda la santidad a la gracia sola. ¿No sería una tontería por parte de Cristo ordenar al hombre guardar sus Mandamientos si la gracia sola fuera bastante?

Ignoro la parte que corresponde al hombre en la producción de un acto meritorio. Tal vez sea muy pequeña, a pesar del enorme esfuerzo que para nosotros representa; pero esa pequeña parte es de gran importancia. Es como el botón más pequeño de un aparato de radio. Yo puedo tener el receptor más perfecto del mundo, las lámparas más potentes, los selectores más sensibles y los eliminadores más infalibles y estar el éter inundado de música, que mi soberbio aparato no podrá producir un solo sonido si no hago girar ese diminuto botón que es el interruptor de la electricidad. La voluntad de Joaquín fue como ese pequeño interruptor. Él lo hizo girar y se produjo la mágica melodía de las obras sobrenaturales.

Sí; nuestro Hermano trabajó tenazmente por conseguir su victoria. Los años pasados en Río Grande le habían enseñado lo que era y para lo que servía una rienda tensa. Por eso ahora, cuando se esforzaba por convertirse en una réplica de Jesús, tiraba

con mano despiadada de la rienda de su voluntad sobre su temperamento ardiente. Mas no se crea que se mostró sólo negativo. Fue mucho lo que quebró, sí; pero mucho también lo que construyó. No estaba siempre pendiente sólo de sí mismo, sino atentísimo a todos los demás.

Esto sorprendía a muchos. Ver a Joaquín dispuesto siempre a ayudar a cualquiera no era nuevo; Pero verle riente, generoso, contento, con buena disposición y alegría para aceptar cualquier cosa que se le pidiera, sí resultaba una novedad insólita. Aquella disposición formaba parte de su ser, pero esta amabilidad, esta dulzura y esta paciencia que ahora exhibía, en especial con aquellos que abusaban de su bondad, nunca había formado parte de su ser. Era algo que había adquirido, algo nuevo que todos admiraban.

Un trapense nunca duerme ocho horas diarias. Las seis o siete que le son permitidas las disfruta alternativamente. Pero dormir es indispensable para el trapense, porque trabaja mucho y ayuna mucho. A pesar de lo cual, cuando había enfermos —ya fuesen Hermanos legos o monjes de coro— que requerían ser velados durante las horas de sueño de la comunidad, Joaquín se ofrecía voluntario para cuidarlos. Su ofrecimiento se aceptaba, no porque su fortaleza física le permitiera sacrificar su sueño, sino porque era tranquilo, amable y paciente; porque había llegado a ser el más cariñoso y tolerante; ¡porque no se enfadaba nunca! La comunidad se asombraba ante este nuevo Hermano Joaquín. Era un hombre totalmente cambiado y un modelo para todos por su verdadera virtud y su verdadera hombría.

Ya he explicado cómo pasa sus días un Hermano lego trapense. Ya sabéis que su jornada se compone de un poquito de

lectura, bastante oración y muchísimo trabajo. ¡Se precisa ser un Hombre para realizarla!

En la época anterior a la crisis económica nunca se oyó hablar del «ejército de parados». Había trabajo de sobra y en ninguna ciudad faltaban carteles solicitando empleados. A veces, el cartel, en lugar de decir «Se necesita un empleado» —que era lo más frecuente—, decía: «Se necesita un chico.» En el primer caso, se añadía casi siempre una línea más abajo: «Sólo deben presentarse hombres.» Igualmente, para hacerse Hermanos legos trapenses, sólo deben presentarse hombres; hombres de verdad, con corazones de oro y voluntades de acero. No necesitan ser fuertes. No necesitan ser inteligentes. Pero han de ser hombres, hombres capaces de amar a Dios y a sus semejantes de tal forma, que se olviden de sí mismos por completo. Han de ser superhombres, con voluntades inflexibles, voluntades que puedan ser retorcidas como un sacacorchos y dispuestas a cometer esa especie de suicidio que es enterrarse en vida, para poder vivir dedicados sólo a Dios. Sí, en efecto, «sólo deben presentarse hombres» para emprender la obra divina de construir el Cuerpo místico de Cristo con las espaldas vueltas a un mundo tentador, placentero con la carne, halagador con el «yo». Sólo hombres y hombres gigantescos podrán permanecer y dar a Dios la gloria que espera de las criaturas que creó a su imagen y semejanza. Sólo los hombres capaces de amar apasionadamente permanecerán y morirán renunciando a todo lo que el hombre más aprecia, sólo porque otros hombres puedan «convertirse y vivir». Sólo los hombres más valientes y osados, los más fieles y temerarios, los más fuertes y constantes, sólo los héroes que quieran ser santos, pueden presentarse como candidatos para legos trapenses.

Al pensar en el tipo de hombres que necesita como legos en su comunidad, cualquier abad trapense podría emplear estas palabras de Francis P. Le Buffe, S. J.:

> «Envíame hombres forjados para el combate,
> y que tengan intacto el corazón.
> Envíame lo mejor de tu casta;
> envíame a los más nobles.
> Yo les estrecharé contra mi pecho
> llamándoles «hijos míos».
> No me dejare ganar por los débiles,
> los sutiles, los suaves y los blandos;
> sino por hombres con corazones de vikingos
> y candorosa fe de niños!»

A esta clase de hombres pertenecía Joaquín. Al fin había llegado a descubrir que la vida trapense no es algo, sino Alguien; que no es un vivir, sino un amar; que no es nada más que ser como Jesucristo.

El corazón de Joaquín se quebró ante revelación tan asombro.; y desde sus profundidades subieron a sus ojos y nublaron su visión las lágrimas, que rodearon por sus mejillas como perlas del corazón. ¡Joaquín lloró! No con unas lágrimas corrientes que procedieran sólo de los ojos. Era un llanto surgido de las entrañas del alma, porque era un llanto de amor. Desconcertado por la bondad de Dios, abrumado por la maravilla de su vida trapense, espantado ante la emoción de comprender que su pequeñez significaba mucho para Dios, impresionado por la revelación de que la Omnipotencia estaba enamorada de él, todo su ser vibraba. Tenía que actuar. Tenía que hacer algo por

Jesucristo. Tenía que «ajustar con Él sus cuentas» y pagarle con amor el amor hasta quedar en paz con Dios. Su corazón se abrió de par en par al amor, y por eso lloró perlas del corazón.

Si esto hubiera ocurrido sólo una vez, carecería de importancia, pues casi todos los mortales sienten necesidad de llorar cuando la emoción les invade el alma. Los padres y las madres encanecidos lloran presenciando le ordenación de sus hijos, y no cabe duda que un motivo tan jubiloso no puede ocasionar tristeza. Jóvenes y viejos lloran en las primeras Comuniones de los niños, aun cuando el encuentro de la inocencia con el Inocente no sea motivo para las lágrimas. Claro que tales ocasiones no son frecuentes, y esas lágrimas son una dulce historia. Pero nuestro Joaquín lloró más de una vez; lloró con frecuencia y siempre de la misma manera: sonriente y silenciosa.

En el año cisterciense hay veintinueve días en los que algunos de los sacerdotes tienen que decir un sermón. En Gethsemaní existe la costumbre de que en cada sermón el sacerdote haga una invocación a la Virgen María nuestra Madre. No es cuestión de retórica, sino de respeto, y algunos logran hacerlo artísticamente. Pero tanto si la invocación resultaba artística, como si resultaba desmañada, los ojos de Joaquín se humedecían al oír nombrar a nuestra Madre, y las lágrimas se desprendían dulcemente de ellos. Un hombre fuerte ofrecía a la Amada de su vida las perlas de su corazón.

Durante el santo tiempo de Cuaresma, el abad escogía para la lectura en el refectorio alguna obra selecta sobre la Pasión de Jesús. Hay monjes que leen solamente con los ojos y la lengua, pero los hay que leen con el corazón. Hay quienes tienen voces incoloras, monótonas y heladas: otros tienen voces ardientes. A

Joaquín le era igual. Ardiente o helada, vibrante o monótona, en cuanto pronunciaba el nombre de Cristo, su Hermano, se le desencadenaba el llanto.

Los primeros domingos de cada mes se celebra en el monasterio una conferencia especial. Quienes durante ellas observaban a Joaquín, veían formarse en sus ojos las lágrimas y caer como hermosísimas perlas —perlas del corazón por María y Jesús— cada vez que sus amadísimos nombres eran mencionados por el conferenciante.

Todos los días, cuando las sombras del Poniente comienzan a caer, la comunidad en pleno se reúne en la sala capitular para escuchar una lectura espiritual. El día ha terminado, el cuerpo está cansado y el alma preparada para el descanso. Casi todas las tardes se leía algo sobre Jesús o María, y siempre que eran mencionados, Joaquín pagaba su hermosísimo tributo de amor y regocijo en lágrimas brillantes.

Abraham Ryan, el sacerdote-poeta, ha dicho bien que

«La vida y sólo la vida puede comprender la vida:
La profundidad y sólo la profundidad puede comprender
[lo profundo.
La gota de rocío que brilla en el rostro del lirio
nunca puede llegar a comprender la historia del mar.»

¿Por qué lloraba Joaquín? Creo que estos versos nos dan la pauta para responder a esta pregunta. Lloraba porque amaba. ¡Porque amaba locamente a Jesús y a María! Parafraseando las palabras del poeta, diremos que «el amor sólo el amor puede comprender al amor». Nosotros, almas superficiales, con mentalidades más superficiales aún y corazones epidérmicos, no

hemos llegado a comprender la verdad de que la Omnipotencia nos ama. Nunca hemos ahondado bajo la superficie de la vida de Dios y el amor de María. Nunca hemos sondeado las profundidades del Corazón de Jesús y el alma de María, como hizo Joaquín. Por eso no podemos sonreír mientras las perlas del corazón se forman y caen.

A hacer esto lo llaman algunos «el don de lágrimas», el nombre es adecuado. Pero aquellas perlas procedían tanto del corazón de Joaquín como de la mano de Dios. Para conseguirlas no había vacilado en bucear en las mayores profundidades. Se había sumergido desnudo en el negro mar de la existencia trapense, volviendo a la superficie con el corazón zumbándole en los oídos y el pecho medio reventado por falta de aire. Volvía ciego v medio asfixiado, pero trayendo en sus manos un montón de perlas inapreciables, perlas preciosas, las perlas del amor por Jesús y María que se encuentran en las más hondas profundidades de la vida trapense cuando se vive el Vía Crucis, se dice el Rosario de Nuestra Señora y se lucha por «ajustar las cuentas» con Dios.

Llamadlo don si queréis. Pero aunque así sea, habréis de admitir que se trataba de un don bien ganado. Joaquín pagó un alto precio con él. Le costó una vigilancia continua, una perpetua negación de sí mismo, una implacable voluntad de doblegar su carácter y una arrebatadora decisión de que su vida se modelase en la forma de Alguien. Todos nosotros podríamos también verter lágrimas del corazón si tuviéramos el valor de pagar ese altísimo precio, de dar muerte a nuestro «yo» para poder enamorarnos ciegamente de Aquella que es Inmaculada y de Aquel que es Omnipotente.

No vayáis a pensar, por lo que antecede, que Joaquín era un

melancólico. No supongáis que estaba siempre llorando. Su sentido del humor se había agudizado con los años, y la chispa de sus ojos había adquirido casi el brillo de una estrella. A principios de siglo fue nombrado despensero del monasterio, lo que en lenguaje del mundo significa que era el inspector de la granja y el encargado de compras de la abadía. El nuevo cargo le puso en contacto con vendedores, granjeros, obreros y agentes de ventas. Ninguno de ellos se separó jamás de él con melancolía. Al contrario, la mayoría le dejaban riéndose, porque los hombres que están cerca de Dios están llenos de sol y de risa aunque lloren con frecuencia.

Se cuenta una pequeña anécdota encantadora de la visita que hizo a Joaquín su hermana pequeña, Sarah Corina Lee. Llevó con ella a sus graciosas hijas Cecilia y Mary, porque sabía que a Joaquín le encantaban los niños, y especialmente aquellas sobrinas. Después de jugar un rato con ellas, Joaquín se volvió a Sarah para dedicarle toda su atención, dejando a las dos chiquillas retozar y divertirse por la estancia. La pequeña Cecilia era una señorita y se comportaba totalmente como en visita, pero no ocu-rría lo mismo con Mary. Esta, más parecida a su tío John Green Hanning, no tardó en cansarse del confinamiento en una habitación y de la charla de las personas mayores, comenzando a inquietarse.

Ni Joaquín ni Sarah se dieron cuenta de por qué Cecilia estaba sermoneando a Mary sobre la manera de comportarse las niñas en una visita. Pero Mary no estaba dispuesta a soportar sermones ni a quedarse en aquella habitación. No estaba dispuesta a estarse quieta toda la tarde, sino a mostrarse tal y como era. Pero antes de que estallara en una explosión de cólera como las de John Green Hanning, Cecilia decidió actuar.

Empinándose hasta la pila de agua bendita, metió la mano en ella y con los dedos empapados empezó a chapuzar a su hermana pequeña. A Mary no le gustó ni pizca aquello, así se lo hizo saber, prorrumpiendo en un grito que llamó la atención de su madre y su tío.

— ¿Qué pasa? —preguntó Joaquín, sonriendo.

— ¡Cecilia! ¿Qué estás haciendo? —regañó la madre.

La respuesta, inocente y sincera, llegó acompañada de más agua bendita:

—Estoy echando al demonio de su cuerpo.

Joaquín se moría de risa. Contó la historia al abad y la repitió muchas veces, siempre riendo de buena gana. Es interesante señalar que la pequeña exorcista es ahora una digna madre de familia, y por lo que he oído, tiene otro Joaquín en un niño al que llama «Irlandés». Supongo que en muchas ocasiones tendrá también que «echar el demonio de su cuerpo», y me pregunto si lo hará con agua bendita.

Al hablar de sus hermanas y sus visitas, debo referir algo que Joaquín tomó a risa, pero que a mí me dejó sin aliento el saberlo. Recuerda vivamente la escena que encontraréis en cualquier biografía de San Bernardo, en la que el santo abad de Clairvaux dicta una carta a su secretario, y aunque está lloviendo a mares, ni una sola gota moja la carta. ¿Quién puede decir por qué obró Dios tal maravilla? ¿No sería con la intención de que la historia se relatara en los años venideros como prueba positiva del alto aprecio en que tenía a Bernardo?

Yo también tengo una historia que relatar. Un día muy caluroso de verano, Clara y Sarah, las hermanas de Joaquín, vinieron a Gethsemaní. Sarah llevaba en brazos al pequeño Lester,

su benjamín, que acababa de pasar una grave pulmonía. A primera hora de la tarde, las hermanas decidieron visitar a unos amigos que vivían a unos veinte o treinta minutos de camino del monasterio. Joaquín obtuvo permiso del abad para acompañar a sus hermanas en su visita.

No hubo incidente alguno en el camino. Hicieron la visita y emprendieron el regreso al monasterio, llevando Sarah al niño en brazos. De pronto, el cielo estival se oscureció intensamente, volcando sobre la tierra un torrente de lluvia. La madre y la tía se miraron acongojadas y después miraron al niño. El temor se apoderó de sus corazones al comprender que una mojadura podría significar la muerte para Lester. Joaquín se dio cuenta de la situación, y con una de sus fanfarronadas habituales dijo a sus hermanas:

—Vamos, no os preocupéis. Dadme al niño. Y vosotras dos, ¡echad a correr! ¡Os vais a poner hechas unas sopas!

La asustada madre sólo tuvo tiempo de dudar un instante, porque Joaquín tomó al niño en sus brazos, y, señalando al monasterio, exclamó:

— ¡Vamos, corred!... Lester y yo iremos después. No se mojará, os lo aseguro.

Las dos mujeres echaron a correr, y, como Joaquín les había anunciado, llegaron chorreando. Durante diez interminables minutos, sus rostros, pálidos de angustia, atisbaban el camino vacío, apoyados en los cristales de la ventana.

Al fin, distinguieron a un monje de hábito pardo que avanzaba por él tranquilamente llevando en sus brazos a un niño vestido de blanco. Marchaba sin prisa a través del aguacero. La pobre madre casi lloraba. Joaquín andaba con lentitud desesperante, en la que

parecía recrearse. ¿Por qué no corría? Por fin llegó a la escalera de acceso. Clara, nerviosísima, abrió la puerta con violencia. Sarah, llena de ansiedad, arrebató al niño de los brazos del sonriente Joaquín.

— ¡Ay, pobrecito mío! —suspiró.

Pero bruscamente se quedó cortada. Palpó una y otra vez las ropas del niño por todos lados y rompió a llorar gritando:

— ¡Jack! ¡Jack!... ¡Si está seco!...

Y «Jack» —que era Joaquín—, sin cesar de reír, repuso:

— ¡Ah, qué mujeres!... ¡Me ponéis malo!... ¿Es que no tenéis fe? ¡Pues claro que está seco! ¿No os dije que no se mojaría?

Entonces, cuando las dos mujeres se fijaron en que Jack estaba exactamente igual de seco que el niño, comprendieron que había sucedido un milagro. Acercándose a Sarah, que se había echado a llorar, Joaquín le dijo:

— ¡Vamos, vamos! ¡Dadme al niño!... ¡Pues sí que eres una buena madre! ¡Encima de que salvo a la criatura de un remojón me la vas a empapar de lágrimas!

Y así tomó a broma un milagro.

CAPÍTULO XIII

JOAQUÍN «AJUSTA SUS CUENTAS» CON DIOS

A pesar del exterior sereno, tranquilo y alegre del Hermano Joaquín, su interior ardía. Ya no era excitable, es cierto, pero seguía siendo vivo, enérgico, apasionado. Nunca estuvo su alma más inflamada ni su voluntad más encendida de enérgica determinación que ahora, que vivía su resolución —roja como el rubí— de «desquitarse» de Dios, de «demostrar» a Jesús que su infinito amor no se desperdiciaba, que el Calvario v la Cruz no habían sido inútiles. Y la llevaba a cabo mediante su vida trapense.

El silencio puede ser una tortura; el claustro, una crucifixión; el trabajo manual, una agonía; el ayuno y la vigilia, un tormento, y la vida trapense en comunidad, una terrible angustia si sólo se consideran como «algo». Nada de ello es normal, natural, ni humano. El hombre no es sólo un animal racional. Es también —y muy especialmente— un animal social, la única criatura de Dios sobre la tierra capaz de pensar y de expresar su pensamiento. El mismo Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo». Sin embargo, Joaquín estaba solo. Estaba callado. ¿Por qué?

Joaquín era normal, tenía un corazón de carne, un cuerpo con huesos, músculos y sangre palpitante; tenía todos los instintos comunes al hombre. Era humano. El instinto de conservación, el de

reproducción y el de autoexpresión eran tres tendencias tan apasionadas en el alma de aquel meridional como en el alma de cualquier americano vivo. Y, sin embargo, renunciaba a ellas. ¿Por qué?

Muchas veces se había enfrentado con ese ardiente «¿Por qué?»

Cuando recorría en silencio el monasterio, cuando sudaba bajo el abrasador sol de Kentucky, mientras comía la sencilla colación en refectorio desnudo, o al levantarse de su duro lecho de paja y tablas, se planteó esta pregunta: «¿Por qué?»

El estruendo del mundo perforó con frecuencia el silencio de su alma, y su pasión por lo práctico retorcía y torturaba su corazón meridional al mostrarle la locura v la futilidad de la vida trapense, al decirle que su sublime sacrificio no era más que una antigualla pasada de moda, un suicidio sin otro motivo que una impracticable supervivencia de la Edad Media. También las voces del mundo le preguntaban con frecuencia: «¿Por qué?», señalándole la vaciedad de todo ello al preguntarle qué obtendría, qué podría mostrar a cambio de todo su silencio y toda su soledad. ¿Qué puede enseñar al mundo un trapense? ¿Qué puede enseñar un trapense al mundo que juzga las cosas con el único rasero que conoce, el rasero del éxito material?

Joaquín era americano y tenía que enfrentarse con esas preguntas tan típicamente americanas que son el «¿Por qué?» y el «¿Con qué fin?» Cuando sólo llevaba seis meses en el monasterio ya se preguntaba qué bienes se había reportado a sí mismo, a sus semejantes y a las generaciones venideras, y qué podía conseguir con su vida trapense. Estas preguntas eran tan insistentes como el fantasma de Banquo, y no había manera de acallarlas.

Joaquín era católico, e incluso el Evangelio —la palabra inspirada por Dios— le hacía vacilar. Leyendo las parábolas de Cristo se sintió fuertemente impresionado por la de los talentos. Comprendió que si un talento podía ser enterrado, no podía existir para él una sepultura más profunda que la abadía de Gethsemaní. Leyendo los Evangelios advirtió que Cristo llamaba siempre a una vida activa. A Pedro, a Santiago y a Juan les había dicho: «Venid y Yo os haré pescadores de hombres». A sus discípulos les dijo: «Rogad al Señor de las mieses que envíe a sus jornaleros a sus campos. La mies, en efecto, es mucha, pero los brazos son pocos». Reflexionando sobre la parábola en que se compara el reino de los cielos con una viña, vio que los *trabajadores* eran enviados a la viña. A todas partes donde se volvía, hallaba a Cristo aconsejando la acción. A los apóstoles: «Id y enseñad a todas las naciones». Al joven rico: «Ven y sígueme», a una vida de intensa actividad y extraordinaria exterioridad.

El mundo, con su sabiduría práctica y su razonamiento lógico; el Evangelio, con su revelación divina, y los propios instintos de Joaquín, coincidían para hacerle cavilar y preguntarse: «¿Por qué?» ¿En qué sitio del Evangelio se inducía al hombre a enterrarse en vida, a vivir en silenciosa soledad, lejos de la compañía de los demás? Cristo había dicho: «Dejad que vuestra lámpara brille ante los hombres para que puedan contemplar vuestras buenas obras y glorificad a vuestro Padre que está en el cielo». ¿Dónde podría encontrar apoyo para el aislamiento y la soledad trapenses? Desde luego, no sería en la historia del buen Samaritano, ni en la del buen Pastor. Joaquín tenía motivos para vacilar más de una vez y para decirse a sí mismo: «Si esta vida trapense es santa, no lo es, desde luego, con la santidad de Cristo, que dijo: «Dejad que los niños se acerquen a Mí», y que ordenaba

salir a los caminos reales y a los atajos a invitar a las bodas a todos cuantos se hallaran en ellos».

Entonces, ¿a qué había de atenerse? ¿Qué podía responder a aquel imperativo y persistente «¿Por qué?» Pero Joaquín respondió y respondió plenamente. No era un filósofo profundo ni un teólogo instruido; no era más que un americano de tipo medio, agudo, práctico y lógico; pero, además, era católico y amante. Su respuesta completa y definitiva la dio con un nombre. Al machacón «¿Por qué?» que sacudía su alma hasta los cimientos desnudos y sin adornos de la fe, respondió con un grito ardiente y triunfante: «¡Jesucristo! Esa palabra fue la justificación completa y definitiva de su intensa vida de Hermano lego trapense. Joaquín había llegado a la magnífica comprensión de que la vida trapense no era algo, sino Alguien, y ese alguien era Jesucristo.

Sabía que tenía la vida de Cristo, no totalmente, pero sí lo suficiente para satisfacer su condición de hombre mortal. Sabía que nunca podría alcanzar la brillantez el Domingo de Ramos, pero deseaba conseguir el Viernes Santo, y lo consiguió. Sabía que nunca tendría la pompa y la exhibición de la vida pública de Cristo; pero lo que quería, y lo que obtuvo, era sólo sufrir una parte de la Pasión. Sabía que no tenía el total de la vida de Cristo, pero le bastaba para ser feliz tener treinta años de vida oculta y tres horas de agonía.

Ante aquel mundo tan sabio que exigía resultados prácticos y señalaba la tontería y la futilidad de la vida contemplativa, Joaquín hubiera podido encolerizarse justamente y señalar a Jesucristo. ¿Habría locura comparable a la de un Dios envuelto en la mísera arcilla de que están hechos los hombres para vivir desconocido e ignorado durante tres décadas, tras las cuales pasar tres años

predicando, pidiendo, orando y obrando milagros por y para un pueblo orgulloso, que como recompensa le tendría tres horas clavado en una cruz? ¿Tontería? ¿Futilidad? ¿Qué realizaciones materiales podía señalar Jesucristo después de la vida en la tierra? ¿Qué resultados tangibles de sus treinta y tres años de existencia trabajosa podía mostrar?

Joaquín respondía a cada argumento con una sola palabra: «Jesucristo». La doctrina del Cuerpo místico no era tan popular en su época como lo es en la nuestra, pero Joaquín sabía bien que Cristo había dicho: «Yo soy la vid vosotros los sarmientos». Joaquín conocía el mundo y sus costumbres. Por tanto, sabía que algunos sarmientos estaban tronchados y otros totalmente muertos. Sabía que había almas hundidas en el pecado, y por, eso quería ser una rama con hojas y frutos; quería ser un alma limpia de pecado. Conocía los pecados arraigados en la sociedad. Durante treinta y seis años había vivido entre los hombres y sabía su suciedad. Por eso las palabras de Cristo a sus fracasados apóstoles sobre el demonio, que no podían arrojar de sí, significaban tanto para nuestro lego trapense. «Ese espíritu sólo puede ser lanzado mediante la oración y el ayuno.» Recordando estas palabras, nuestro Hermano se dio cuenta de que al luchar en su silenciosa soledad seguía los planes de la Sabiduría Infinita, y esperaba con aquella lucha poder engendrar almas puras, tan puras como las nieves del invierno, tan radiantes como el sol del cielo y tan hermosas como los lirios brotados en la primavera. Rogaba que desde aquellas almas se elevara hasta el cielo un fragante perfume que anulara la pestilencia de este mundo creado por Dios y poblado por El con hombres de libre albedrío.

Joaquín podía haber aducido otras muchas razones para su

permanencia allí. La Iglesia tiene tres divisiones, y él sabía que con su vida, fútil y tonta, amontonaba méritos para la Iglesia Militante, socorría continua y eficazmente a la Iglesia Purgante y añadía su bien ganado tributo a la Iglesia Triunfante. Podía conceder que, en lo que a este mundo se refiere, su vida de trapense podía parecer inútil; pero en cambio, en cuanto al otro mundo, podía exigir que todos reconocieran su extraordinaria utilidad para cuantos habían desaparecido antes que él, cuyas almas impotentes sufrían los mayores tormentos. Sabía que, desde luego, el silencio, el celibato y la soledad no poblarían nunca nuestro vasto mundo, pero también sabía que contribuirían en alto grado a despoblar el purgatorio, lo que consideraba un gran bien.

Con el tiempo, nuestro Hermano llegó a comprender que aquel persistente «¿Por qué?» no era más que una tentación. Y cuando se hacía muy insistente se regocijaba, porque sabía que al padecerla se parecía a Cristo. Si Satán había tentado a Cristo, ¿por qué iba él a ser menos? Podía haber respondido como Cristo. Podía haber contrapuesto un texto con otro, podría haber parangonado un ejemplo con otro, enfrentado un argumento con otro. Podía haber dicho perfectamente que si ha de haber activas Martas, son necesarias las Marías contemplativas. Que la luz no iluminaría a los hombres si no hubiera dínamos ocultos. Que no habría «pescadores de hombres» si no hubiera silenciosos fabricantes de redes y desconocidos armadores. Que no habría quien predicara con éxito la palabra si no hubiera quien suplicara constantemente al Verbo. Que si se necesitan maestros que enseñen a los hombres las cosas de Dios, son igualmente necesarios, por no decir que más aún, los hombres que hablan a Dios de los hombres. Que si se han de enviar obreros a la viña, ha de haber sarmientos unidos a la vid, sarmientos henchidos de la

vivificante savia de la cepa, sarmientos cuajados de fruto. Que si ha de haber una resurrección, ha de ocurrir antes la crucifixión. Y, en fin, que si Cristo ha de triunfar, tiene que haber trapenses.

Pero Joaquín daba una sola y única respuesta, el nombre de todos los nombres, «Jesucristo». Ese nombre era la vida para Joaquín. Sabía que si en el mundo ha de perdurar el cristianismo, tiene que haber otros Cristos. Y aspiraba a ser como Jesús, una víctima voluntaria por los pecados del mundo, al llevar su vida de trapense con el mayor esmero. Era la única manera de «ajustar su cuenta» con Dios. Si Jesús había muerto a causa del pecado, Joaquín viviría eso que el mundo llama «muerte». Si Jesús satisfizo a un Dios ofendido levantando el castigo eterno que el pecado merecía, Joaquín esperaba satisfacer a un Dios olvidado y llegar a hacer desaparecer gran parte del castigo temporal que merecían los pecados. Cristo fue el primero y el gran Redentor, y Joaquín quería ser otro pequeño redentor.

El Hermano Joaquín María amaba a la Humanidad como muy pocos hombres la han amado. Era el mayor de los filántropos, porque era un supremo «teofilista», es decir, un amante de Dios. Cristo dijo: «Amaos los unos a los otros», y Joaquín cumplía ese mandamiento con la más tremenda prueba de amor, con la muerte. «Nadie tiene mayor amor que éste de dar uno la vida por sus amigos», había dicho Jesús, y por eso Joaquín dejó su vida, primero por sí: invariable amigo, después por todos los demás amigos nacidos de la Sangre de Jesucristo.

Si alguna vez hubo un hombre consciente de Cristo y centrado en Cristo, ese hombre fue Joaquín. Nunca tomó la decisión de ser amable, cariñoso y paciente. Nunca tomó la resolución de ser cordial, humilde, ni de dominarse. Nunca cultivó ninguna virtud

deliberadamente; pero siempre se esforzó por ser en todo como Jesucristo. Era amable sólo para ser como Jesús; era paciente sólo para ser como Cristo; cordial, sólo para asemejarse al cordialísimo Cristo; humilde y manso, sólo porque Cristo era manso y humilde. Joaquín estaba totalmente absorbido por Cristo y en Cristo, y ésa es la santidad consumada.

A nuestro Hermano, al hacer el Vía Crucis, le gustaba detenerse ante la quinta y la sexta Estación, pues le parecía que resumían su vida. Simeón el Cirineo había ayudado a Jesús a llevar su cruz el día que la Humanidad hizo morir a Dios. La ambición de Joaquín era ser «un alegre Cirineo». Para él no era obligatorio como para Simón cargar con la cruz. ¡No! Lo hacía voluntariamente. Ofreció su hombro voluntariamente, porque sabía que la Humanidad aún seguía crucificando a Dios con toda crueldad. Los días en que se sentía extraordinariamente pequeño se detenía ante la sexta Estación y agradecía su gesto a la Verónica. Después ofrecía su vida—bien poca cosa: la vida de un ex «cow-boy», de un meridional ardiente y vengativo, de un Hermano lego trapense que iba envejeciendo—, rogando a Dios aceptarla como había aceptado el velo de la Verónica, y que enjugara con ella, de la hermosísima pero horriblemente maltratada faz de Cristo contemporáneo, los salivazos del hombre actual.

Hacia principios de siglo, cuando el mundo estrenaba alegremente el «novecientos», Joaquín vivía su transformación:

> «Jesús, mi Rey, yo te he crucificado.
> Ahora te toca a Ti crucificarme!...»

Y la vivía con el semblante radiante y la gloria en los ojos. El silencio, la pobreza, la oscuridad, la penitencia, el trabajo manual,

el sudor, el frío, las humillaciones, la obediencia, la negación de sí, el claustro, la abstinencia, las vigilias y los ayunos, a veces le arañaban el alma. Mas no por ello perdía su semblante radiante ni la gloria dejaba de resplandecer en sus ojos, porque precisamente en tales ocasiones sentía que se estaba «desquitando de Dios».

Si Dios pudo soportar el dolor de Belén, Joaquín bien podía aceptar la pobreza de Gethsemaní. Si Dios pudo convertirse en el Carpintero del pueblo, bien podía Joaquín ser un bracero más. Si Dios pudo amar la oscuridad de Nazaret, bien podía Joaquín amar los muros del claustro. Si Dios pudo sentarse junto a un pozo, cansado del trabajo, bien podía Joaquín bañarse en sudor bajo el sol del mediodía. Si Dios pudo agonizar en el huerto de Gethsemaní y morir en el monte Gólgota, bien podía Joaquín clavar su propia alma a la dura cruz del silencio y la soledad, de la oración y la penitencia, y «ajustar sus cuentas» con Dios siendo un perfecto trapense.

En 1907 le ocurrió algo que le proporcionó el goce de una nueva manera para «quedar en paz» con Dios. Aquel año, nuestro Hermano empezó a decaer. Durante más de veintidós años había vivido la vida trapense en perfecto estado de salud: pero ahora su constitución, abrasada por tantas pasiones, empezó a doblegarse. Joaquín sufrió un grave ataque de albúmina que le regocijó sinceramente, porque le proporcionaba una nueva arma con la que proseguir su combate para «ajustar cuentas con Dios».

La Regla trapense dedica toda clase de consideraciones a los enfermos. Pueden disponer de una habitación aislada, ser dispensados de los ayunos y vigilias e incluso comer carne. Pero Joaquín no buscó ninguno de esos privilegios. Sus medicinas eran el orden corriente y la dieta corriente —decía, si le hablaban de

tomar alguna—, porque habéis de saber que nuestro Hermano tenía, además, otro padecimiento físico: su patología era la patología común a todos los santos: padecía un gran aumento del tamaño de su corazón. Pero como estaba enamorado de Cristo, en la única medicina que se le ocurría pensar para su afección era en la austeridad de la Regla.

Cuando el médico le dijo a Joaquín que tenía albúmina se echó a reír. ¿Y por qué no? Desconocía en absoluto la llamada «enfermedad de Bright», pero conocía bien su otro padecimiento, y éste le alegraba mucho, pues lo identificaba con el de los santos: la enfermedad del corazón. ¿Podría dejar de sentirse alegre y satisfecho? Estaba cerca, sumamente cerca, de los amores de su vida, de Jesús y de María. Podía arrodillarse bajo las lámparas del santuario y sonreír ante el Dios del Tabernáculo diciéndole: « ¡Qué buen desquite!» Tú estás encerrado tras una puerta dorada; yo, tras de las paredes del monasterio. Tú vives enterrado en una oblea de trigo; yo vivo enterrado en un hogar trapense. Tú eres un Dios silencioso; yo, un monje silencioso. El mundo te hace muy poco caso, y se ríe de mí. Tú vives en el pan para alimentar mi alma; yo vivo en este hábito pardo para consolar a tu Corazón. Tú, Cristo, mi Capitán, moriste por mí sufriendo; yo, Jesús, amor mío, ¡vivo sufriendo por Ti!» Y Joaquín era feliz.

Incluso el mundo profano debería comprenderlo, ya que preconiza como única manera de ser feliz la norma de «saber lo que se quiere, y luego dedicarse a conseguirlo». Es un mundo práctico que enseña a sus hijos el método directo, insensible y decidido de «Trata de conseguir lo que desees, cueste lo que cueste». Es un mundo efectivo y eficiente. Pone en práctica sus principios y tiene buenos discípulos. Hemos visto a Eduardo VIII

renunciar al trono de Inglaterra y a Carol de Rumania perder el suyo para poder casarse con las mujeres que amaban. El mundo les había enseñado a «saber lo que querían» y a conseguirlo sin reparar en el precio. Tal es el lenguaje del mundano profano, y por ello digo que ese mundo debería comprender la felicidad de Joaquín y aplaudir rotundamente su vida trapense, en la que siguió sus consejos y los llevó a la práctica al perder sus derechos al imperio y renunciar al dominio del mundo para poder alcanzar los amores de su vida, que eran la Reina y el Caballero de su corazón.

La crisis económica demostró lo pasajera que es la riqueza. El poder puede perderse de la noche a la mañana, como lo perdieron amargamente el zar de Rusia, el emperador de Alemania y los reyes de Italia y España. El prestigio y la popularidad sólo se disfrutan en tanto dura el humor cambiante de un mundo veleidoso. Los placeres del mundo son tan efímeros como el humo. Pero, aunque no hubiese crisis, revoluciones ni humores cambiantes, el corazón humano tampoco hallaría descanso, porque este mundo no es capaz de ofrecer cosas que nuestro corazón pueda poseer eternamente. La muerte es siempre el sombrío espectro que se burla del hombre ambicioso o avariento y le hace comprender al fin que sus esfuerzos son tan inútiles como los trabajos de Tántalo. La riqueza se pierde, porque las mortajas no tienen bolsillos. El poder y el prestigio se pierden — ¿dónde están los césares de ayer?—, la popularidad se pierde; la memoria del hombre es muy frágil.

Joaquín, en cambio, tenía lo que deseaba, y podía tenerlo y conservarlo para siempre. Había alcanzado a Dios. Tenía por amigo y amante al Infinito. Allí, en Gethsemaní, estaba al alcance de su vista, aunque en forma velada y sacramental, y sabía que en el cielo le tendría sin velo, cara a cara y para siempre. Por eso, el

mundo profano debiera comprender la felicidad de aquel Hermano lego que pasaba su vida en una heroica lucha para «ajustar sus cuentas con Dios.

El otoño de 1907 se diluyó en el invierno, y éste, a su vez, en la primavera de 1908, mientras el Hermano Joaquín, a pesar de sus cincuenta y nueve años, a pesar de su enfermedad y a pesar de los veintitrés años de austeridad trapense, seguía viviendo radiante su jovial novela de amor a Dios. Sentía los años, la enfermedad y la vida durísima, pero, sobre todo, sentía su corazón que latía con un ritmo más elevado aún y enviaba un río de amor más rico más fuerte todavía a sus venas, impulsándole a vivir intensamente para Dios su jornada de diecisiete y dieciocho horas de trabajo. Se levantaba, leía, rezaba y trabajaba con los demás monjes. Y no sólo evitaba en todo momento proferir una queja, sino que ocultaba tras una alegre sonrisa el cansancio y el desgaste de los años y las dolencias.

Llegó la santa época de la Cuaresma y nuestro ardoroso combatiente quiso pasarla con una sola comida al día, un aumento de oraciones y penitencias y un trabajar mano a mano con los más jóvenes. Quiso pasar aquella Cuaresma del mismo modo que las veintidós anteriores, en la más estrecha unión posible con el Hombre de los Sufrimientos. Deseaba entregarse lo mismo que Aquel que se entregó por entero. Jesús había llegado a significar tanto para Joaquín, que un día pasado sin ofrecerle algún sacrificio especial lo consideraba perdido, completamente desaprovechado. Por eso la Cuaresma se aparecía a nuestro apasionado meridional como una época gloriosa, y la comenzó con los fuegos meridionales llameantes y el carácter en su mejor aspecto, decidido a «enseñarle a Jesús de lo que era capaz». Y lo hizo durante

algunas semanas. Pero poco antes del Domingo de Pasión, los superiores se dieron cuenta de que su volcán casi se había extinguido; y así, aunque doliéndoles hacerlo, le dieron el «alto», ordenándole ingresar en la enfermería y guardar cama.

John Green Hanning hubiera estallado violentamente ante semejante oposición a sus planes; pero el Hermano Joaquín María la escuchó con tranquilidad, respiró profundamente, y, después de apretar un momento su mandíbula de meridional, su rostro se iluminó con una brillante sonrisa, dio las gracias a sus superiores y se fue a la cama. Al hombre le dolía, pero hasta aquel dolor lo supo convertir en regocijo y reírse para sus adentros cuando al designarle una habitación para él sólo, murmuró: «Ahora sí que voy a ajustar mi cuenta».

Hay muchos lugares solitarios en el mundo. Los cementerios están solos; los asilos están solos; los hospitales están solos; pero el más solitario de todos es una enfermería trapense. Puede que alguien, sorprendido por esta afirmación, se pregunte cómo unos hombres que han pasado su vida en el silencio y la soledad puedan sentirse solos. Pero esa sorpresa y ese asombro sólo proceden de una falta de comprensión de la vida trapense.

El trapense vive en el silencio más absoluto, es cierto, pero vive en comunidad. Tiene al lado hombres iguales que él: sus ojos hablan, sus cuerpos se mueven, están vivos y repletos de energías. Esos hombres trabajan con uno, comen con uno, rezan con uno, se convierten en parte de uno. Son los más próximos entre los más próximos compañeros, a pesar de que nunca se haya cruzado y probablemente nunca llegue a cruzarse una sola palabra con ellos. Un trapense no es un ermitaño ni un solitario; tiene la compañía constante, íntima y cordial de hombres que,

como él, luchan con todas sus reducidas fuerzas para ofrecer algo a Dios. Por eso, cuando se le envía a la enfermería, lejos de la comunidad y de sus ejercicios, lejos de todo contacto con los demás monjes, se encuentra en una soledad espantosa. Joaquín preveía lo que le esperaba al ordenársele guardar cama. Se dio cuenta de que iba a estar tan solo como lo estuvo el Dios del Gólgota, y por eso se echó a reír y murmuró: «Ahora sí que voy a ajustar mi cuenta».

Durante treinta días guardó cama. En ese tiempo pobló el silencio de su cuarto solitario con la presencia de un rey y de una reina. Rezaba continuamente el Rosario al recorrer su propio Vía Crucis. Echaba de menos a la comunidad tanto como Cristo echó de menos a sus Apóstoles en Gethsemaní y en el Gólgota, y por eso una agradable sonrisa se abría continuamente sobre sus labios: se estaba pareciendo a Jesucristo. María estaba a su lado como lo estuviera al de Cristo; pero no era su *Mater Dolorosa*, sino la causa de su alegría. El niño, el hombre y el monje, se incorporaron en él para entregar todo el cariño de su corazón a su Madre, a su Dama y a su Reina. De pronto, empezó a sentir un gran afán de cielo. Siempre había sido un muchacho hogareño, y veintitrés años de vida trapense le habían enseñado cuál era su verdadero hogar. Este conocimiento culminaba ahora en sus suspiros llenos de nostalgia.

Un trapense nunca teme a la muerte. ¿Por qué la va a temer? Sabe que la muerte para él no es el fin, sino el principio de una vida, la puerta hacia Dios. Sabe que el ángel de la muerte es Cristo, y que la llamada de la muerte no es más que la orden del Rey de reyes y del Hermano de los hermanos de que «volvamos a casa». ¿Por qué iba el Hermano Joaquín a temer a la muerte?

Había vivido una vida sólo para Dios, y la muerte le proporcionaba a Dios. Para el monje trapense la muerte no significa la oscuridad, sino la aurora. Durante años y años labora en la tiniebla exterior de nuestro pequeño planeta que gira incesantemente, esforzándose por alcanzar a Dios. Le ve solamente de manera oscura, por muy brillante que luzca la llama de su fe. Sólo consigue verle a medias y en penumbra. Pero cuando llega la muerte, ¿qué es sino el alborear maravilloso de un día eterno?

Dicen que a la dureza de una vida corresponde una muerte fácil. Si esta afirmación es cierta —y yo creo que sí lo es—, Joaquín debió tener una vida durísima, porque su muerte fue de las más fáciles. El 30 de abril de 1908 se quedó dormido. Al sacerdote que le asistía le sorprendió lo apacible de su sueño y lo agradable de su sonrisa. De aquel plácido sueño Joaquín no despertó jamás. Se durmió sonriente en la tierra para abrir los ojos en el cielo.

Al fin, «había quedado en paz con Dios». Le costó veintitrés años el hacerlo, pero lo hizo. Tal vez la dulce sonrisa que se dibujaba en sus labios el último día de su vida era debida a que en sus adentros se decía: «Ya me llega, Señor, el momento de ajustar con Vos mis cuentas, como lo hice siempre». Y es posible también que Dios, Nuestro Señor Jesucristo, que tiene un infinito sentido del humor, saludase en su Gloria al Hermano Joaquín María, no con una vulgar bienvenida a un fiel servidor, sino diciéndole: «Bien venido, mi Vesubio americano. Por fin, «te has desquitado» como lo hiciste siempre. Pero ahora me toca a Mí ajustarte las cuentas».



CAPÍTULO XIV

DIOS «AJUSTA SUS CUENTAS» CON JOAOUÍN

El Hermano Joaquín María falleció el jueves 30 de abril de 1908 y fue enterrado el viernes 1 de mayo. Los trapenses no guardan luto a sus muertos. ¿Para qué? Si alguna vez es cierto el eufemismo aplicado a tantos mortales de «se lo ha llevado Dios», éste es indudable en cuanto a los monjes trapenses. Si viven para Dios sólo, ¿podían sus muertes ser otra cosa que «una ida hacia Dios»? Luego, ¿para qué velar a sus muertos y llorarlos? ¿Por qué no regocijarse?

Claro que se llora. En todas las muertes trapenses y en todos los entierros trapenses hay lágrimas; pero son lágrimas de soledad, con un ligero matiz de envidia. Se siente un enorme cariño hacia estos hombres a quienes nunca hablamos, pero con quienes convivimos en la más estrecha comunión. Nuestros corazones llegan a ser tan gemelos como ningunos otros corazones gemelos puedan serlo. Nuestras mentes, nuestras voluntades, nuestras almas, han pasado todos los largos años de vida trapense pre-ocupados por el mismo objeto. Nuestros días y nuestras noches han transcurrido haciendo idénticas cosas. Nuestras vidas enteras, desde el momento de ingresar en el monasterio, han estado forjadas en un único molde, y los corazones humanos, por ser

corazones humanos, son sensibles al cariño. Este afecto trapense es un afecto corriente; es mucho más el del camarada por el camarada, del amigo por el amigo e incluso del hermano por el hermano. Es más que ningún otro afecto humano, porque está teñido del amor divino. De una u otra forma, estos hombres se convierten en parte del ser de los demás. Tal vez en un monasterio trapense es donde la unidad y la solidaridad del Cuerpo místico se sienten y practican verdaderamente. Sea lo que sea, las cuerdas del corazón se sienten enlazadas en un santo afecto. La muerte hace vibrar esas cuerdas y por eso brotan las lágrimas, pero no el verdadero duelo. Las lágrimas brotaron a la muerte del Hermano Joaquín, porque su marcha hizo que todos se sintieran solos.

Su cuerpo consumido fue colocado en el féretro trapense y transportado a la iglesia, donde se encendieron cirios a sus pies y su cabecera. A la luz tenue y temblorosa de sus llamas, dos monjes de coro con hábito blanco, sucediéndose a intervalos de media hora, acompañaron el cadáver de hábito pardo y recitaron esos inspirados salmos del rey David, hasta que la Misa de difuntos dio comienzo.

El viernes por la mañana se cantaron el solemne Oficio de difuntos y una Misa solemne. Después de celebrada ésta, la comunidad el pleno, en procesión, condujo el cuerpo de Joaquín a su último lugar de descanso, ese recinto cuadrado donde las cruces de hierro hacen guardia para el santo reposo del amor sacrificado. Los cantos fúnebres flotaban en la perfumada brisa de mayo, y al postrarse de hinojos los monjes, sus voces eran firmes y potentes, a pesar de tener los ojos húmedos de llanto. Sobre la tumba se colocó una cruz de hierro, silencioso centinela para su sagrado polvo. Sus compañeros de armas dispararon una triple

salva sobre su tumba —no de fusilería, sino de sus gargantas—, al poner la emoción de sus corazones en la invocación, tres veces repetida, *Domine miserere!*

Sus ecos se desvanecieron en el aire tibio y fragante; la última palada de tierra cayó sobre el húmedo montón, y, al parecer, todo quedó concluido. ¡Pero no! A Dios nunca se le sobrepasa. Joaquín «había ajustado su cuenta» con El; ahora le tocaba la vez a Dios. No habían transcurrido dos meses de la muerte del Hermano Joaquín María, cuando llegó una carta del mundo exterior. Procedía de un seglar que había entrado en contacto con Joaquín mientras éste era prefecto del Colegio y despensero del monasterio, una persona que había visto brillar la santidad y el amor a Dios en los ojos llenos de buen humor de aquel lego trapense, y que al enterarse de su muerte empezó a rezar no por, sino al Hermano Joaquín María. Esta persona decía que había hecho una novena en honor de nuestro Hermano, y que en el último día el cielo había respondido. Dios empezaba a dar lo suyo a Joaquín. Pero esto era sólo el principio, y aún se lo sigue dando.

Han pasado treinta y dos años[6] desde que nuestro Hermano se quedara dormido sonriendo, y durante ellos, muchas gentes de dentro y fuera del monasterio han rezado a este heroico trapense americano sin quedar nunca defraudadas.

El año pasado mismo, una monja que llevaba media vida dedicada al servicio de Dios se sintió falta de espíritu y de inspiración. Era a fines de abril de 1939, en esa estación en que todo el mundo estalla con nueva vida floreciente. El universo palpitaba con la milagrosa y emocionante actividad de la primavera. Pero toda aquella nueva y exultante energía de la Naturaleza no

[6] El libro del Padre Raymond está escrito en 1940. (N. del T.)

hacía otra cosa que aumentar la lasitud en el alma de aquella buena monja. Se hallaba ya casi desprovista totalmente de entusiasmo por la vida o el vivir, cuando de pronto pensó en Joaquín. Como era precisamente el día de su aniversario, se volvió a él implorándole le alcanzara la gracia que necesitaba. No especificó. Como apenas sabía lo que había de pedir, dijo sencillamente: «La gracia que necesito».

Aquella misma noche, por más esfuerzos que hizo, no pudo conciliar el sueño. Intentó rezar, intentó hacer planes; intentó pensar y volvió a intentar dormir; pero todo intento era un fracaso. Entonces, de repente, y sin saber de dónde procedía, apareció en el centro mismo de su alma la imagen de una cepa con sarmientos; algunos estaban sanos y cubiertos de frutos, otros medio desgajados y comenzando a secarse, otros completamente muertos. La contempló algún tiempo sin comprender su significado. Pero en seguida se le apareció asombrosamente claro y con toda la fuerza de una revelación el propósito entero de su vida y su participación en el Cuerpo místico. Se levantó, y, cayendo de rodillas, prometió de nuevo al cielo trabajar hasta el fin con todo su ser por la Vid y sus sarmientos. Su corazón latía con fuerza y sus ojos estaban muy húmedos al volverse a Joaquín y agradecerle una de las mayores gracias que recibiera desde la infancia.

Hay muchas personas en los Estados Unidos que sienten una tierna devoción por nuestro Hermano, pero quizá ninguna sobrepase a la de su hermana pequeña, Sarah Corine. Ella había presenciado el «milagro de la lluvia», porque Lester era su hijo; ella había sabido a través de su hermana mayor, Nannie, que Joaquín poseía el «don de lágrimas».

Estos hechos, unidos a sus numerosas visitas a Gethsemaní y

a las conmovedoras cartas que de allí recibía, la convencieron, mucho antes de 1908, de que su hermano mayor, John Green, estaba cerca de Dios y le era muy amado. Por eso, cuando sobrevino su muerte, hizo una pequeña urna para su retrato, y todas las noches, después de rezarle, solía decirle un cariñoso «buenas noches». Cuando tenía disgustos recurría a su hermano mayor en una oración plena de confianza, y en seguida se veía libre de ellos. Cuando sus hijos iban al colegio tenía una petición especial para Joaquín. Le llamaba, le encargaba cuidar de los pequeños, acompañarlos a todos lados y guardarlos de los peligros, especialmente de las mojaduras. El valle de Ohío tiene muchos cambios rápidos de temperatura y mucha lluvia, y, sin embargo, antes de su muerte, Sarah manifestó que ni una sola vez en todos aquellos años volvieron sus niños mojados del colegio. Joaquín era fiel. Todo esto no era más que la manera en que Dios «ajustaba sus cuentas» al hombre que «se desquitaba siempre».

¿Es acaso maravilloso? ¿Podía Dios rehusar algo a un hombre que durante años y años trabajó como un esclavo con la idea fija de devolver amor por amor, de soportar el sufrimiento por el sufrimiento, de crucificarse a sí mismo porque Él había sido crucificado? ¿Podía Dios rehusar algo a aquel americano que se enterró vivo a fin de poder vivir sólo para Dios? ¿Podía Dios rehusar algo a un hombre que, cooperando con su gracia, transformó el afán de venganza en virtud y convirtió a un ardiente meridional en un santo ardiente? ¡Imposible!

Precisamente cuando se iba a empezar la impresión de este libro me llegó una carta con esta petición: «¿Quieren hacerme el favor de que el Hermano Joaquín ruegue por mí? Sé que murió hace bastantes años, y por eso se lo pido a ustedes. Estoy segura

de que está en el cielo y puede ayudarnos mucho. Era un Hermano tan santo, que Dios debe amarle».

Estoy de acuerdo con el que suscribe. «Dios debe amarle». Y estoy de acuerdo con fray Leonard Feeney, S. J., en que «los santos se nos dan para que los admiremos». ¿Necito deciros que admiro a Joaquín? ¿Necesito deciros que lo considero santo?

Hablando de santidad y de admiración, ¿no recordáis que precisamente en la época en que Joaquín «ajustaba sus cuentas» con Dios todo el mundo se encendió de admiración hacia otro santo, a causa de los escritos de Robert Louis Stevenson? Era una época en que el corazón de América latía todavía, y su cabeza se inclinó en un tributo emocionado ante el Padre Damián de Molokai. Stevenson hizo un retrato inolvidable del hombre que renunció a todos sus intereses para servir a los parias de la sociedad humana con los Sacramentos de Dios y el sacrificio de Dios. Damián fue un héroe y un santo; e incluso los más escépticos se inclinaron reconociendo el gigantesco desinterés de este sacerdote de Dios.

¿Os sorprendería si os dijera que Joaquín fue aún más desinteresado? Pues sí, lo digo, y ahora os expondré mis razones.

Allá en las lejanías del Pacífico azul, lejos de toda la Humanidad, se halla Molokai, el país de la lepra, el país de los muertos vivos. Damián se dirigió a aquel cementerio viviente para servir a los desdichados a quienes había desterrado la sociedad. Damián murió allí, porque se contagió de la terrible enfermedad padecida por los hombres a quienes servía tan desinteresadamente. Y Molokai tuvo su primer mártir.

Cuando alguien quiso empañar el recuerdo de aquel hombre magnifico, Robert Louis Stevenson escribió una obra en la que mostró el valor sobrehumano, el heroísmo, la abnegación y el

corazón de aquel sacerdote de Dios. A través de la obra de Stevenson, el mundo vio cómo un amante de la Humanidad entregaba su vida por los parias de la Humanidad, y le rindió su tributo.

Por una vez, el mundo tuvo razón. No sería yo quien restara un átomo a este tributo otorgado al heroico sacerdote de Dios. Pero quisiera que vosotros le comparaseis con Joaquín.

Damián vivió y murió por los leprosos. Damián vivió y trabajó con los leprosos; ¡pero no olvidéis que los leprosos le daban gracias y le bendecían! Los cuerpos podrían estar podridos, pero las almas estaban sanas; y las almas brillaban en los ojos de los leprosos y hablaban en sus lenguas, pero ¿qué recompensa recibió Joaquín mientras vivía y moría en el país de los muertos vivos, de los leprosos espirituales de la sociedad humana?

Para estos leprosos espirituales no existe ningún Molokai, pero si hombres como Damián y aún más grandes que Damián. Existió un Joaquín que se enterró vivo, aislándose voluntariamente de toda la Humanidad. Se desnudó de sí mismo y del egoísmo, para que la lepra espiritual pudiera curarse y los leprosos espirituales recobrasen la salud y la alegría mediante el Sacramento de Dios y el gran Sacrificio de Dios.

Damián, yendo a Molokai, renunció a mucho; pero Joaquín renunció a más. Damián tuvo el consuelo de absolver a penitentes leprosos, de convertir a leprosos ignorantes, de dar de comer a leprosos muertos de hambre, de acompañar a leprosos enfermos, de socorrer a leprosos agonizantes. De todos estos leprosos escuchaba un día y otro: «Que Dios le bendiga» y «Que Dios le tenga de su mano», y «Muchas gracias», Pero ¿y nuestro mártir del silencio? ¿Le dijeron alguna vez los leprosos espirituales «Que

Dios le bendiga, Hermano Joaquín», «Que Dios le tenga de su mano, Hermano Joaquín, o «Muchas gracias, Hermano Joaquín»? ¿Le miraron alguna vez sus ojos amorosamente o pronunciaron alguna vez sus labios cariñosas palabras de agradecimiento? ¿Le tendieron alguna vez las manos para apretar las suyas encallecidas y destrozadas por el trabajo?

Molokai está enclaustrado por el sonoro mar, pero nunca tan profundamente enclaustrado como Gethsemaní. Aquí trabajó Joaquín como un esclavo durante veintitrés años, sin que una sola alma le diera jamás las «gracias». Los leprosos espirituales sanaban. Sus almas brillaban de nuevo con el resplandor de la salud recuperada. Pero nunca llegaban a saber que un solitario lego trapense había alcanzado para ellos aquel milagro. Por eso no le daban las gracias. Joaquín vivió sólo de su fe, y durante veintitrés años se desvivió por nosotros los pecadores sin alcanzar siquiera el más mínimo consuelo humano. ¿No es esto ser tan grande —si no más grande aún— que Damián?

Me han dicho que en estos últimos años se ha despertado una gran admiración por el «Hermano» Dutton, un oficial de la guerra civil que se convirtió e ingresó en Gethsemaní, pero que al oír hablar de Damián abandonó la abadía, se abrió camino a través del país, sacó en San Francisco pasaje para Honolulú, y, con autorización eclesiástica y gubernamental, marchó a Molokai a ayudar a Damián. Tres años después, al morir Damián, hizo prometer a Dutton que nunca abandonaría a los leprosos. Dutton lo prometió, y ¡durante cuarenta y un años vivió su promesa! Cuando le preguntaban cómo lo había soportado, sonreía y respondía sencillamente: «Los quiero mucho». ¡Eso es amor heroico! Esa es la hombría en su concepto más elevado. Y, sin embargo, digo que

Joaquín fue más heroico que Dutton.

Dutton abandonó Gethsemaní; Joaquín permaneció, Dutton tuvo un Damián con quien hablar durante más de tres años. Joaquín no tuvo más que silencio. Dutton tuvo seres humanos por quienes trabajar, seres humanos leprosos, es cierto, pero seres humanos al fin, con corazones humanos y palabras humanas y amor humano; Joaquín no tuvo más que almas espirituales.

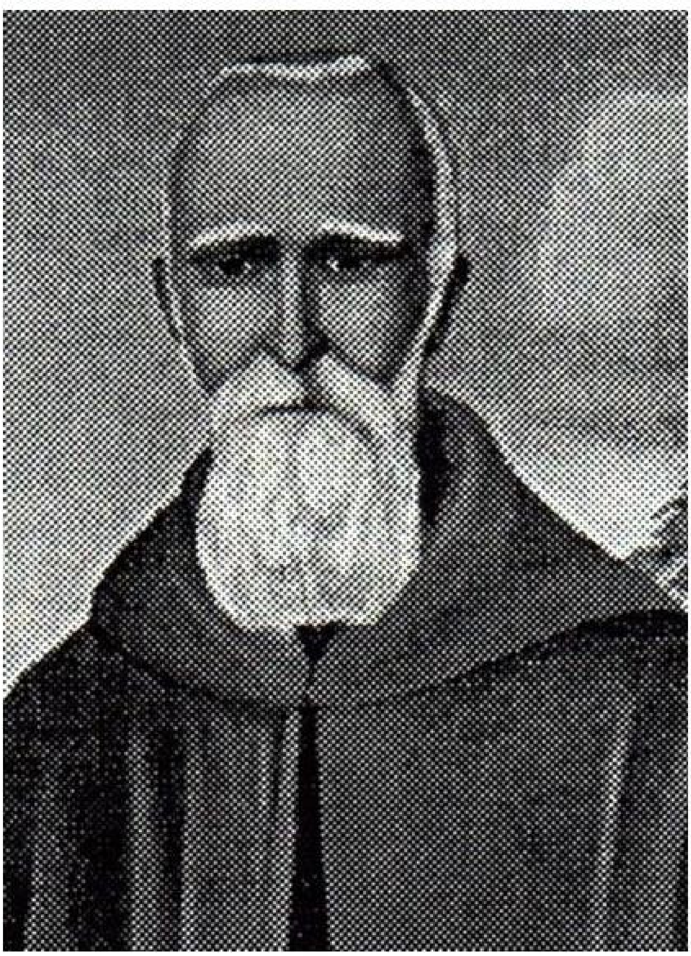
Damián y Dutton tenían una fe tremenda y una caridad gigantesca. Eso nadie puede dudarlo. Y, sin embargo, considero mayores todavía la fe y la caridad de Joaquín. Haber vivido y haber muerto en Molokai es, sin duda, un gran heroísmo. Pero ¿qué podremos decir entonces del heroísmo de quien vivió y murió en Gethsemaní?

No digo estas cosas porque admiréis menos a Dutton y a Damián, sino para que améis y admiréis más a Joaquín. Creo que el suyo fue el mayor sacrificio, y las suyas la cruz más cruel y la vida más heroica. Reconoceréis que «quedó en paz» con Dios de manera más completa.

Sí; el Padre Leonard Feeney tiene razón: «Los santos se nos dan para que los admiremos». Pero se equivoca si sólo quiere decir que sólo para que los admiremos. León Bloy está en lo cierto al decir: «No nos *convertimos* en absoluto», si con ello significa que trabajemos en, con y a través de las naturalezas humanas individuales que Dios nos ha dado; si significa que un tosco Simón solo podía convertirse en un San Pedro franco y temerario, mas nunca en un dulce y apacible Nataniel. Pero León Bloy estará muy equivocado si lo que quiere decir es que *nacemos* santos, y no que nos *convertimos* en tales. Porque Joaquín ha probado concluyentemente que un muchacho que siempre «ajustaba sus

cuentas» a todos, puede convertirse en un hombre que «ajusta sus cuentas» sólo con Dios. Ha demostrado con la mayor claridad que los americanos no están condenados a una mediocridad espiritual, que si descienden a las profundidades de sus corazones pueden escalar las cimas de la santidad. Y, por último, ha demostrado a todos que un «cow-boy» puede convertirse en un contemplativo, que un temperamento ardiente puede resultar un favor del cielo, y el espíritu de desquite una excelsa virtud.

El Hermano Joaquín, gran silencioso en vida, habla ahora con magnífica elocuencia para que todos le oigan a través de estas páginas.



El Hermano Joaquín fue declarado beato por el Papa Pío XII

CAPÍTULO XV

ADVERTENCIA FINAL: JOAQUÍN HABLA POR SÍ MISMO

Comencé este libro con una «advertencia previa». Era necesaria. Lo termino con «Advertencia final», igualmente necesaria. Teníais que ser previamente advertidos y protegidos contra vosotros mismos. Ahora tengo yo que advertirme y buscar protección. Joaquín será quien me proteja.

Casi durante un cuarto de siglo me vengo enfrentando con el arraigado pecado de los hagiógrafos: la exageración. Desde mi temprana juventud he leído Vidas de santos. Algunos ganaron mi admiración, otros me impulsaron a la imitación… y no pocos me produjeron náuseas. No es que los santos sean fastidiosos. Pero muchos autores de Vidas de santos trazan una imagen tan exagerada de su biografiado, que producen verdadera dispepsia mental. Deshumanizan completamente a su santo, haciendo de él o de ella cualquier cosa menos un ser de carne y hueso; representándolos, o bien tan austeros que resultan positivamente repulsivos, o bien tan dulces, tan amables y tan caritativos que resultan completamente empalagosos.

Sin embargo, creo haber diagnosticado su mal. Procede del corazón. Se enamoran de su sujeto; su corazón vence a su

cabeza; el amor les conduce al lirismo, y lo que nos proporcionan es un sueño subjetivo y mixtificado en lugar del retrato de una realidad objetiva.

Pero cualquier Vida de un santo, no sólo debería abrir nuestros ojos y dejamos boquiabiertos; debería también elevar nuestros corazones. Cuando nosotros, simples mortales, llegáramos al último renglón, no deberíamos asombrarnos, sino decidirnos y decir con San Agustín: «¡Si ellos pudieron hacerlo, también yo lo puedo hacer!» La biografía de un santo no debe servir para entretener o divertir, sino para estimular e infundir al lector nueva vida, nuevo ardor, nueva determinación de ser lo que todos deberíamos ser: santos. Deberíamos cerrar la biografía diciendo: «Este individuo era humano como yo; tenía carne, hueso, sangre, pasiones, orgullo e impulsos ciegos; tenía faltas, debilidades y muchos defectos; pero ¡se ganó el camino hacia arriba! Yo puedo hacer lo mismo». Para conseguir esto, el santo debe estar retratado como uno de nosotros: palpitando humanidad.

Por el contrario, esos autores amigos de rapsodiar nos inducen a creer que el mundo está compuesto de santos y de pecadores que no lo reconocen; de pecadores que admiten su pecado y hacen penitencia, y de pecadores que no lo hacen; de pródigos que vuelven al hogar, y de pródigos que se quedan errantes. Santo es el que pertenece a la primera clase. Somos demasiados los que pertenecemos a la segunda.

Han existido algunos que lograron preservar su inocencia bautismal. A éstos los felicitamos y los envidiamos, sin poder emularlos. Pero la inmensa mayoría de los santos fueron pecadores convertidos, por lo cual podemos asirnos a sus manos y decirles: « ¡Condúceme tú!» Ellos no sólo abren de asombro

nuestros ojos y nuestras bocas, sino que elevan nuestros corazones con la esperanza.

Los santos cuyas almas nunca se empeñaron pueden impresionarnos y hacemos sentir santa envidia, pero nunca impulsamos a luchar para abrimos camino hasta Dios. Prácticamente, pueden descorazonamos y desanimamos; porque al contemplarles sentimos que, en el mejor de los casos, sólo podemos ser como las porcelanas rotas y restauradas, que muestran al ojo conocedor las quiebras y las lañas, el barniz y el pegante, que descubren la rotura total. Estos santos sin pecado nos hacen pensar que somos capullos defectuosos, que nunca podemos llegar a un florecimiento perfecto. ¡Y eso no es cierto! El que ha caído más hondo puede trepar a la cima más alta, porque empieza desde más abajo.

A San Pedro no se le concedió la primacía hasta después de haber negado al Señor. Pablo fue convertido en el «bajel elegido» sólo después de haber sido pulverizado en fragmentos su odio a los cristianos. Cuando los pecadores vuelven al hogar no son relegados a la categoría de criados, sino que reciben un anillo para el dedo, calzado para sus pies y una túnica que se llama la «primea».

Me figuro que os estaréis preguntando por qué después de titular estos párrafos: «Advertencia final: Joaquín habla por sí mismo», resulta que soy yo el único que habla, y fastidiosamente. Existe un motivo para ello. He hablado mucho porque tengo mucho que aclarar. Os he mostrado a un pecador que escaló las alturas. Os he llevado desde las profundidades hasta el vértigo de un carácter irascible que destrozaba los corazones hasta arrancarlos lágrimas, que eran verdaderas perlas. Algunos sentiréis deseos de

exclamar: «Todo eso es exagerado. Joaquín y John Green Hanning son polos opuestos. Tales extremos son imposibles en un solo individuo. Y aunque semejante pecador pudiera convertirse en un santo semejante, nunca podría conservar la humanidad que se le atribuye». Por eso es por lo que para terminar quiero dejar a Joaquín hablar por sí mismo.

Ya he dicho que Joaquín quería «ajustar sus cuentas» con Dios, y he insistido en que sus esfuerzos para transformar en virtud el afán de venganza fue lo que modeló al santo en el barro pecador. Leed esta carta, fechada el 31 de enero de 1908, dirigida a su hermana Mary Katherine:

> «Mi querida hermanita:
>
> En mi poder tu carta del 8. Agradezco infinitamente a Dios que estés contenta y conforme. La tierra se convierte en paraíso para quien se conforma absolutamente con la santa voluntad de Dios. Cultiva en tu corazón una gran devoción por esta virtud, y experimentarás una alegría que hasta ahora no conoces.
>
> Todos hemos de sufrir en este mundo; pero ¡qué dulce es sufrir por Aquel a quien amamos! Una vez que hayas probado la dulzura de este amor divino, no podrás pasarte después sin él. Es la única verdadera felicidad que podemos tener.»

He dicho que nuestro Hermano se tornó más generoso y más considerado con los demás, ¿no es cierto? Pues esto es lo que escribía en la misma carta:

> «Otros podrán parecerte alegres y felices; pero si pudieras leer en el secreto de sus corazones, juzgarías de manera distinta. Por eso, sé siempre amable con los demás, te traten como te traten. Intenta ganarlos para el servicio y el amor de Dios; porque sus pruebas les oprimen, y no sabiendo cómo sufrir por Aquel a quien debieran amar, se entristecen y merecen la compasión.»

Luego expone el motivo para esta consideración y compasión al añadir:

> «Así tu labor se hará parecida a la de un ángel, o más bien, a la del propio Jesucristo.»

¿Os habéis fijado en la fecha de esta carta? Exactamente tres meses antes de su muerte. Ahora voy a transcribiros su último párrafo y su posdata:

> «A través de todas las horas del día, desde la perlada aurora hasta la noche estrellada, y a través de las tranquilas vigilias de la noche, con mi oración más sincera pido al dulce Jesús, mediante la intercesión de su bendita Madre, por mis queridos hermanos y mis hermanas y sus familias —todos los cuales son sus preciados tesoros que Él ama con amor eterno—, a fin de que podamos alabar su santo nombre y participar para siempre de su alegría en el cielo. Continúa frecuentando la Comunión, que será tu mayor consuelo en la vida y a la hora de la muerte. Alimenta con ella tu preciosa alma,

porque es infinitamente más necesaria que el alimento para el cuerpo.

Dales un beso a Josie y a Sim y a su familia, a Ella, al niño pequeñín y a John de mi parte. Ruego por ti y por todas tus buenas intenciones.

Con el corazón rebosante de cariño por todos y cada uno de vosotros, con todo cariño,

HERMANO JOAQUÍN

P. D.—Cada día me siento más feliz. En mi os opinión, la vida terminará pronto para mí en este mundo.»

A la muerte de su esposo, Mary Katherine pensó muy seriamente meterse monja. En una carta en que Joaquín le contestaba, éste expone sus ideas sobre la vida religiosa:

«Mi querida hermanita:

Siempre te tengo en mi corazón y especialmente en mis oraciones, en la sagrada Comunión, etc., suplicando a nuestro amado Señor te bendiga; pero nunca había soñado en la extraordinaria gracia que mencionas. Sería la gracia más extraordinaria, el más alto honor y dignidad que podrías recibir. El convertirte en esposa de Cristo, reina del cielo y madre de Dios son dignidades inexpresables. Y te convertirías en las tres cosas: en esposa, al prometerte a Él mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia; en reina del cielo, porque la esposa de su Rey tiene que ser su reina; en madre de Dios, porque tú harás que Él nazca en las almas de los demás mediante tus oraciones y buenas obras.

> Si supieras la gran dignidad a la que Dios te ha llamado no necesitarías consejo.»

¿Recordáis lo que dije sobre la ida de Joaquín a Gethsemaní? Dije que fue al monasterio porque quería ser grande. ¿Os fijáis cómo insiste en esta carta sobre el honor y la dignidad de una vocación religiosa? ¡Veinte años no habían alterado sus ideas! La carta prosigue así:

> «Sólo la experiencia puede enseñar la gran paz de espíritu que la vida religiosa proporciona durante la vida; y es una seguridad para una muerte feliz. De los setenta que formaban la comunidad cuando ingresé, sólo quedan tres. He visto morir a muchos de ellos, y todos han muerto dulcemente. Todos eran ya viejos.»

Luego sigue una hermosa descripción de la vida y la muerte en la Religión. Continuando la frase «de los setenta que formaban la comunidad cuando ingresé, sólo quedan tres», dice:

> «El más joven de los tres tiene setenta años de edad y está completamente ciego —tal vez creas que yo lo estoy también porque te estoy escribiendo a oscuras —, pero es perfectamente feliz. El monasterio es algo tan familiar para él, que puede ir donde quiere; además, en una comunidad tan numerosa siempre hay alguien dispuesto a prestarle especial atención. Le cuidamos como una madre ternísima cuidaría a su hijo; porque la caridad y el amor fraternal son las virtudes que más apreciamos. Cuando yo llegué tenía una vista magnifica, pero la ha ido perdiendo en los últimos años. Es

sacerdote y dice misa diariamente; yo le acompaño con frecuencia. No estoy autorizado a hablarle, pero haré que te encomiende en sus oraciones y mementos. Te hablo de él para que puedas comparar su vida aquí con lo que sería en el mundo, donde todos se afanan en buscar placer y eludir preocupaciones y disgustos. Como te digo, el amor fraternal es una de las principales virtudes del religioso, y el ayudarnos unos a otros a llevar nuestra cruz resulta
una delicia. ¡Qué diferente es el mundo! Además de sus muchos peligros de pecar, en cuanto uno tiene que depender de alguien, la vida se hace insoportable.»

Este cuadro está bien reproducido y el choque de los contrastes es muy agudo. Pero Joaquín se había convertido en el santo Joaquín, y por eso, el motivo primordial de todas sus acciones era el amor:

«Mi querida hermanita.

Nuestro amado Señor te ha llamado a su amante Corazón. Cobíjate en su sagrada herida y lograrás tu eterna felicidad. La vida no es más que un sueño; la Eternidad, una realidad de felicidad o sufrimiento que perdurará siempre. Asegurémonos el cielo ahora que está dentro de nuestras fuerzas.

¡Aprende a amar a Dios con todo tu corazón! Creó el cielo y la tierra y todas las cosas por amor a ti, y entregó su vida y hasta la última gota de su preciosa Sangre sólo por ti. Ahora te ofrece un puesto a su lado como reina. ¡Acéptalo! ¡Acéptalo por su mayor gloria y por tu propia

dignidad y felicidad eterna!

No terminarla nunca si fuera a decir todo lo que quisiera, pero le dejo el resto al dulce Jesús. Esperando que traspase tu corazón con su adorable amor,

HERMANO JOAQUÍN.»

En todas las cartas hace sentir su maravilla ante el hecho del amor infinito de Cristo y la asombrosa prueba que hizo de ese amor derramando su Sangre hasta la última gota. Así es como encabeza una carta dirigida a dos de sus hermanas:

«Mis dulces hermanitas:

Recibí vuestra carta y me siento feliz al saber que Dios derrama sus más escogidas bendiciones sobre vosotras. He contestado a vuestra carta muchas veces en mi corazón, pero he diferido la respuesta por escrito en cumplimiento de nuestra santa Regla.

Tanto vosotras dos como las almas de vuestras personas queridas sois cada día más caras a mi corazón. Pero, ¿qué es para vosotras mi cariño, ni el de ninguna criatura, cuando se compara con el amor infinito de Nuestro Dulce Redentor, que vertió hasta la última gota de su Sangre por vosotras?

El temor y el asombro ante el amor infinito de Dios, tal y como se muestra en la Pasión, absorbía al Hermano Joaquín María. El otro único pensamiento que le asalta con igual frecuencia es el contraste entre el tiempo y la Eternidad. Ya habéis leído esas hermosas líneas: «La vida no es más que un sueño; la Eternidad, una realidad de felicidad o sufrimiento que perdurará siempre». En

otra carta, en que expone su filosofía sobre el sufrimiento, tiene otros conceptos igualmente hermosos. Escribe:

> «El dolor es la sustancia de la vida natural del hombre. Pero igual que bajo cada piedra se encuentra moho, bajo cada dolor hay alegría. El dolor no es más que el ministro de la alegría. Si cavamos en el seno del dolor, hallaremos el oro y las piedras preciosas de la alegría. El dolor es una condición del tiempo, pero la alegría es una condición de la Eternidad.»

Esta carta fue escrita el 3 de marzo de 1908, precisamente tres semanas antes de caer en su lecho de muerte. Os ofrezco también sus últimas palabras para mostraros el pensamiento que dominaba su mente, porque quiero que veáis la alegría que guardaba el corazón de aquel héroe que iba con una sonrisa al encuentro de la muerte:

> «No os desaniméis nunca, mis queridas hermanitas; luchad valientemente contra todas vuestras pruebas por las alegrías que os esperan; porque tenéis un puesto en el Sagrado Corazón de Jesús y Él os tiene preparado un trono en el cielo, y su belleza y esplendor sobrepasan toda la concepción del hombre.
>
> Estoy tan contento, que no puedo expresar mi alegría.
>
> Muy cariñosamente,
>
> HERMANO JOAQUÍN.»

Es fácil comprender por qué se sentía tan feliz. Sabía que «tenía un puesto en el Sagrado Corazón» y que en el cielo «había

un trono para él». Este mismo pensamiento se lo expresó a Mary Katherine de esta forma:

> «Si supiéramos la sublimidad y la grandeza del fin para que hemos sido creados, ¡qué felices seriamos! ¡Cómo rebosarían nuestros corazones el más dulce amor por Nuestro Señor y la gratitud por habernos escogido entre tantas otras almas para una felicidad tan exquisita que las palabras carecen de poder para expresarle y la mente para concebirla.»

Ahora llego a una página que Joaquín escribió *desde la enfermería:*

> «Con respecto a mi salud, creo que es muy buena, aunque mis superiores y los médicos opinan de otra forma. La consecuencia es que me encuentro en la enfermería. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! A mí me es todo indiferente sobre este particular. Mientras yo sea sincero con ellos al expresarles lo que creo, pueden hacer conmigo lo que mejor les parezca. Una cosa es cierta: soy feliz y cada día lo soy más.»

El que el médico y los superiores le considerasen lo suficientemente enfermo para confinarle en la enfermería resultaba una broma para Joaquín. Quiso compartir el humor de la situación con sus superiores. Pero ellos se negaron a verlo, por lo que, con un guiño en los ojos y una risa en la voz, se inclinó ante su voluntad y se fue a la cama.

Esta carta, en particular, debió escribirla como una especie de «última voluntad y testamento», porque en ella desnuda su alma

como nunca lo hizo antes, mostrando los amores gemelos de su vida, Jesús y María. Ya recordaréis que al principio de su llegada a la vida religiosa, Joaquín era demasiado orgulloso para pedir; pues ahora, al acercarse el fin, es lo suficientemente humilde para pedir perdón y oraciones:

> «No tengo más que un temor: el de convertirme en otro Judas. Rogad porque yo continúe esperando la misericordia de Dios y la protección de nuestra Dulce Madre Inmaculada.
>
> Ahora os pido perdón a ti y a Sarah y a todos vuestros adorables pequeños por los disgustos que os he dado en mi vida, y espero que Dios os recompense de vuestra paciencia para conmigo.
>
> Esperando que Dios os bendiga y nos lleve a todos a una feliz unión con El en el cielo; rogando por vosotros y uniéndome a vuestras oraciones por todas vuestras buenas intenciones, con el corazón palpitante de cariño por todos y cada uno de vosotros, soy vuestro devoto hermano,
>
> HERMANO JOAQUÍN.»

Este cariño por la familia se encuentra en cada una de las cartas que subsisten. Unas veces es una exclamación: « ¡Oh, con cuánta confianza espero y ruego fervientemente para que todos nos encontremos en el cielo, para no volver a separarnos más, para ver, conocer, amar y gozar de Dios para siempre!» Otras veces es una exhortación: «Asegurémonos el cielo mientras podamos». Pero con más frecuencia es sólo una petición: «La mayor parte de mi trabajo es el interceder por los que tengo cerca y

por mis seres queridos»; y de nuevo: «Suplico al dulce Jesús, a través de su bendita Madre, por todos mis hermanos, hermanas y familias. Alabemos su santo Nombre y participemos de su gozo por siempre en el cielo.»

Pero el amor de Joaquín no se limitaba a los que se hallaban en la tierra, ni se circunscribía a los límites de la familia. Ya habéis podido apreciar un poco lo que era su amor por los demás. Habéis leído sus ideas sobre el dolor y el sufrimiento y la gran necesidad que tiene el mundo de compasión y simpatía; también pensaba en el otro mundo. A Mary Katherine le dice:

> «Es una gran caridad pedir por la conversión de los pecadores y por las pobres almas, y mandar decir una misa por ellos siempre que puedas.»

Con Clara y Sarah era más explícito, diciéndoles:

> «No dejéis de encargar de vez en cuando una misa por las pobres almas y por los pecadores.»

Y de sí mismo dice con frecuencia:

> «No olvido en mis oraciones a ninguno de mis amigos. Nunca los olvido —a los parientes—, ni a ninguno de sus seres queridos en mis oraciones. También pido siempre con cariño creciente por mis amigos. La única forma de servir verdaderamente a nuestros semejantes es mediante la intercesión del hombre, en unión con Jesús.»

Recordaréis que hubo una época en que John, durante el momento más solemne de la Misa, permanecía sentado

despectivamente. Escuchadle ahora, escuchad lo que el Hermano Joaquín María piensa del adorable Sacrificio. Es la festividad del Corpus Christi. Habla a sus hermanas, diciéndoles que ha recibido su carta en que le piden que ofrezca misas. Escribe:

> «Mis queridas hermanitas:
>
> Recibí a su debido tiempo vuestra carta y vuestras misas fueron ofrecidas en seguida. Mediante estas misas, habéis ofrecido a Dios la mayor gloria posible.
>
> Océanos tempestuosos y montañas gigantescas, arroyos murmuradores y valles silenciosos, bosques impenetrables y llanuras sonrientes, campos de trigo ondulante y prados florecidos, pájaros cantores y rugientes leones, la tierra vestida con su belleza floral, el tono cerúleo y los brillantes rayos de sol del firmamento, las nubes pasajeras y el majestuoso trueno, el vivido relámpago y el reflejo misterioso y silencioso del mundo nocturno de las estrellas, son «la residencia de los bienaventurados con sus cánticos de alabanza», y los ángeles, esos hermosísimos indescriptibles espíritus exaltados, esas estrellas de la mañana y primeros frutos de la Creación: esos príncipes del cielo cuyo brillo oscurece todo brillo terrestre, y como el sol eclipsa a las estrellas, y, finalmente, la Virgen, Madre de Dios, la gloriosa Reina de los ángeles y los santos, de cuyo purísimo corazón mana siempre el cántico gozoso y extático del *Magníficat*, todos éstos, unidos en alabanza, ¡no pueden ofrecer a Dios la gloria de una sola Misa! Sí, una sola Misa procura a Dios más honor y alabanza que la adoración que todos los ciudadanos del cielo y la tierra

> pueden ofrecerle durante toda la Eternidad.»

Desafío el Padre Frederik William Faber —cautivador a pesar de su vaguedad—a hacerlo mejor. Claro está que Joaquín era un gran admirador suyo, y continuamente aconsejaba a sus hermanas comprar y leer *Todo por Jesús y Belén*, dos de las obras más famosas de Faber. Por tanto, es posible que nuestro Hermano tomara gran parte del párrafo anterior de este autor. Si es así, le felicito por su gesto excelente; si no lo copió, me causa un nuevo motivo de asombro. De todos modos, el resto de la carta es auténtica de Joaquín.

> «En ese mismo día memorable de Corpus Christi, hace veintidós años que llegué al monasterio. Hoy he oído cuatro misas por ti y por la querida Sarah, y he ofrecido todas mis oraciones y la sagrada Comunión por vosotras. Al recordar nuestra triste despedida en casa, no pude contener las lágrimas. ¡Cuánto deseo volveros a encontrar a todos en el cielo, donde no nos separaremos más!
>
> Pido ardientemente para que Charlie y Lester —dos sobrinos— se hagan sacerdotes. Si supieran el gran honor y dignidad que representa el sacerdocio, tanto aquí como eternamente en el cielo, volarían del mundo a echarse en sus brazos. Y en cuanto a la pequeña Cecilia, ruego que escoja como Esposo a Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, para que pueda ser feliz en el tiempo, y envuelta en su túnica nupcial de oro, se siente en su trono al lado del Rey de reyes por toda la eternidad.»

¿Ha hablado Joaquín suficientemente por sí mismo? Veintidós años habían hecho más profundos su amor por su familia y su nostalgia de Dios. Podía llorar al recordar el pesado; pero a través de la niebla de sus lágrimas brillaba el arco iris al sentir los deseos del cielo. Para sobrinos y sobrinas, para hermanos y hermanas, para los pecadores y las almas de los difuntos, sólo tenía un deseo vehementísimo: ¡Qué todos se acercaran más y más a Cristo Nuestro Señor!